¿Y por qué no?

Novela -2005 ***© José D. Díez***

Derechos de uso regulados por Creative Commons

Reconocimiento-No Comercial-Sin ObraDerivada 2.1 España

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento. Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.

Esto es un resumen legible por humanos del texto legal (la licencia completa) disponible en los idiomas siguientes:
Catalán Castellano
Advertencia http://creativecommons.org/licenses/disclaimer-popup?lang=es

This page is available in the following languages:
Català Deutsch English Castellano Suomeksi français hrvatski Italiano ___ ___ Nederlands Português __(_)

Capítulo 1

Vio el Señor de todas las cosas creadas que no todo había sido bueno, como él, allá en el principio de los tiempos, previó lo que constituiría su divina obra. Y no estando satisfecho de sí mismo, torció el gesto, mientras pensaba en las causas que habían llevado a que sus previsiones no se hubiesen cumplido.

Allá, en los confines del universo, quiso que un pequeño planeta fuese la matriz de posteriores colonizaciones por los seres vivos que habría de engendrar. Y en ese planeta, el hombre, según su designio la obra más amada de su creación, sin embargo había evolucionado sin su control a formas que, a todas luces, degradaban el destino fijado para él. Bajo los efectos de su enojo, se propuso castigarlo sin destruirlo. Si el hombre había adoptado formas de

comportamiento exclusivas de otros seres vivos llamados animales, y aun superándolos en crueldad, bueno era que sus cuerpos también se parecieran a los animales que imitaban. Y así, cubrió la tierra con un manto oscuro, y cuando lo retiró, ya no había hombres con el aspecto de hombres, y todos los seres que poblaban la tierra eran animales, y entre ellos, algunos sólo distinguibles por su fiereza: eran los hombres y las fieras . Tampoco se podía distinguir entre ellos quiénes portaban el espíritu del hombre y cuáles no; sólo entre ellos se reconocían como hombres, aunque adoptaran cuerpos de los más diversos animales, los más sanguinarios, más voraces, más desagradables; ninguno de aquellos que al hombre hubiesen complacido por su belleza.

Pero sucedió que, siguiendo comportándose entre ellos de la misma forma que lo hicieran cuando se distinguían de todos los animales por su diferenciada constitución, el Señor de todas las cosas no quedó conforme y volvió a cubrir la tierra del manto oscuro. Cuando lo retiró, observó los efectos y vio complacido que sobre la tierra ya sólo

existían diversas especies de animales, cada especie comportándose como en un principio había previsto. El Señor de todas las cosas les había retirado el espíritu a los hombres animales y ya sólo eran animales.

Pero el Señor de todas las cosas no podía consentir lo que parecía un fracaso, y para tener un ejemplar perfecto del hombre, había eximido del cambio a un niño recién nacido. Ese niño estaría permanentemente vigilado por él y a tiempo corregiría sus desviaciones, de producirse. Solo, en un mundo de animales, no tendría motivos para acomodar su conducta a otras razones que las de convivir con el resto de los seres vivos y el medio, hostil a veces, en el que iba a desarrollarse. Pudo protegerlo completamente, pero no quería seres mecánicos que sólo atendieran a sus órdenes, por lo que al niño le dotó de libertad de acción y de pensamiento.

Creció el niño observado permanentemente por el Señor de todas las cosas, y cuando llegó a la edad de la pubertad, vio que su criatura, perfecta para él, se masturbaba como algunos monos. Sonrió su creador y

aceptó que era bueno y sano. Vio, también, que competía con los monos en coger de los árboles la mejor fruta, y aceptó que era bueno que usara de su inteligencia para superar a los monos, que sólo eran animales. Era algo travieso, ya que hacía enojar a los animales tirándoles de la cola y en ocasiones arrojándoles piedras, pero el Señor no vio en ello ningún defecto, ya que lo consideró un juego.

Y el niño ya era un joven hermoso. El Señor de todas las cosas estaba muy satisfecho, pues el comportamiento de su criatura preferida era ejemplar: compartía con los animales la fruta, no los enojaba tirándoles de la cola o arrojándoles piedras, los curaba si se herían y otras muchas cosas buenas que los animales agradecían. Y seguía masturbándose ocasionalmente. El Señor de todas las cosas viendo esto, le dio por pensar que aquello no era natural del todo y que debía proveerle de una hembra con la que satisfacerse de aquel apetito sexual. Pero al Señor de todas las cosas le entró un gran temor. Una hembra significaba la posibilidad de procrear más hombres y, en ese caso, temía que todo volvería a ser igual que antes.

Serían como malas copias de su niño original y perfecto, con todos los nuevos defectos que irían apareciendo en las copias de las copias sucesivas. El Señor de todas las cosas, preso de incertidumbre, resolvió darle una hembra estéril. El joven mostró su contento por la compañera y con ella se satisfizo.

Vivía la pareja una vida sosegada, sabiéndose protegidos especialmente del Señor de todas las cosas, pero no parecían felices; todos los animales tenían descendencia y ellos no. Resolvieron quejarse a su Señor en estos términos, hablando el hombre por los dos:

--Señor: te damos las gracias por el privilegio de ser tus seres más queridos y por tu especial protección que nos libra de todo mal. No entendemos por qué si somos macho y hembra no podemos tener descendientes como el resto de los animales, y en verdad esa limitación nos hace infelices.

El Señor de todas las cosas, que tenía prevista aquella queja, les contestó: “Tú has gozado de la mujer que te entregué y nunca te reprimiste de hacerlo cuando fue tu deseo. Tampoco te planteaste que, satisfecho aquel deseo,

era inútil esperar la recompensa de un hijo, de tal modo, que volviste a poseer a tu mujer. Mis razones al haber hecho a ella estéril son superiores a las razones de vuestra infelicidad. Baste deciros que si no hubiese sido así, tampoco el hecho de tener hijos os hubiese garantizado la felicidad. Es precisamente lo que se echaba de menos lo que hizo que los hombres fuesen infelices, y las ambiciones consiguientes por alcanzar la felicidad individual lo que hizo de ellos unos seres egoístas, depravados, ambiciosos, malos en suma. Disfrutad de lo que sois y de lo que tenéis, eso debería haceros felices".

El hombre y la mujer entendieron las razones de su Señor y ya nunca más le plantearon quejas sobre su infelicidad.

Pasado algún tiempo, la pareja de seres humanos dieron en pensar en la soledad en la que se encontraban. Los animales que por doquier existían parecían no tener este problema. Eran muchos de cada especie. Se reunían en grupos, a veces numerosos, y juntos decidían sobre su vida en comunidad. También parecían transmitirse experiencias y se defendían juntos contra sus enemigos, o juntos se

procuraban el sustento y las reservas para las estaciones inclementes. Esa vida la entendieron en mucho más realizada que la que ellos vivían. Concluyeron que sólo eran un capricho del Señor que les había creado, con las funciones limitadas a los designios que tenía marcados para ellos. Juntos decidieron interpelar al Señor sobre estas cuestiones y así escuchar sus razones.

El Señor les escuchó pero no les contestó de inmediato. Pareció que miraba a un lado y al otro, arriba y abajo. Después miró a la pareja sostenidamente, como queriendo adivinar si la cuestión planteada era sólo una observación o una queja. El Señor determino que sus criaturas, en este caso, sólo habían hecho una observación sobre una circunstancia que no suponía infelicidad y, que más bien, le planteaban una explicación sobre lo que entendían una diferenciación con los animales. Teniendo por seguro que se trataba de esto, así les habló: “Según vosotros, yo estoy aún más sólo. No soy uno de vosotros ni tampoco tengo parecido con ninguna especie de animales. ¿Debería plantearme por eso la razón de mi existencia? Cuando

sobre la tierra hubo muchos hombres como vosotros, no se consideraban más realizados por vivir en la comunidad humana; en realidad siempre consideraron la realización como un asunto individual. En todas las ocasiones, la mayor dificultad que encontraban para esa realización estaba precisamente en sus congéneres. Ninguno hacía nada por sí mismo sino para sí mismo, de tal modo que los obstáculos que debían vencer siempre estaban en los demás. Mirad vosotros. Sólo sois dos. Decidme: ¿Siempre estáis de acuerdo en lo que por separado deseáis? Y cuando uno de vosotros consigue lo que quiere, ¿no es, acaso, a costa en muchas ocasiones de ceder el otro? Imaginaos ahora viviendo en una comunidad numerosa de hombres y decidme: ¿cuántos habrían de sacrificar de su realización personal para que cualquiera de vosotros consiguiera la suya? ¿Y cuántas frustraciones supondría esto en los demás, que ,en ocasiones, devolverían de mal modo? La vida de la que disfrutáis no es vuestra, se os ha dado. Una forma de realización de esa vida sería el que cada uno de vosotros la viviera en sí mismo. Sentiros vivos

y que vuestros pensamientos os lleven a la conformidad por el don que se os ha otorgado".

Así les hablaba el Señor de todas las cosas a sus criaturas predilectas, y con todo el respeto éstas aceptaban el conocimiento que les proporcionaba sus palabras. Estaban persuadidos de obtener la respuesta conveniente a cada una de las preguntas que se hiciesen sus pensamientos libres en torno a sus vidas y a las de los demás seres que poblaban la tierra. Aunque las respuestas no siempre coincidían con sus apetencias, no por ello quedaban frustrados y, por lo contrario, acomodaban su existencia a los designios que el Señor había dispuesto para su creación.

Una inquietud nueva les surgió cuando observaron que los animales envejecían y, si antes no eran devorados por otros animales, finalmente morían. Ellos no sabían cuál era el fin que el señor les tenía previsto y, aunque no tenían el sentimiento trágico de la muerte, quisieron saber si también para ellos había dispuesto un final parecido.

El Señor les dijo: “La muerte que habéis observado en otros seres no os concierne. Ellos no tienen el privilegio que os he concedido a vosotros. Ahora bien. Vosotros estáis destinados a ser eternos, como lo soy yo, sólo con una condición: que jamás os rebeléis contra mí. Si lo hicieseis, moriréis como el resto de los seres vivos.

El hombre y la mujer se retiraron confundidos. ¿Cómo podrían ellos rebelarse contra su Señor? Pero más aún, ¿cómo el Señor admitía esa posibilidad? Y, finalmente, ¿cómo el Señor de todas las cosas podía temer de sus propias criaturas que esa posible rebelión le afectase hasta el punto de tenerlos que castigar?

A partir de estas consideraciones, dieron en pensar que alguna de las cosas que hiciesen, siguiendo su libre albedrío, podían ser no bien vistas por el Señor y, consecuentemente, ser castigados, quizá con la muerte. Esta preocupación de no agradar al Señor, más que el castigo o la muerte, les hizo preguntar, en la seguridad de obtener una respuesta que les guiara.

Y así, el Señor les dijo: “Os creé persuadido de que sois mis obras más perfectas. Pero ni yo pude haceros absolutamente perfectas, pues hubiese sido tanto como haceros iguales a mí mismo. En consecuencia, de esa mínima imperfección puede seguirse la rebelión contra mí, vuestro creador. Os di el libre albedrío y la capacidad de razonar. Ahora os voy a dar una nueva facultad: desde este momento podréis sentir lo que es bueno y lo malo para mí, y esto significará que seréis responsables de lo que hagáis, pero sólo de aquello que vaya contra mí, ya que en lo demás seguiréis siendo guiados por mí”.

Por primera vez el hombre y la mujer no comprendieron enteramente al Señor. No les decía qué era rebelarse contra él, por lo que difícilmente podrían prevenirse de hacerlo. El señor, que leía sus mentes, añadió: “Cuando queráis hacer algo que signifique rebelaros contra mí lo sentiréis en vuestro pecho, y no será necesario que yo os lo recuerde. Son tantas las formas por las que esa rebelión sería patente, que no puedo imprimirlas todas en vuestra

memoria con la seguridad de que siempre las tuvieseis presentes. Mejor así.

El hombre y la mujer se dieron por satisfechos y se tranquilizaron al saber que en ellos mismos existiría una forma de aviso sobre lo que supondría una acción de rebelión contra el Señor.

Al hombre y a la mujer le sorprendían las infinitas cosas creadas. Luego, la curiosidad les llevó a preguntar al Señor por la razón de tantas cosas, aparentemente inútiles. El Señor sonrió ante tan ingenua pregunta y así les respondió:"Todo eso que vosotros creéis inútil tiene un sentido. Vuestra creación partió de muchos bocetos que luego pensé no era necesario destruir. Ahí se quedaron como una muestra de la complejidad de vuestra existencia final. Si todo sucede como deseo, vosotros tomaréis posesión de todas las cosas del universo, y yo, como creador complacido, me retiraré a contemplar mi obra".

Esta explicación del Señor les reconfortó más que ninguna otra recibida desde que fueron conscientes. Pero también pensaron en que habría de pasar un tiempo casi infinito antes de sentirse dueños de todas las cosas. Surgió, así, en ellos un sentimiento de impaciencia. Ya poseían las plantas, los animales, la tierra que pisaban, pero en las largas noches de insomnio, contemplaban aquellas luces que brillaban en el cielo y se preguntaban qué habría allí que hacía que brillaran en la noche mientras su tierra permanecía a oscuras. Imaginaban mundos en los que, por el momento, el Señor les tenía vedado habitar y poseer, y esta frustración les inquietaba. Ellos hubiesen querido poder disponer del don de ubicuidad del que disponía el Señor. Las limitaciones que les constreñían a ocupar un espacio sólo a la vez, les hacía sentirse prisioneros en un lugar que se les antojaba muy limitado, imaginando, como imaginaban, la vastedad del universo. La mujer le sugirió al hombre que podían preguntar al Señor por el tiempo que deberían esperar y que, una vez sabido, se conformarían. Pero mientras ella pensaba en esto a la vez que lo exponía

a su compañero, sintieron ambos un agudo dolor en el pecho. Enseguida recordaron las palabras del Señor y concluyeron que aquel deseo de satisfacer su curiosidad no era bien visto por él. Le dieron muchas vueltas a la pregunta que habían pensado hacer, por ver de encontrar la razón por la que el Señor se hubiese enojado, pero no la encontraban. Por primera vez sintieron la angustia de estar ante una curiosidad que no podían satisfacer como en todos los casos anteriores. Por primera vez sintieron que en torno a ellos, el Señor había establecido un vacío en el que sentían miedo a caer.

Después de aquella experiencia, por mucho tiempo no volvieron a tener ningún otro deseo de satisfacer una curiosidad. Vivían cohibidos mirando a su alrededor sin hacerse preguntas sobre los mil y un aspectos que les sugería el entorno donde vivían y sus vidas mismas. Hasta entonces se habían sentido protegidos por el Señor; ahora se sentían vigilados; el Señor desconfiaba de ellos, eso pensaban.

Todo esto no era algo menor. Sus vidas habían cambiado notablemente desde que supieron de un sentimiento nuevo: el sentimiento de culpabilidad.

Era tan miserables sus vidas, siempre bajo el temor de ofender al Señor, que ya no apreciaban el don de estar vivos bajo su manto protector, y menos se consideraban privilegiados frente al resto de los seres vivos. Quizá, en esas circunstancias, morir no era un mal de males sino una liberación. Así pensaban, y no sintiendo ningún dolor en sus pechos, decidieron que tenían que plantear al Señor si no había, dentro de sus preferencias, una que pudiese hacer compatible su libertad personal con la consideración que le debían. El Señor les escuchó y les habló así:: "No puede existir libertad individual al amparo de una protección mía que también apreciáis. La libertad se ejerce desde la asunción de todas las consecuencias que conlleva. Podéis ser libres si acepáis que yo no mire por vosotros, por vuestro bienestar, por vuestra seguridad, incluso el guiar vuestros pensamientos para que estos no os engañen. Ya

tengo una experiencia sobre lo que significó para vuestros antecesores el ejercer la libertad, y se repetiría en vosotros”..

Las palabras del Señor no le daban la respuesta que esperaban. Les seducía tanto el ser libres, que la pérdida de esos privilegios no les hizo renunciar. Ellos habían observado a los animales y no veían difícil sobrevivir por sí mismos; incluso contando con un pensamiento superior, hasta creyeron que lo podían hacer mejor. Le pidieron al Señor que si no contravenía sus planes para con ellos, el que les diera libertad y que la aceptarían con todas las consecuencias. El Señor pensó por un tiempo no muy largo y les dijo::”Sea como queréis. Ya no me satisface que seáis mis protegidos, y quiero veros evolucionar, aunque me equivoque de nuevo. Os daré, sin embargo, algo que no di a vuestros antecesores y que será determinante en vuestro comportamiento. En esta caja he guardado vuestra inmortalidad. Sólo podréis alcanzarla abriendo la caja. Cuando decidáis ser inmortales, sólo tendréis que abrir la caja una sola vez. Pero habréis de meditar bien esa

decisión, pues una vez abierta, ya no podréis volveros atrás. Tú, mujer, serás fértil. Vuestros descendientes también serán inmortales desde el instante que decidáis abrir la caja, pero sólo los que estéis presentes en ese instante, pues los ausentes y los que tuviereis después ya no lo serán. Si no queréis la inmortalidad, vuestros hijos heredarán la caja y a ellos les será aplicable lo mismo que se os aplica a vosotros. Entendedlo bien, que lo que quiero es que la decisión de abrir la caja sea como una alianza entre vosotros que a todos beneficie".

El hombre y la mujer no pensaron en la trascendencia de lo que el Señor imponía para hacer uso de aquella caja y aceptaron muy contentos. Habían alcanzado dos anhelos de forma inesperada: la libertad y la fertilidad. Apenas si tuvieron en cuenta que la inmortalidad ya era un privilegio con el que contaban y no le dieron importancia al hecho de que a partir de ese instante su inmortalidad se veía condicionada a la apertura o no de aquella caja. Se la llevaron con ellos después de dar gracias a su Señor y penetraron en el bosque en dirección a su refugio.

Ya en el camino, comenzaron a tener algunas sensaciones que no habían experimentado antes: sintieron frío en sus cuerpos desnudos, y a falta de pelo, plumas, piel acorazada y otros sistemas de abrigo que portaban de forma natural los animales, intentaron taparse con hojas sin conseguirlo del todo. Observaron, también, que de entre los animales con los que convivían, unos les amenazaban enseñándoles los dientes y otros huían a sus pasos, por lo que sus pensamientos dedujeron que unos animales se habían vuelto hostiles y otros temerosos ante su presencia. Los habían visto actuar entre ellos por la supervivencia y dedujeron que unos querían sobrevivir a costa de ellos, devorándolos, y otros huían de ellos por temor a ser devorados. Si abrían la caja y se convertían en inmortales, todo volvería a ser como antes: ningún animal querría sobrevivir a costa de ellos y ningún animal temería de ellos el que quisieran sobrevivir a su costa.

"Pero si abrimos la caja, nuestros descendientes ya no serán inmortales", dijo la mujer y añadió: "Debemos usar

de otros recursos y preservar la capacidad de ser inmortales también para nuestros hijos".

El hombre entendió estás razones y propuso a la mujer utilizar la inteligencia para sobrevivir en aquel medio que se había convertido en hostil y agotar todo el tiempo posible sin abrir la caja, de modo que se beneficiaran el mayor número de sus descendientes.

El hombre y la mujer, así nacidos por la voluntad del Señor, tuvieron, a partir de entonces, que sortear muchas dificultades, pero su pensamiento superior les iba dando en cada momento el camino que debían tomar para resolverlas, con lo que no hubo momento en el que echaran de menos la protección del Señor ante dificultades que parecían insalvables. Esta circunstancia hizo que se olvidaran de él, cuando poco antes se complacían en contarle sus aventuras y cómo habían salido de ellas. El Señor no lo necesitaba, pues conocía todos sus avatares y hasta sus pensamientos, aunque se mantuviera al margen; pero no dejaba de ser una desconsideración, y como tal la

veía, y de tal modo se consideraba menospreciado, que decidió someterlos a una prueba, más difícil, si cabe, que las que hasta entonces habían superado, por ver si así reclamaban su ayuda.

La mujer quedó encinta del hombre, y al principio todo parecía ir de forma que se podía sobrellevar. Era mucho el contento de ambos, pues al fin podían tener descendencia, uno de sus anhelos más grandes, sino el más grande. Aunque la misión del hombre era pasiva, la natural gestación de la mujer tampoco ofrecía para ella un quebranto especial. Así lo habían observado en los animales hasta el momento del parto y nada les hacía suponer que no fuese igual para ellos, especialmente para ella. Pero era el séptimo mes de gestación, cuando se sintió indispuesta primero y con grandes dolores más tarde. Hasta entonces no habían padecido dolor alguno, pues de eso les preservó el Señor. La mujer gritaba de tal forma, que el hombre no sabía cómo calmarla. Ni la experiencia previa, que no tenían, ni lo observación de los animales, les permitía encontrar remedio a aquel contratiempo

desconocido. El hombre sufría viendo sufrir a la mujer, aunque sus sufrimientos eran de índole diferente. Ella sufría de sentir dolor, mientras que él sufría de impotencia al no poder ayudar a su pareja. A su lado, la tomaba de la mano, la abrigaba, le daba a beber agua, pero nada de eso mitigaba los grandes dolores que debía estar padeciendo. Maldecía el hombre no tener recursos para aquella contingencia, pero no se acordaba del Señor, a quién antes siempre había recurrido para que le sacara de sus incertidumbres. Había pasado casi todo el día sin que los dolores remitieran, todo lo contrario, a medida que pasaba el tiempo estos arreciaron. El hombre temía por la vida de su pareja, y cuando daba vueltas en la morada como un loco, su vista dio en posarse sobre la caja que contenía la inmortalidad. "Abriré esa caja, y si esos gritos son el preludio de la muerte, cesarán; seremos inmortales y nunca más sucederá esto, ni a ella ni a mí". Tomó el hombre la caja y con ella fue cerca del lecho donde estaba la mujer. Enseñándosela, así le dijo: "Mujer, nada puedo hacer por ti, salvo abrir esta caja que guarda la inmortalidad. Creo

firmemente que si la abrimos no morirás, no moriremos. Aunque no sé qué te sucede, pienso que así debe ser la muerte antes de que ésta llegue a su final. No quiero que mueras y yo sea eterno, cuando nada ya me impida abrirla". La mujer le tomó del brazo con la fuerza que le quedaba y le suplicó: "No, no la abras. Siento que me desgarro por dentro y pienso que nuestro descendiente va a nacer. Si la abrieras, toda mi eternidad no compensaría el ver morir a mi hijo. Espera, y sólo si nada sucede al terminar el día, cuando el sol se ponga en el horizonte, entonces podrás abrirla.

Con la caja muy cerca de los dos, él hombre esperaba impaciente mientras la mujer, de forma intermitente, gritaba, se contorsionaba y se quedaba en calma, sudorosa. El hombre vertía agua fresca sobre su frente y observaba por ver si, como había visto en los animales, su hijo aparecía entre las piernas de la mujer o por cualquier otro medio desconocido para él. Pero ni la mujer ni el hombre, en tan difícil trance, tuvieron un solo pensamiento para el Señor; ella, porque sólo pensaba que su hijo reclamaba

salir de su vientre, y él, porque no le quitaba el ojo a la caja que guardaba la inmortalidad.

Al fin, y poco antes de ponerse el sol en el horizonte, después de una sesión de dolorosos espasmos en la mujer, su vulva se dilató y comenzó a aparecer lo que el hombre, con gran contento, interpretó como el nacimiento de su primer descendiente. Ayudo entonces con sus manos a los esfuerzos de la mujer para expulsarlo de su cuerpo y pronto lo tuvo fuera, a excepción del cordón umbilical que le mantenía aún unido a su madre. El hombre, ante aquello, se quedó indeciso. No había observado en los animales qué se sucedía después. Pero no fue por mucho tiempo, pues la mujer expulsó la placenta, y así, placenta y niño permanecieron entre las piernas de la madre por un tiempo que al hombre se le antojó eterno, pues no quería que su descendiente tuviese que llevar siempre consigo aquella masa informe y sanguinolenta. La madre, deseosa de ver cómo era su hijo, le pidió al hombre que se lo mostrara. Él tomó entonces a la criatura por las axilas y lo elevo en el aire. Con gran susto para él, vio que el cordón que unía al

niño con aquella cosa extraña se había roto y que lo que era no otra cosa que la placenta, se había quedado depositada en el lecho. Pensando el hombre en que aquello podía costarle la vida al niño, lo volvió a depositar, esta vez sobre el vientre de la madre, mientras observaba el trozo de cordón que aún colgaba de su vientre. Salía por su extremo algo de sangre y trató de impedirlo haciendo una pinza con sus dedos, y para no preocupar a la madre, así se lo mostró. Pero el niño lloraba y ella lo quiso tener en su regazo, lamerlo como había visto hacer a o los animales y esperar que dirigiera su boca a uno de sus pechos. El hombre lo depositó sobre el torso desnudo de la madre sin dejar de presionar con sus dedos el extremo de aquel cordón que tanto le preocupaba. La madre, que no se apercibió de lo que sucedía, pues pensó que el padre no quería perder contacto con su descendiente, lo acercó tanto como pudo a su cara y comenzó a lamerle, primero la cabeza y luego el resto del cuerpo. Fue entonces cuando le pidió al hombre que lo dejara un momento, que iba a ponerlo a sus pechos para alimentarlo. El hombre dudó un

instante, pero luego aceptó que no podía seguir así por mucho tiempo y dejó libre el cordón del niño, con gran preocupación por lo que podía suceder, y fue tranquilizadora la sorpresa para él de ver que ya no salía ni una gota de sangre por el extremo.

Y así fue como, sin acordarse del Señor en tan difícil circunstancia, el hombre y la mujer tuvieron su primer descendiente. El Señor volvió a torcer el gesto al comprobar que sus criaturas más queridas, ni en las peores circunstancias se acordaban de él para pedir ayuda.

Capitulo II

Como no habían aparecido las enfermedades, el hombre, la mujer y para el descendiente de ambos no tenían otra preocupación que la de ser heridos en un accidente o

devorados por las fieras. Propuso el hombre a la mujer que ella se ocupara permanentemente de protegerse y de proteger al niño, mientras él procuraba alimento. Ella, entonces, se opuso a esa propuesta con la consideración siguiente: “Ya he sufrido y hecho por nuestro descendiente más de lo que sería normal. Si el niño nos ha de pertenecer a los dos por igual; es justo que compartamos los cuidados y yo pueda tener momentos de libertad para hacer lo que guste. Así nos lo concedió el Señor. ¿recuerdas?.

Era la primera vez que nombraban al Señor en mucho tiempo y no fue grato para el hombre escuchar lo que la mujer insinuaba, por lo que, de mal humor, el hombre le contestó: “El señor ya no nos protege, y yo soy ahora el único que puede disponer lo que más nos convenga a los tres; y tú harás lo que yo te pida que hagas”. La mujer protestó pero fue inútil, porque el hombre la zarandeó hasta que cayó en el suelo, luego, cogió su arco y sus flechas y se fue.

El señor, que vio esto, volvió a torcer el gesto; así había empezado todo con los seres humanos antes de

convertirlos en animales: la competencia los había llevado a la dominación de unos por otros, y no siempre por razones de fuerza, sino por las malas artes de quienes utilizaron su inteligencia para sacar beneficios propios a costa de los demás. Pero, también, el Señor se sintió utilizado por la mujer: "Lo que la mujer propone no es lo que yo he dispuesto para las hembras; ella puede ver cómo entre los animales esa es en exclusiva la función de la madre. Si, al menos, hubiesen tenido la humildad de recurrir a mí como árbitro…" Así entendió el Señor esa forma de ignorarlo ,como que la soberbia se había instalado de nuevo en ellos, considerándose, desde su libertad y superior pensamiento, capaces de organizar sus vidas al margen de cualquier injerencia. El señor, ante esto, creyó haber cometido de nuevo algunos errores. Darles la entera libertad suponía dejarlos a su libre albedrío. Ofrecerles la inmortalidad, les daba un recurso infinito ante cualquier contingencia insuperable. Ser responsables de sus actos, sin el temor a ofender al Señor, los convertía en seres sujetos únicamente a sus voluntades,

y lo peor, a sus voluntades individuales. Pero el Señor, sin embargo, confió en que esta vez podía ser diferente, pues, al contrario que en la ocasión anterior, en ésta había partido de crear muy cuidadosamente un ser puro, y nada hacia suponer que se corrompiera hasta límites intolerables, como haía sucedido en su primer intento. Y así, el Señor decidió dejarlos a su libre albedrío por un largo tiempo, que resolvieran solos sus diferencias y no preocuparse más de ellos; al fin y al cabo, él ya era eterno y podría, si su obra se autodestruía antes de alcanzar la inmortalidad, probar en cualquier momento con otros seres, si ese era su deseo.

Por su parte, el hombre, hablando con la mujer, le dijo: "No quiero que nuestro descendiente viva en el temor del Señor, como hemos vivido nosotros, y para que no suceda, te prohíbo que le hables de su existencia. Puesto que tenemos la caja de la eternidad, nuestra libertad y superior pensamiento que nos convierte en los dueños absolutos de este mundo en el que vivimos, quiero demostrar que no

voy a ser tan caprichoso como él lo fue con nosotros; no necesitamos nada más de él.

La mujer que escucho al hombre decir esto, sintió al principio el temor del Señor, seguramente ofendido por la soberbia del hombre, pero más temió por el hombre mismo. Dudó que en el cambio de dueño tuviese más ventajas, y a la incertidumbre nacida de este pensamiento quiso tener respuesta. Y así, con cierto temor, se dirigió al hombre: “Dices que somos dueños, y eso me incluye a mí. Dices que no vas a ser tan caprichoso como él, y acabas de prohibirme hablar del Señor a nuestro descendiente. Entiendo que eso significa limitar mi libertad desde tu imposición. Te pregunto, ¿qué soy yo para ti?” El hombre quiso ver en esa pregunta una pretensión de la mujer intolerable. Debería, pensó, tener muy claro ella misma qué significaba y aceptarlo sin necesidad de satisfacer una curiosidad o, lo que era peor, pedir una definición clara de su pensamiento respecto de ella bajo su exigencia. Había dicho que no sería tan caprichoso como el Señor, y definir posiciones de privilegio no dejaba de ser un capricho sin

fundamento alguno en ningún tipo de autoridad natural. Dándole vueltas a su pensamiento para encontrar una respuesta que no diera lugar a nuevas interpelaciones de la mujer, el hombre dijo así: Tú me fuiste dada para solaz de mi cuerpo, así que eres mía y yo dispongo lo que debes hacer en cada momento. Puesto que el Señor no ha de ocuparse de nosotros ni para bien ni para mal, toda la protección que precises depende de mí, así como la de nuestros descendientes cuando tu debilidad no ofrezca seguridad. Podrás hacer lo que te complazca menos estás simples reglas que habrás de observar: Me obedecerás cuando te pida hacer algo y no abrirás la caja de la inmortalidad sin mi consentimiento". La mujer, considerando la superior fuerza del hombre, su capacidad de proteger a su hijo y a ella misma, asintió, no de muy buena gana, pues esas dos reglas hacían de ella un ser sometido y por tanto no libre. Concluyó para sí misma que estaba ante un dueño tan caprichoso como su creador y se propuso utilizar la astucia para conseguir cotas de libertad que se le negaban.

Ya tenían un descendiente y la voluntad del hombre era tener muchos más, sin precisar por qué. La mujer no mostraba desacuerdo, quizá porque ella también lo quería o porque no se atrevía a contradecir al hombre. Pero las situaciones de peligro para sus vidas se sucedieron, y aunque de todas salieron, el temor a morir, cuando tenían en sus manos la inmortalidad con sólo abrir la caja, hizo a la mujer que se atreviera a plantear al hombre si no sería oportuno proceder a abrir la caja ya, a lo que el hombre se negó con el argumento siguiente:

---Debemos esperar a tener más descendientes para que pueblen este mundo nuestro y lo dominen. También es una forma de inmortalidad el que nuestros descendientes nos sobrevivan, y los descendientes de nuestros descendientes sobrevivan a estos. La razón por la que queremos y cuidamos a nuestros descendientes es porque ellos son parte de nosotros, y si nosotros morimos, una parte de nosotros nos sobrevive..

La mujer entendió esas razones del hombre, pero le dio por pensar para qué, entonces, necesitaban la caja de la

inmortalidad, y así se le expuso al hombre. El hombre, por un momento, no supo qué contestar, pero enseguida hablo:

--Nos sirve ahora mientras no tengamos machos y hembras que puedan tener crías y éstas otras. Si nos vemos en situación de peligro de muerte, antes de haber conseguido la continuidad en nuestros descendientes, la abriremos, pero no antes, pues debemos preservar sus efectos para el mayor número de descendientes que tengamos y estos a su vez otros descendientes.

La mujer estuvo conforme en su íntimo pensamiento y no necesitó preguntar más al hombre.

Y tuvieron pronto otro descendiente varón, con lo que la situación era la misma a los efectos de perpetuarse. Los dos niños, bajo el cuidado habitual de la madre y la protección extraordinaria del padre, crecieron hermosos. Mientras fueron niños sólo se distinguían por la rivalidad que mostraban en sus juegos. Ya tenían cuatro y cinco años, respectivamente, cuando la madre volvió a quedarse encinta, y la esperanza de que esta vez fuese una hembra se vio cumplida. Todos celebraron el nacimiento. El padre,

sin esperar más, dispuso que aquella hembra sería para el niño nacido en segundo lugar, pues de los dos era el que mostraba mayor inteligencia cuando competía con su hermano. El hermano mayor no tenía edad para comprender el alcance de aquella decisión de su padre, pero sí para ver en aquella niña algo que iba a pertenecer a su hermano, por ello tuvo en ese instante celos y mostró gran enfado. El padre lo consoló diciéndole:

--No debes discutir mis decisiones, traeremos otra niña para ti, mientras que no seáis mayores, ambos podréis jugar con vuestra hermana.

El niño se consoló con esta promesa y por el momento todo quedó así.

Pasaba el tiempo. Los niños ya eran jóvenes y la niña cumplía doce años, y ningún otro hermano o hermana venía al mundo. El hombre y la mujer se veían envejecer y perdían las esperanzas de tener al menos otro descendiente hembra para el hijo mayor. La mujer, demasiado ocupada en cuidar y proteger a sus hijos, no había sentido hasta entonces el instintivo deseo de procurarse mayores y

personales cuotas de libertad, y como ahora ya empezaba a tener más tiempo libre, quería hacer cosas que nunca había hecho para ella. Pero no olvidaba el mandato del hombre, así que debió, con engaño, procurarse que quería sin desatar la ira de su dueño.

Y así, un día, le dijo al hombre:

--Hace muchos años, recién que fui entregada a ti por el… tuve ocasión de ver un animal que se parecía mucho a nosotros. Recuerdo también que a ti te tenía mucho miedo y huía nada más verte, pero conmigo era muy afable y amistoso. Quizá si fuera a ese lugar que aún recuerdo y lo encontrara, podría convencerlo para que me acompañara a vivir cerca de nosotros. No recuerdo si era hembra o macho, pero si fuese hembra, podríamos domesticarla y entregársela a nuestro hijo mayor para que con ella tuviese descendientes.

El hombre se quedó pensando. Su hijo mayor era lo bastante torpe como para no saber distinguir. Por otra parte, al hombre le gustaba la idea de tener un descendiente de esa naturaleza, pues suponía que con ello

conseguía emular en todo a su creador. El mundo futuro estaría dominado no sólo por los seres humanos sino también por los animales humanos. Pareciéndole en todo buena la idea de la mujer, la animó a que saliese en pos de esa criatura y la trajera a casa. Tenían suficientes provisiones y no necesitaba en unos días salir de caza; él se quedaría, pues, al cuidado de sus hijos mientras volvía la mujer.

Para entonces, el hombre ya había decidido cómo nombrarse él y el resto de la familia. Y así, el dio en llamarse Arat, a la mujer le puso por nombre Fez , y a los hijos, de mayor a menor, Alceo, Booz, Helí, Todos estos nombres tenían un significado simbólico que se correspondía con alguna característica qué se atribuía a sí mismo y a los demás y que se guardó para él para evitar preguntas o descontentos

Fez se adentró sola en el bosque, y lo primero que quiso hacer en uso de su libertad fue dirigirse al Señor, tanto

tiempo ignorado. Y no tanto por un deseo de mostrarle su respeto, como por averiguar qué pensaba del alejamiento que su compañero, Arat, le había impuesto, hasta el punto de tenerle prohibido nombrarlo. En vano Fez le pidió que se mostrara, y hasta le suplicó. Fez interpretó aquel gesto como una prueba de que estaban solos en aquel mundo y que ya en ninguna circunstancia podrían contar con él. Pero habían salido en bien de tantas circunstancias adversas, que a Fez no le preocupó demasiado y sí le tranquilizo comprobar que su silencio significaba que nada tenía que reprocharles.

Fez siguió alejándose más y más de la morada de donde partiera, sin tener en cuenta que para ella aquel bosque era totalmente desconocido; la permanencia cerca de sus hijos en el lugar que habitaban, sólo, por mucho tiempo, le había, siguiendo las órdenes de Arat, permitido conocer los alrededores, y no muy extensos,. Fez miraba atrás cada cierto tiempo de caminar, y no conseguía ver la referencia

de su casa. Pero tal era la grata sensación de verse libre, que no le preocupaba perderse y no encontrar el camino de regreso, pues confiaba en que, si se perdía, Arat la encontraría cuando la echara en falta. Cansada de caminar todo el día, habiéndose deleitando con las flores y las aves, comiendo de los frutos que colgaban de los árboles, bebiendo de los arroyos frescos y cristalinos, y ya cayendo la noche, Fez buscó un refugio seguro. Lo encontró en una especie de oquedad que tenía una gran roca que emergía del suelo. Miró cómo llegar hasta ella y comenzó a encaramarse a un árbol cercano. Una vez a la altura de la pequeña cueva, se balancearía cogida a una liana que colgaba del árbol hasta dejarse caer sobre una pequeña meseta desde la que ya el acceso era fácil. No lo dudó, y pronto entraba en la cueva. Lo primero que observó fue que alguien antes la había habitado, porque en el suelo había muchas hojas y hierba seca que parecía un lecho en el que se apreciaba la forma de un cuerpo. Fez se quedó pensativa tratando de adivinar a qué clase de cuerpo podía corresponder y terminó sorprendida cuando dedujo que

aquella huella no podía sino corresponder a un ser parecido a ella. Pero no podía admitir su mente que en aquel mundo hubiese otros seres humanos que ella y su familia, por lo que terminó concluyendo que allí se había acostado a descansar Arat, cuando en sus cacerías, en ocasiones, no había vuelto a casa en dos o tres días. Estaba tan exhausta, que se acostó sobre aquel lecho y pronto se durmió.

Habían pasado varias horas, cuando un simio, grande como Arat, pareció querer alcanzar la cueva. Subido al árbol, se quedo dubitativo un instante al no disponer de la liana, pero luego, con un ágil salto alcanzó la meseta. Cuando estuvo dentro y se encontró a Fez tendida en su lecho, se quedó un buen tiempo observándola sin hacer ruido ni mostrar hostilidad a aquel intruso. También el simio debía estar cansado y terminó acostándose a espaldas de Fez, procurando no tocarla y probablemente aceptando de buen grado su compañía.

Antes de que apuntara el alba, el simio se despertó, observó a su compañera que aún dormía, se levantó y salió de la cueva. Para legar al árbol, esta vez tomó la liana que

había utilizado Fez para llegar a la cueva y que Ella la había sujetado a un saliente para su regreso a tierra firme.

Fez se despertó bien entrada la mañana y tuvo una sensación extraña: pensaba en un sueño en el que Arat estaba con ella en la cueva y la poseía. Pero no le dio más importancia y se dispuso a retornar al bosque. Cuando comprobó que la liana estaba al otro lado, en el árbol, se sorprendió; estaba segura de haberla utilizado para salvar la distancia entre el árbol y la cueva. “Quizá no ha sido un sueño y Arat ha pasado la noche conmigo”, pensó. Pero no podía esperar allí a que volviera si no estaba segura, así que con mayor dificultad que para subir, pudo, al fin, bajar.

Caminando sin rumbo, pensaba Fez cómo explicarle a Arat que no había encontrado lo que salió a buscar y que su imaginación había pergeñado como excusa. Así, durante el segundo día y sin encontrar sus huellas, las únicas que podían conducirle de nuevo a casa, la noche volvía, y debía encontrar otro refugio seguro para pasarla. Estaba segura que Arat saldría a buscarla al día siguiente. Antes

de que la completa oscuridad se extendiera como un manto sobre aquel bosque, Fez, que su prioridad era encontrar un refugio donde dormir segura, tuvo una sorpresa: frente a ella se erigía la enorme roca con la cueva donde había pasado la noche anterior. Sin dudarlo, repitió la forma de alcanzarla e igual de cansada, se acostó para dormirse enseguida.

El simio regresó, y ya debió ver normal el encontrase a la compañera de lecho, que, sin más, se acostó a su lado.

A la mañana siguiente, Fez no podía comprender el que hubiese tenido el mismo sueño que la noche anterior. Nunca le había sucedido nada igual y tampoco estaba obsesionada por que Arat la poseyera. No encontrando explicación, bajó de la cueva y se puso de nuevo a caminar. Pero ya era tiempo de regresar a casa y se puso a gritar ¡Arat, Arat! No había pasado una hora, cuando entre la maleza apareció Arat.

--¿No has sabido regresar? --le preguntó.

--No he podido, por más que lo intenté..

Arat le preguntó si había visto la criatura y ella le dijo: --- La vi a lo lejos, pero no pude llegar hasta ella y terminé pediéndola de mi vista.
--Lo intentarás de nuevo otro día, ahora volvamos a casa y preparas comida. Te diré cómo has de hacer para no perderte y encontrar tú sola el camino de regreso.

Fez volvió a internarse varias veces en el bosque y dormir en aquella cueva. También a tener la misma sensación de haber soñado que Arat la acompañaba y la poseía. Sólo permanecía una noche en aquel lugar y regresaba por sí misma a casa siguiendo las instrucciones que había recibido de Arat.
Arat se impacientaba por la falta de éxito de Fez, y un día decidió que saldría él mismo a buscar a la hembra que daría a su hijo mayor para que con ella le procurara descendencia. Pero Fez le tenía una muy buena sorpresa que no se había atrevido a contar a Arat hasta tenerla confirmada.

--Debes esperar, Arat, porque presiento que en mi cuerpo se está formando el descendiente tan deseado --le dijo Fez con la mirada baja.

Arat, que oyó hablar a Fez, tal fue su alegría, que tomándola en sus brazos, la elevó sobre sí mismo y le dijo:

--Debió ser aquella noche en la que una estrella cruzó el cielo de parte a parte, ¿recuerdas? Yo te poseí después de mucho tiempo en el que la caza y otras razones me mantenían lejos de ti. Será una niña, pues eso es lo que yo deseo.

Fez escuchó estas palabras sin mostrar la alegría de Arat, bien al contrario, cuando se quedó sola, recordó, sí, aquella estrella, pero también recordó los sueños que había tenido cuando dormía en la cueva del bosque. Se preguntaba si los sueños podían ser tan efectivos como la vigilia hasta el punto de quedar encinta. También, por qué Arat no había mencionado haber tenido los mismos sueños que ella si en los suyos estaba él. Fez, que no pudo responderse, pasó a recordar en detalle todo lo que sucedió el día que había mencionado Arat. Recordó, sí, que Arat la había

penetrado, pero que no había sido como en otras ocasiones, pues en esa Arat se había retirado insatisfecho, malhumorado y culpándola a ella de su frustración. Fez, salvo la duda que tenía respecto de los sueños, concluyó que Arat estaba equivocado, y que no había sido aquella noche en la que la estrella cruzó el cielo. A Fez, con sus primitivos pensamientos, sólo atribuía su embarazo a la intervención del Señor, pero jamás le haría partícipe de ellos a Arat, ya que aventuraba que su odio sería terrible.

Y nació una hembra, la que habría de ser el cuarto descendiente, pues que así fue admitida tanto por Arat como por Fez. Era una hembra, y aunque no era tan hermosa como su hermana, Arat la consideró suficientemente buena para su hijo Alceo, quien tampoco puso objeción, aunque tampoco se alegró.

Ya no hubo más descendientes de Arat y Fez, ni por la supuesta intercesión del Señor ni por ningún otro modo, pues Fez nunca más volvió a tener aquellos sueños, ni

tampoco volvió a dormir en la cueva del bosque, aunque, como se contara, Fez un día hizo una incursión en el bosque. Lo que sí sucedió, sin los padres supieran saber por qué, fue que un día desapareció la niña últimamente nacida. Arat pensó que había sido robada por alguna alimaña para devorarla, y durante varios días salió en su búsqueda sin conseguir hallarla, ni viva ni muerta, ni siquiera vestigios de ella. Finalmente la dio por perdida, pues por sí misma no habría podido sobrevivir.

Fez le pidió un día de libertad a Arat para buscar ella a su hija; quizá su instinto diera con ella, a lo que Arat accedió. Fez se internó en el bosque. Sabía cómo llegar hasta la piedra de la cueva, y cuando hubo llegado, por algún presentimiento extraño, se encaramó al árbol y desde allí a la cueva como lo hiciera en ocasiones anteriores. Cuál sería su sorpresa, cuando ya en el umbral, oyó llantos. Presa de excitación, penetró dentro, y allí, donde había dormido ella, una criatura clamaba por ser atendida. Enseguida la reconoció como su hija, la cogió en sus

brazos y la apretó contra su pecho. Se sentó en el suelo y le dio de mamar, calmándola al instante. Luego, se dispuso a regresar a su casa. Con pajas largas y flexibles hizo una liana y ató a su hija a su cuerpo para poder disponer de las manos libres, pues las necesitaba para balancearse y alcanzar el árbol. Iba ya a colgarse, cuando al otro lado, subido en el árbol, vio un simio grande que la miraba sin manifestarle hostilidad. Ella, con gestos, intentó que se alejara, pero el simio no se movió. Fez decidió, en cualquier caso, salir de allí y sin mayor preocupación por el animal que tenía enfrente, tomó la liana y se balanceó hasta el árbol. No calculó bien el impulso y con el efecto del péndulo, regresó atrás sin tampoco llegar a la meseta. Así estuvo balanceándose Fez y su hija y el simio observando. No podía dejarse caer al suelo, pues estaba a demasiada altura y temía partirse algún hueso; su único recurso era que el simio la ayudara. Fez llamó, entonces, al simio con gestos de que viniera. El simio seguía pacientemente observando la escena, hasta que se decidió a actuar. Y dando un gran salto, fue a dar por encima de Fez

y su hija, contra la liana, a la que se agarró. La liana osciló, pero no tanto como para llevar su carga hasta la plataforma, por lo que ahora eran tres los que se encontraban en situación de peligro. El simio descendió hasta Fez y se situó a su espalda, afirmando con su cuerpo y sus poderosos brazos la situación de ésta y de su preciada carga, a la que ya empezaban a desfallecerle las fuerzas. Así permanecieron por largo tiempo. Fez ya no podía ni siquiera hacer fuerza, pues sus manos estaban entumecidas. De pronto, los tres cayeron, pero fuese fortuna o voluntad del simio, éste, en la caída, se situó debajo de Fez de tal forma, que fue el simio el que recibió el impacto contra el suelo haciendo de colchón amortiguador para Fez y su hija

Cuando Fez se incorporó y vio que nada malo había sucedido a su hija, miró al simio que aún yacía en el suelo, sin poder incorporarse, aunque lo intentaba. Por su boca manaba un hilo de sangre. Fez se aprestó a ayudarle a que se levantara pero comprobó que sería inútil, pues ya el simio era punto menos que un fardo inerte. Le miró Fez a

los ojos y creyó ver en ellos una luz conocida. El simio, con gran esfuerzo, alargó su mano hasta la cabeza de la niña, aún atada al cuerpo de su madre, y pareció acariciarla. Luego, cerró los ojos y quedó inmóvil. Fez tuvo la certeza de que había muerto.

De regreso a casa, Fez no dejó de pensar en el simio. Su extraño comportamiento, bien a propósito, aun exponiendo su vida por ellas, lo comparaba a lo que Arat hubiese hecho por ella y su hija, pero el simio sólo era un animal. Y aquella luz en sus ojos, no nueva para ella, pero que no supo entonces dónde la había visto.

Gran alborozo mostraron todos en casa cuando Fez apareció portando a su hija viva en los brazos, adelantados para aproximarla a Arat que había salido a su encuentro, también adelantando los suyos para recibirla.

Lejos de sentirse menoscabado por aquella prueba de eficacia de Fez, le manifestó su complacencia, y a partir de

entonces, Fez tuvo más libertad personal, que ella siempre utilizó para internarse en el bosque y visitar la cueva de sus aventuras, pues algo le debía decir que en aquel lugar habían sucedido hechos extraordinarios, y aunque, por el momento, no pudiera determinar su alcance, sólo allí encontraría las claves.

Arat, Fez y sus hijos vivían sin grandes problemas. Todos contribuían en la medida de su edad e inteligencia a la seguridad y bienestar de aquella única familia de humanos, y aunque muchos animales les eran hostiles y debían defenderse de ellos, nunca por su causa peligraron sus vidas. El lugar era fértil y acogedor y no vieron la necesidad de explorar otros lugares del basto territorio que constituía su mundo.

Pero un día, algo insólito sucedió. En aquel lugar idílico, tembló el suelo de forma tan violenta, que las aguas de ríos y lagos se desbordaron, manó lava de las entrañas de la tierra y un gran fuego arrasó los bosques y con ellos los

animales que encontraban en ellos su refugio. Arat, Fez y sus hijos temieron por sus vidas. Fue entonces que Fez preguntó a Arat si no era el momento de abrir la caja que contenía la inmortalidad, a lo que Arat, por primera vez incapaz de sentirse lo suficientemente fuerte para imponerse contra todos aquellos fenómenos desconocidos, aceptó la sugerencia de Fez, y pidiéndoles que no se movieran del lugar seguro donde se habían refugiado, Arat partió hacía la cueva, la morada que habían abandonado por verse amenazada por las aguas y el fuego. Allí estaba guardada la caja de la inmortalidad y Arat esperaba recuperarla, incluso exponiendo su vida.

Fez, más que por ella, temía por sus hijos. Aunque Arat volviera con la caja de la inmortalidad, estaban tan acostumbrados a vivir sin necesitarla, y vivían tan felices, que no comprendía qué clase de vida les proporcionaría esa inmortalidad en un lugar arrasado. Y, sobre todo, cómo habrían de vivir aquellos descendientes para los que la inmortalidad no sería aplicable, al no existir cuando

abrieran la caja. ¿Y si Arat no volvía porque muriera en el empeño? Tantos temores y malos presagios hicieron que Fez se acordara del Señor y a él se dirigió en súplica: “Señor, soy consciente de tu ira, manifestada con estos terribles sucesos ante los que nos vemos impotentes. Pero todos somos tus criaturas y no permitirás que todos desaparezcamos. Castíganos a mí y Arat, pero salva a nuestros hijos”. En vano esperó Fez alguna señal. Desesperada ante tanta soledad e infortunio, se dirigió a sus hijos.

--No sé qué va a ser de nosotros. No temo a la muerte si a todos nos ha de acoger en su seno al mismo tiempo. Ahora temo por la vida que nos espera, y más si hemos de vivir eternamente. No es fácil comprender qué significado tiene vivir para siempre sin sentir lo que los sentidos nos proporcionaban en forma de gozos. Confiaba en alguien del que nunca os hablamos vuestro padre y yo, pero hemos debido ser tan ingratos, que nos ha vuelto la espalda después de castigarnos. Quiero deciros que, por encima de vuestro padre, señor de este mundo, está oculto el Señor

que nos creó, a su vez Señor de todas las cosas. El nos dio este lugar para vivir y donde disfrutábamos viviendo bajo su protección. El nos ofreció la inmortalidad, para cuando decidiéramos ser inmortales. Pero hemos sido tan ingratos olvidando lo que le debíamos, lo mucho que podíamos necesitarle, que nos ha castigado, y aunque vuestro padre vuelva con la caja que guarda la inmortalidad, lejos de ser un don del que aún podemos disponer y alegrarnos, me aterra pensar en la vida que nos espera; también en la muerte de vuestros hijos, que ya no podrán ser eternos como nosotros, porque aunque todos prefiramos la muerte en estas circunstancias, la leve esperanza en el perdón del Señor y que nos devuelva la alegría de vivir, este perdón no alcanzará a vuestros descendientes, y sólo por eso, vosotros eternamente les lloraréis, seréis infelices eternamente y nosotros con vosotros. Vuestro padre piensa que la eternidad está asegurada para cada uno de nosotros si ésta la depositáis en la descendencia; nosotros en vosotros, vosotros en vuestros hijos y vuestros hijos en los hijos que engendren, y así sucesivamente. Venceríamos así

a la muerte y estaríamos contentos si la vida fuese un regalo. Pero mal regalo es ese, si la hemos de llevar en un mundo donde tendremos que sufrir de privaciones, un vagar sobre las cenizas de un recuerdo feliz por otros tiempos que no han de volver. Si vuestro padre no trae la caja de la inmortalidad y muere, yo le seguiré en el orden natural de vida y muerte que se le aplica a los animales. Vosotros deberéis seguir esa vida precaria ayudándoos los unos a los otros con la misma fraternidad que habéis tenido; respetaréis, vosotros varones, la hembra que os ha sido entregada para engendrar hijos sin pretender la del otro; respetaréis lo que cada uno haya conquistado para sí y su familia sin quitárselo; viviréis siempre en el temor al Señor rogándole os restituya la consideración de sus hijos predilectos.

Luego que acabó de decir lo que antecede, Fez se acercó uno a uno de sus hijos y depositó su mano sobre sus cabezas, mientras miraba a sus ojos para ver su interior. Llegado que hubo a su cuarta hija, sintió que le desfallecían las piernas. Apenas pudo dar marcha atrás. Y

no pudiendo mantener la mirada sobre sus ojos, giró la cara mientras exclamaba:
--Esa luz… esa luz…-- y lloró por primera vez desde que recordaba.

Fez, con la certidumbre de quién era el padre de su cuarto descendiente, lejos de repudiarla, la abrazó. Por alguna razón que ahora no comprendía, el Señor la había hecho depositaria del germen de vida de aquel noble animal que les salvó la vida con su muerte. Ahora, y no como ella había elucubrado para su hijo mayor, era cierto que el hombre y el animal se hermanaban en aquella rama de su familia. Fez, única depositaria de aquel suceso en la cueva que tanto le perturbó, lo acepto mantener en secreto hasta el fin de su tiempo. El temor a ser destruida por Arat y despreciada por su hijo mayor, le hizo sentir el deseo de protegerla especialmente.

Era ya entrada la noche, que Arat volvió. No había encontrado la caja de la inmortalidad, pues todo había sido

destruido y no quedaba nada de la morada. Venía muy cansado y no quiso hablar de ello a su familia. Se acostó y se durmió.

Al día siguiente su familia esperaba expectante, aunque Fez tenía el presagio de que Arat no había encontrado la caja. Pero confiaba en las palabras de Arat, siempre conciliadoras con los problemas que habían tenido y superado.

Cuando Arat despertó y vio a su familia que esperaba, dijo:

--Las aguas embravecidas debieron llevarse la caja. Si allí estaba la inmortalidad, no pudo destruirse. En algún lugar de este mundo estará esperando al hombre que la busque y la encuentre. Ese será vuestro empeño principal en el futuro. Mientras no la halléis, sabed que podéis morir y deberéis anticiparos a todos aquellos que pretendan mataros.

Luego, Arat quiso comer. Fez le dijo que no había nada, que lo poco que salvaron se lo había dado a sus hijos, y que ella también tenía hambre. Arat maldijo al Señor, que de forma tan cruel les había castigado, y salió de la cueva como el que persigue a un ladrón.

Ya a campo abierto, dirigió sus enrojecidos ojos por la ira, y exclamó

--¡Maldito, Señor de todas las cosas! De tus errores padecemos; de tu frustración nace tu odio; de tu indiferencia, nuestra miseria. Te maldeciré mientras viva y maldeciré tu mente caprichosa. Si consigo encontrar lo que nos pertenece, siempre habrá un hombre que te lo recuerde. Y si morimos, te maldeciremos hasta el último instante. Pero no estoy vencido, y desde ahora te prometo que mi lucha será contra ti, allá donde te escondas.

A esas palabras airadas no hubo otra respuesta que el silencio aterrador de la soledad absoluta. Arat, como un

poseso, se puso a buscar frenético algo que pudiera llevar a su familia para que comieran. Levantaba las piedras, los trocos calcinados de los árboles, metía sus manos en las charcas, escarbaba en la tierra. Nada que fuese comestible, aunque fuesen gusanos, reivindicaba la esperanza. Había animales muertos por doquier, pero ya putrefactos y nauseabundos. Habría dado su vida por alguna fruta, algún animal vivo o por lo menos recién muerto. Su desesperación iba en aumento, pero no quería volver derrotado a la cueva a ver morir a sus hijos. Cansado, se sentó un instante para tomar aliento. Con los ojos cerrados, concentró todo su pensamiento en encontrar salidas. Podía, y así pensó, sacrificar a un miembro de su familia y con él comer los demás, recuperar fuerzas y luego salir todos a buscar alimento. ¿Quién sería el elegido, o más bien, quién, de todos, era el que menos valor tenía para que su sacrificio fuese menos notado? Repasó uno a uno, empezando por Fez. “Necesito a Fez para que me acompañe y atienda a mis necesidades, también el cuarto descendiente es aún pequeño y debo confiar a ella su

custodia mientras yo me ausento. Mi hijo mayor tiene defectos, pero es mi primogénito y necesito su fuerza para cuando falle la mía. Mi hijo segundo se parece a mí en inteligencia y valor, y será imprescindible si yo muero, para proteger al resto. Mi primera hija nacida, deberá traer descendientes con mi hijo segundo… Mi segunda hija nacida…" Arat se levantó y se dirigió a la cueva donde esperaban el resto de su familia.

Cuando llegó, llamó aparte a Fez, y así hablaron.

--No he encontrado nada que nos alimente. Podemos todos morir de hambre. Pero he tenido un pensamiento que me atormenta, aunque nada comparable como veros morir a todos. Fez, mi buena compañera, si tú tuvieras que decidir entre morir todos o morir uno y salvarnos los demás…, ¿por qué opción te inclinarías?

--¿Es cierto lo que estoy pensando, Arat? Dime que no es cierto --dijo Fez con asombro reflejado en su rostro

Arat no podía dejar que el horror se instalara en la mente de Fez; tenía que actuar rápido.

--De todas las opciones que tenemos, creo que nuestra cuarta hija es la mejor.

--¡No, no! ¿Por qué ella? Yo soy la mejor opción, casi no valgo ya para nada: no te doy descendientes, no te apetece mi cuerpo, apenas si nuestros hijos nos necesitan; la pequeña puede ser atendida por sus hermanos. Te lo suplico, no pienses ni decidas otra cosa.

Para Arat no pasó desapercibido algo que le diferenciaba de su mujer: ella le daba un valor supremo al sacrificio, mientras que él sólo era el mismo señor caprichoso que decidía quién debía ser sacrificado. Abrumado por la propuesta que había insinuado, en contrate con la generosa, heroica y desprendida de la mujer, se arrodilló ante ella, y el hombre lloró por primera vez. Fez le ayudó a levantarse, mientras le decía:

--Arat, mi buen compañero, que no te abrumen los pensamientos que no nos impulsan a las acciones. Hay un momento entre ellos y los actos en el que estamos ciegos. Por eso cometemos errores, pero sólo si los seguimos.

Agradece la suerte de que mientras tu estabas ciego, yo veía por ti. Yo creo tener en estos momentos un pensamiento bueno y quiero actuar en consecuencia. Todavía mis pechos tienen leche. Mamad todos de ellos y recuperad las fuerzas. Toma a tus dos hijos mayores y salid de nuevo. Andad más allá del horizonte que divisamos, y que la desolación que nos rodea termine allí donde creíamos que terminaba nuestro mundo. Y si allí está el abismo, volved a buscarnos, que todos juntos volveremos a dirigirnos a él y todos juntos daremos un paso hacía el vacío.

Y así como Fez lo había pensado, llevando a Arat de la mano adonde estaban sus hijos, y después de explicarles lo que habían acordado hacer, dio de mamar primero a su hijo mayor y luego a los demás en orden a su edad. Tuvo cuidado de racionar su leche para que a todos llegara. Por último, invitó a Arat a que tomara su ración. Pero Arat, acercándose a sus pechos, sólo los besó. Fue así que el hombre sintió por la mujer algo nuevo, una especie de

comunión de espíritus, pues que hasta entonces sólo había sido de cuerpos.

--Creo que tengo aún fuerzas para hacer el camino, y si desfallezco, nuestros hijos seguirán hasta los límites de nuestro mundo.

--¿Qué harás, Arat? Tengo malos presentimientos.

--Mujer, ¿no darías tu vida por ellos? Hace un instante te ofreciste. ¿Prefieres que mi cuerpo se corrompa como el de esos animales ahí fuera? Mi pensamiento ha sido tan bueno como el tuyo al ofrecernos tu leche; yo no puedo ofrecer sino mi carne.

--Sea como dices, pero di que lo harás sólo cuando tus hijos lo decidan, y que no seas tú el que disponga en esa ocasión.

--Sea como tú quieres y confío que tampoco esta vez te engañen tus pensamientos.

Arat no quiso disponer nada para el resto de la familia que se quedaba, pues estaba persuadido que Fez tendría buenos

pensamientos, una vez más, y haría lo que él no habría podido reprocharle.

Capítulo 2

Tomó Arat la referencia del sol naciente y en esa dirección se pusieron a caminar. Pensaba, Arat, que el sol no podía salir del abismo y volver a él y volver a salir, pues para él caer en el abismo era caer para siempre.

Estaba el suelo tan árido y en ocasiones caliente, que protegió los pies a sus hijos y a él mismo con unas pieles de animal resecadas que había encontrado en la cueva.

Alceo era un joven robusto, algo ensimismado, características estas las más sobresalientes. Con sus 16 años tenía toda la apariencia de un hombretón. Gustaba

únicamente de pastorear algunos animales domesticados que proporcionaban carne y leche a la familia, y en esa tarea se pasaba todo el día ausente de la morada. Booz, en cambio, con una año menos, era algo femenino en sus maneras, jovial y muy integrado al resto de la familia. Gustaba de recoger fruta de los árboles y plantas comestibles del suelo; ayudaba a su madre en todo lo que le pedía, especialmente en aquello que hacía más confortable la morada donde vivían.

Arat confiaba en ambos juntos, y no por separado, que podrían sobrevivir cuando el faltara, pues en ambos se unían inteligencia y fuerza.

Ya llevaban todo el día caminando penosamente sobre aquel suelo hostil y que sólo parecía sostenerles a ellos con vida, cuando a Booz se le ocurrió manifestar sus pensamientos:

--Padre, estamos cansados y tenemos hambre. Nada de lo que buscas para comer hemos encontrado, ¿puedo yo intentarlo?

Arat le miró sorprendido; sus hijos nunca se habían atrevido a proponer nada al padre. Pero su hijo menor ya había dado en otras ocasiones muestra de buena intuición para resolver pequeñas cosas que se habían presentado en su ausencia, y no teniendo ahora otra alternativa, quiso escuchar lo que tenía que decir.

--Haz lo que piensas y dinos si hemos de ayudarte.

--Si quitamos la tierra quemada, podemos encontrar raíces tiernas de las plantas que antes comíamos. No han de ser malas, pues nada malo produce bueno.

Arat no podía creer que su hijo menor pensara lo que él no había sido capaz de pensar. Pensó en Fez, y cómo a ella le había sucedido algo parecido y que resultó bueno. Arat, sin dudarlo, preguntó qué tenían que hacer. Booz le mostró una zona de la tierra en la que había reconocido unos troncos calcinados que debían pertenecer a las plantas que él había recogido en muchas ocasiones para comer.

--Cabemos la tierra en busca de las raíces de esos troncos --les dijo

Todos se pusieron ha hacer lo que Booz decía, pero los troncos seguían calcinados más abajo de la superficie.

--¿Tenemos que seguir? –preguntó el padre, escéptico.

--Sí, sigamos quitando tierra hasta llegar a las raíces. Quizá el fuego no llegó hasta ellas.

Y así fue que llegaron a las raíces y vieron que estaban tiernas. Limpiaron las primeras de la tierra adherida y se las llevaron a la boca. No sólo se podían masticar, sino que eran dulces y jugosas; podían aplacar el hambre y la sed. Todas las que iban sacando se las iban comiendo hasta que ya no quisieron más, pero el padre ordenó que siguieran buscando raíces. Booz, entonces, dijo a su padre:

--Tendremos raíces siempre que las necesitemos, frescas y tiernas, ¿para qué llevar con nosotros esa carga?

El padre sonrió. Tenía la ocasión de superar a su hijo en pensamiento bueno, y así contestó:

--Todavía no tienes el instinto de padre obligado a proteger a su familia, así que yo soy ahora el que ve más allá de lo

que puedas ver tú. Recojamos tantas raíces como podamos hasta que el sol se oculte, y tú, Alceo, se las llevarás a tu madre y hermanas y también les dirás cómo obtenerlas hasta que regresemos. Debemos compartir y aprovechar todos de este buen pensamiento tuyo.

No sólo estuvieron conformes sus dos hijos, sino que se pusieron a buscar raíces con más ahínco. Cuando creyeron tener suficientes, atadas en manojos, Alceo las tomó a su espalda y se puso en camino. Arat y Booz no se moverían de allí hasta que regresara.

--Padre --dijo Booz cuando su hermano había desaparecido -- ¿por qué has enviado a Alceo y no a mí?

Arat miró a su hijo sostenidamente, como queriendo adivinar el motivo de aquella pregunta, aparentemente simple. Antes de responder, preguntó a su vez para asegurase.

--Hubieses preferido ir tú en su lugar?

--No, padre, sólo quiero saber qué te ha movido a elegir a mi hermano.

Y Arat habló así:

--Cuando elegimos hacer una cosa u otra, nuestro pensamiento puede mostrarnos la que es mejor y la que es peor. Elegí a tu hermano porque es mas fuerte que tú y soportará mejor el camino de ida y vuelta; por esto elegí la mejor. Y también lo elegí porque no puedo prescindir de ti; podemos, si se pierde o muere, prescindir de tu hermano porque yo poseo la fuerza que él tiene. Tú tienes el pensamiento bueno de tu madre y yo la fuerza, y este viaje precisa de ambas cualidades.

--Pero, padre, si el muere y tu mueres, no quedará fuerza en la familia, ¿podremos sobrevivir sólo con pensamiento bueno?

Arat dudó. Nunca antes había pensado en esa posibilidad, y no era de reflejos rápidos. En lugar de responder, preguntó a su hijo:

--Cómo harías tú para sobrevivir si se diera esa circunstancia?

Booz no necesitó tiempo para encontrar la respuesta, y así dijo:

--En muchos casos, cuatro manos pueden más que dos, pero no siempre. Si se ha de mover el tronco de un árbol, cuatro manos débiles pueden hacerlo como dos fuertes, pero si un animal ataca a la familia o a uno de nosotros, dos manos fuertes son mejor que cuatro débiles.

El padre se rascó la cabeza, era obvio que no estaba preparado para seguir los pensamientos superiores de su hijo, y así, volvió preguntar:

--Eso no lo comprendo. Si para cargar un árbol valen igual dos manos débiles, ¿por qué no han de valer lo mismo para vencer a un animal?

--Porque el árbol se está quieto y las cuatro manos pueden actuar a la vez, pensando como cogerlo mejor; mientras que el animal se mueve, y es él, el que actúa sobre las dos manos que primero se aproximan.

El padre cree que aquel pensamiento de su hijo no es todo lo bueno que él esperaba, y ahora si cree vencerlo con el suyo.

--No tienes en cuenta que se puede actuar al mismo tiempo, en cuyo caso tendríamos la fuerza de cuatro manos.

El hijo sonrió, pareciera que esperaba esa observación, luego dijo:

--Padre, nuestras manos las mueven nuestros pensamientos, y nunca podemos mover las que no son nuestras. Si un animal ataca, no tenemos tiempo para exponer nuestros pensamientos y elegir los mejores; actuaríamos según nuestros propios pensamientos, y es ahí donde el animal tendría ventaja. Por eso los débiles, cuando no tengan la fuerza a su lado, deberán saber, antes de que suceda, cuál es la mejor forma para vencer al fuerte, en este caso el animal.

El padre, comenzando a darse por vencido, argumentó como lo haría el fuerte.

--Yo, que soy mas fuerte que tú, podría mover el árbol y vencer al animal, así que has de aceptar que la fuerza es mejor que la debilidad.

El hijo no quiso contradecir al padre, pero sí dijo:

--Sí, así es, padre, pero los débiles podemos partir en trozos el árbol y evitar que el animal nos ataque, sabiendo que no podemos medir nuestras fuerzas con él.

Le parecieron a Arat buenos los pensamientos de su hijo, y ya no pensó añadir más sobre el mismo tema. Pero le quiso poner a prueba con un pregunta de la que sólo él creía saber la respuesta, él y Fez, la madre, pues no suponía que ésta, siguiendo sus órdenes, les hubiese hablado del Señor.

--Ahora yo te voy a hacer yo una pregunta. ¿De dónde crees que venimos?

Y Booz se sorprendió de la pregunta, pues no podía creer que su padre ignorara lo que su madre les había dicho al respecto. Pero enseguida interpretó que aquella pregunta se la hacía para comprobar si su hijo lo había creído. Comenzaba, así, la fe o no fe en todas aquellas cosas que no vimos y que nuestros antecesores nos transmitieron. Booz respondió de esta manera:

--Madre nos habló de alguien que está por encima de ti, padre, y que fue él el que os creó. He pensado sobre esto y, sin dudar que madre nos ha dicho la verdad, para mí creer

es más difícil. Nuestros pensamientos surgen de dos formas: porque queremos una cosa o porque vemos una cosa. En el primer caso, si actuamos conforme a nuestro pensamiento, podremos obtener lo que pretendemos; en el segundo caso, esa cosa que vemos entra por nuestros ojos y ya es nuestra. Yo no he visto al Señor, y sólo queriéndolo podrá ser parte de mí. Pero para quererlo debo tener razones. ¿Qué razones puedo tener yo para querer a ese Señor del que nos habló madre? Si tengo que responder, yo sólo sé que tú y madre me habéis creado, así como a mis hermanos.

El padre parecía estar empezando a conocer a su hijo, pues su perplejidad era tan grande, que hasta se asustó de no reconocerlo. Los pensamientos de su hijo eran nuevos para él, y no dudaba que eran buenos, pues estaban llenos de sentido común, esa facultad que él solo había utilizado para salir airoso de dificultades comunes, pues que siempre se sintió impotente ante las extraordinarias. Poco podía decir para contestar a la pregunta que se hacía su hijo. Era

evidente para él que el Señor los había abandonado a su suerte. Pero algo tenía que decir, y así contestó:

--Hijo, dices bien. El Señor nos creo a tu madre y a mí. Nosotros sí lo vimos y hablamos con él. Luego, parece que él ya no quiere mostrase ni escucharnos. Como tú, ahora puedo decir que si no lo veo y no me habla, tampoco tengo razones para quererle. Pero, también como tú dices, él ya entró por mi ojos y está dentro de mí, y lo estará para maldecirlo por todos los males que no nos ha evitado.

Era ya entrada la noche y Arat decidió dormir hasta la salida del sol. Para entonces esperaba que ya hubiese regresado su hijo mayor y podrían seguir el viaje.

Alceo tuvo dificultades para regresar a la cueva donde esperaban su Madre y hermanas. El no había tenido la oportunidad de oír la conversación que habían sostenido su padre y hermano. Todos sus pensamientos se circunscribían a no perderse. También le aterraba el pensamiento contrario: si se perdía, no podría sobrevivir

sólo en aquella tierra estéril. Ni siquiera tuvo el pensamiento, que le hubiese permitido tranquilizarse, y que era el poseer el conocimiento de cómo alimentarse a partir de aquellas raíces. Era el miedo que bloqueaba su escasa inteligencia, un nuevo sentimiento que no lo evitaba su fuerza.

Al fin, pudo llegar, aunque más tarde de lo previsto. Mucho bien hicieron aquellas raíces a su madre y hermana mayor. Fez dudaba si podrían estar vivas para cuando regresara Arat y sus hijos. También a su hermana menor, pero ésta no podía aún masticarlas, por lo que la madre lo hizo por ella hasta convertirlas en una papilla que la niña ya pudo tragar.

Fuese por miedo a perderse de nuevo o porque prefría quedarse allí con su madre y sus hermanas, Alceo dijo a su madre que más falta hacía allí para protegerlas y obtener las raíces que necesitaran, y que padre vería bien su decisión. Fue así que el hombre usó de la mentira en provecho propio o para tomar decisiones personales contrarías a quién estaba por encima de él. De ser así, se

repetiría el mismo sentimiento que Arat había tenido respecto del Señor.

Salía el sol y Arat despertó a su hijo. Alceo ya debería haber llegado, en cuyo caso su padre le habría permitido dormitar algo antes de partir. Esperaron largo tiempo y comenzaron a temer por el hijo y hermano.

--Tu hermano ya debería haber regresado. Temo se haya perdido.

--¿Qué debemos hacer, buscarlo? –preguntó Booz

--No. Debe aprender a sobrevivir solo

Booz no comprendió bien aquella sentencia de su padre y preguntó:

--¿No se puede enseñar a sobrevivir?

--Se puede enseñar a sobrevivir cuando se tiene la oportunidad de ser enseñado, como tú nos enseñaste a alimentarnos cuando padecíamos hambre, pero nadie nos pude enseñar cuando nos encontramos solos. Y son muchos y variados los peligros de morir.

--¿Cuándo creerás que algo malo le ha sucedido y decidirás que vayamos en su búsqueda?

--Tenemos algo por delante que es mejor que regresar a buscarlo. Allí, al otro lado del horizonte, podemos encontrar para todos un mundo mejor que éste.

Booz no comprendía a su padre. Parecía de pensamientos tan elementales, que sólo le guiaba la obcecación. Hubiese querido conocer por qué su padre era como era, mientras que él, siendo su hijo, pensaba de forma diferente en muchas cosas, o simplemente pensaba en otros que su padre no pensaba. Pero cuando Booz se planteaba pensamientos que excedían aquello que se podía ejecutar, se quedaban sus pensamientos suspendidos en el aire, sin ningún elemento de convicción donde sostenerse. Cuando esto le sucedía, Booz padecía de frustración, pues eran muchas las preguntas que se hacía para las que su inteligencia no le ayudaba a encontrar respuestas. Siguiendo a su padre que ya se había puesta a caminar, sólo de vez en cuando miraba para atrás por ver si divisaba a su hermano.

Fez estaba tranquila teniendo a Alceo a su lado. Era consciente de que allí hubiese faltado la fuerza sin él, y ella la consideraba tan importante como la inteligencia, o los buenos pensamientos, como ella decía.

Alceo volvió a su pastoreo. Todo lo que pensaba era cómo justificar ante su padre, si regresaba, su no retorno en pos de él y de su hermano, pero sólo justificar, que no temer la represalia de su padre. Habiéndole tomado gusto a la mentira, le fue fácil inventarse una más. Le diría que, habiéndose perdido la primera vez, había dudado reencontrase con ellos, y que ante esa posibilidad, creyó bueno quedarse para proteger a su madre y hermanas. Se pude asegurar que no tenía conciencia de que la mentira era mala, sino un recurso de su pensamiento que él consideró bueno.

Alceo, al segundo día desde su regreso, decidió acercarse a la morada y que su padre había anunciado destruida por el fuego y el agua. No era una idea fija lo que le impulsaba ir allí, quizá por ver de rescatar alguna cosa que les pudiesen

ser útiles o por la simple curiosidad de comprobar por sí mismo cómo había quedado. Llegado adonde supuso que había vivido feliz durante sus primeros años, y aunque nada le era reconocible, calculó el exacto emplazamiento de la casa y se puso a retirar lodo, piedras y ceniza.

Encontró algunos utensilios que reconoció y eso le dio mayor ánimo para seguir buscando. Ya estaba seguro que debajo de aquel manto inerte estarían casi todas las pertenencias de la familia. Iba ya a abandonar la tarea y regresar a la cueva, con el firme propósito de volver al día siguiente, cuando topó con la parte superior de una caja que Alceo reconoció como la caja que guardaba la inmortalidad. Pensando en el reconocimiento que recibiría de su padre, más que en la propia importancia de aquel hallazgo, retiró todo lo que la cubría hasta dejarla completamente libre. Se sentó al lado para contemplarla y, algo extraño en él, también para pensar en su significado.

Para Alceo, la inmortalidad no tenía significado alguno cuando por primera vez oyó hablar de ella, y es que su mente, poco dispuesta a la trascendencia, sólo discurría por

los senderos de la vida que conocía. Más allá de ella, la experiencia le decía que habría de morir, como los animales morían, como morían las plantas. Lo único que no moría, eran, según su observación, aquellas luces que veía en el cielo, y que él, cada noche, comprobaba que no faltaba ninguna. ¿Sería la inmortalidad convertirse en una de aquellas luces que nunca se juntaban, que nunca las oyó decir algo? Así pensaba Alceo, y luego de haberlo pensado, concluyó que para él y para su familia no quería ese tipo de inmortalidad, pues prefería una vida corta, siendo lo que era, que una de aquellas luces flotando en el cielo. A partir de estos pensamientos, decidió esconder la caja y no comentar en casa nada sobre ella, ante el temor de que sus padres quisieran abrirla. Era, en definitiva, el nacimiento de un sentimiento común en el hombre: el deseo de vivir la vida conocida, antes que la promesa de vivir eternamente una existencia diferente e ignorada.

Volvió con su familia cargado de utensilios y su madre le dijo:

--Bien está lo que traes, hijo, pero mejor hubiese sido haber encontrado la caja de la inmortalidad.

Alceo aprovechó que su madre le daba tanta importancia para enseguida preguntar.

--¿Qué es la inmortalidad, madre?

--No morir, hijo. Tú ya sabes qué es morir, pues lo has visto en muchos animales. Vivir eternamente es no temer por tu vida.

--¿No se envejecería, nos quedaríamos como estamos?

--Eso no lo sé. Mis pensamientos me dicen que llegaría un momento en el que dejaríamos de envejecer, y en ese último estado permaneceríamos para siempre.

--¿Y eso es bueno?

--Sería otra forma de vivir. Cuando el fin es la muerte, quizá aprovechemos mejor el tiempo de vida; sabiendo que no vamos a morir, a la vida no la llamaríamos vida, ni siquiera estar en este mundo, pues también podemos no estar; podremos decir que vivir eternamente es ser parte de este mundo, de esa forma también este mundo sería eterno,

y no habrían sucedido cosas como las que han sucedido, que se acercan a su muerte y la nuestra con él.

--Entonces, madre, ¿es importante la inmortalidad?

--El instinto de vivir nos lleva a desearla sin saber en qué ha de consistir.

La madre había pensado por su hijo y, de momento, no sacó ninguna conclusión de sus palabras; demasiado complejas para su mente elemental. Algo si debió tener claro, pues se reservó el secreto del hallazgo de la caja.

***

Arat y su hijo Booz habían llegado a la pequeña colina que, desde que partieron, habían tomado como referencia. Al otro lado estaba lo desconocido, que Arat creía otro mundo no devastado y a donde podría trasladarse con su familia y reiniciar una vida que en éste ya no valía la pena vivir. Pero llegado que hubieron y miraron al otro lado, otro vasto territorio, igualmente arrasado, se extendía

hasta donde su vista les permitía divisar. Desalentados, se sentaron a descansar y reflexionar.

--¿Qué te dicen tus buenos pensamientos, Booz? –preguntó Arat a su hijo.

--Me dicen, padre, que debemos seguir.

--¿Por qué? Ya ves que todo es igual a lo que dejamos atrás.

--Cuando salimos, pensábamos que al otro lado de esta colina podría haber un mundo habitable o el abismo. Ninguna de las dos cosas hemos encontrado. Si miramos de nuevo hasta donde nos alcanza la vista, ahora podemos decir, y casi asegurar, que al otro lado no nos encontraremos el abismo, y eso ya es algo bueno.

El padre, dentro de su pesadumbre, movió arriba y abajo su cabeza en señal de aprobación. Los pensamientos de su hijo eran, una vez más, mejores que los suyos.

Cuando hubieron descansado y comido algunas raíces, emprendieron la marcha.

Iban padre e hijo callados, celosos de sus propios pensamientos, cuando algo hizo converger sus miradas. En

el cielo, un ave de presa describía círculos cada vez más estrechos, sobre una zona aún alejada de donde estaban. Por el momento, ninguno de los dos dijo nada, concentrados en aquel suceso insólito desde que ocurrió la catástrofe. Fue Booz el que comenzó a hablar.

--Buena señal, padre, no estamos solos.

--Eso parece. Ese pájaro ha divisado comida, por la forma que tiene de volar.

--Y comida viva, algún otro animal que se esconde y el pájaro espera el momento de lanzarse sobre él. Esta parte del mundo empieza a ser diferente.

--Observemos y no perdamos de vista dónde desciende.

Y como suponían, aquel pájaro se lanzó en picado en un punto que ellos fijaron en su retina. Aceleraron el paso en aquella dirección como el ciego que vislumbra un foco de luz.

--No llegaremos a tiempo, y ese pájaro habrá dado buena cuenta del animal que ha encontrado; no será para nosotros –dijo el padre.

--Así puede ser, padre, pero nuestro deseo no es ese animal, que poco puede resolver nuestra situación, sino que habiendo uno podamos encontrar más y podamos alimentarnos con ellos de forma permanente.

El padre ya no respondió, pero mientras caminaba en línea recta hasta el lugar donde había descendido el pájaro, no dejó de mirar a un lado y otro; era evidente que buscaba trazas de otros animales.

Ya estaban aproximándose a su objetivo, cuando vieron que el ave remontaba el vuelo. En sus garras transportaba los restos de una especie de conejo, que no era carroña y sí un animal que poco antes había estado vivo. Arat mostró su disgusto diciendo:

--¡Maldito pájaro! Ni siquiera nos permitió compartir su comida. ¿Cómo ha podido sobrevivir ese animal en este lugar?

El hijo le respondió:

--Ese animal come plantas y raíces solamente, y ya antes que nuestros pensamientos nos indicaran cómo encontrar raíces, ellos lo tenían por hábito.

--Entonces debe haber más animales de ese tipo que se limitan a comer raíces –dijo el padre.

--Así debe ser, padre. Ahora lo que tenemos que hacer es encontrarlos y cazarlos –dijo el hijo.

--Yo antes sabía dónde se escondían, pero si por aquí había madrigueras, todas deben estar anegadas de barro y cenizas; no veo ninguna señal de ellas.

--Tú sabes, padre, que esos animales ya padecían de parecida situación antes de todo lo sucedido, y abrían otras nuevas, ahora no busquemos esos animales sino sus madrigueras. Nuestros pensamientos, antes de ver estos animales, no nos indicaron esta posibilidad, así que ahora estamos mejor que antes. Busquemos.

Y así, superponiendo el pensamiento lógico del hijo al pesimista y limitado del padre, ambos se afanaron en encontrar aquellas madrigueras que deberían esconder los animales apetecidos.

En la caza, Arat tenía mucha experiencia, y eso le valió más que el ingenio de su hijo. Por ello, el padre tuvo la doble satisfacción de cazar uno de aquellos animales,

parecidos a los conejos, y mostrarle a su hijo su propia valía para resolver problemas.

--Te he ganado esta vez –dijo el padre sonriendo.

--¿Cuánto tiempo te ha llevado aprender a cazar así? --preguntó el hijo.

--Muchos años, casi tantos como tienes.

--Pues yo he aprendido en un día.

El padre asintió sin percibir la trascendencia de lo que su hijo acababa de apuntar. Se trataba de trasmitir la experiencia de los progenitores a sus descendientes, un cúmulo de esfuerzos que no podían ser, en su ausencia, sustituidos simplemente con la inteligencia.

Se llevaron con ellos el animal cazado, pues habían perdido mucho tiempo sin avanzar hacia el objetivo principal. Lo comerían cuando llegara la noche, si debían parar a descansar antes de alcanzarlo.

No se habían encontrado grandes problemas hasta ahora, cuando un río muy caudaloso y de aguas bravas se interpuso en su camino.

--¡Agua! Podremos beber cuanta deseemos – exclamó el padre.

--Sí, pero no tanta como secar el río y que nos permita continuar –dijo el hijo

--Tu pensamiento es bueno y el mío precipitado. A veces siento me vence la prisa por satisfacer una necesidad, cuando desde el sosiego podría elegir entre varias opciones. ¿Tus pensamientos te muestran la mejor forma de cruzar este agua?

--No, padre, mis pensamientos no siempre me dan soluciones inmediatas. Hay otra forma de encontrar la mejor, y es ir proponiendo una cualquiera y ver sus ventajas o desventajas.

--Está bien. ¿Qué te parece si vamos aguas arriba hasta encontrar el nacimiento de todo este agua? Más allá de ese nacimiento, la tierra deberá estar seca y podremos cruzarla.

--Esa solución que parece buena, plantea muchas dudas que no podemos responder hasta probarla, como a qué distancia se encuentra ese nacimiento. También si este agua procede de un nacimiento o de muchos nacimientos

que tendremos que alcanzar. Y otra en la que pienso, es si este agua más arriba de este cauce cae del cielo, en cuyo caso más arriba todo será más difícil de dominar.

--De nuevo está bien lo que dices, y ahora te toca a ti proponer una forma de cruzar este agua.

--A veces lo mejor es no intentar lo que parece imposible. Podemos regresar y volver con el resto de la familia. Volveremos todos hasta aquí. Allí sólo hay raíces para comer y aplacar la sed, y aquí tenemos raíces, animales y agua; podremos todos llevar una vida mejor y confiar que algún día los nacimientos se agoten y podamos seguir nuestro camino.

Arat, como no podía ser menos, se mostraba no sólo de acuerdo con las palabras de su hijo sino orgulloso, y hasta pensaba que era otra parte de sí mismo el que tenía esas facultades extraordinarias. Abrazó a su hijo después de escucharle y decidió regresar a donde habían dejado al resto de la familia.

Pero antes de ponerse en camino, comieron del animal que habían cazado y buscaron otros animales que poder

llevarles. También ingeniaron recipientes para transportar algo de agua. Pero esto se contará luego, pues debemos volver con Fez y sus hijos.

Capítulo 3

Habían pasado tres días desde que Alceo dejara a su padre y hermano. Amanecía el cuarto, y éste, al despertarse, se asomó a la boca de la cueva, miró en la dirección por la que habrían de divisarse su padre y hermano de estar llegando, tanto si habían encontrado un mundo habitable como si no, no apreció nada que se moviera y se internó de nuevo en la cueva. Su madre y hermanas aún dormían. Alceo recorrió con la mirada a las tres y volvió a mirar a su hermana mayor con mayor detenimiento. Helí ya tenía un cuerpo de mujer, era hermosa y Alceo se deleitó en recorrer cada uno de sus atributos femeninos. Finalmente, se acostó a su lado, sin tocarla y se masturbó. Luego, volvió a dormirse.

Cuando Fez se despertó, miró a sus hijos que dormían y zarandeó a Alceo para que despertara.

--¿Qué sucede, madre, han llegado? --preguntó Alceo, medio somnoliento.

--Ese no es el lugar donde te acostaste, ¿por qué estás ahí?

--Me desperté al amanecer, salí para ver si llegaban padre y hermano y me volví a acostar. Sentí el deseo de acostarme cerca de mi hermana.

La madre pensó un momento y luego preguntó:

--Hijo, ¿sólo deseaste acostarte a su lado?

--Desee tocarla, pero no lo hice.

La madre, con dulzura, puso su mano sobre la cabeza de su hijo y le dijo.

--Mis pensamientos me dicen que deseaste poseerla, pero no lo hiciste. Nuestros pensamientos, si son buenos, deben guiar nuestras acciones, especialmente nuestros deseos. Tu padre dispuso que sea tu hermana menor, cuando llegue el momento, la mujer que poseas, y debes respetar su decisión.

--Hoy lo he conseguido, madre, pero ¿qué debo hacer para conseguirlo siempre?

--Haz lo mismo que hiciste hoy, eso te ayudará.

Alceo miró hacía donde miraba su madre. Un pequeño charco de semen se podía ver depositado sobre la piel de animal donde dormitaba Helí

Pero aunque Alceo apartara los pensamientos de su hermana mayor, los deseos se repetían. Ese mismo día le dijo que viniera con él a buscar objetos en la antigua morada. Helí aceptó de buena gana y los dos se alejaron. Cuando llegaron al lugar que indico Alceo, ambos se pusieron a retirar lodo y cenizas. En cuclillas, Alceo sintió un estremecimiento al posar su mirada sobre el sexo de Heli. Se levantó y rodeó a su hermana hasta situarse detrás de ella. Helí seguía en su labor, sin apercibirse de la maniobra de su hermano. Cuando Helí sintió por detrás el abrazo de su hermano, se quedó inmóvil, sólo hizo un pequeño gesto de rechazo cuando se sintió penetrada, pero enseguida se acomodó al hacer de Alceo. Cuando Alceo se retiró, echándose para atrás sobre la tierra cuan largo era,

Helí siguió su labor, sin volverse para mirar a su hermano. Así, en silencio, permanecieron los dos un buen rato. Fue Alceo el primero en hablar.

--Quiero que seas mi mujer.

--Padre no aceptará.

--Ya has sido mi mujer, y eso tendrá que aceptarlo.

--Puede que nos eche de su lado. ¿Qué haremos?

--Nos iremos lejos, antes de que vuelva. Tengo algo que quiero mostrarte, ven conmigo.

Alceo tomó de la mano a su hermana y se adentró en especie de cueva medio anegada por el lodo. Allí, en un hueco semioculto en la pared, Alceo metió todo su brazo y cuando lo sacó, apareció la caja de la inmortalidad que él había escondido. Helí sorprendida, preguntó:

--¿Esa es la caja de la inmortalidad, Alceo ¿Por qué la has escondido?

--Lo hice hasta saber lo valiosa que era. Ahora es mía, y tuya si te vienes conmigo.

Helí se quedó pensando. No alcanzaba a comprender que su hermano no quisiera compartirla con el resto de la

familia, siendo como era algo indivisible y que a todos beneficiaria por igual. Aún, en aquellos seres primitivos, no había surgido el sentimiento de ambición personal por la posesión de las cosas, por eso quiso saber por boca de su hermano qué significado tendría para ellos el disponer solos de la caja. Pregunto:

--¿Qué podemos tener tú y yo con esa caja?

--Nosotros seremos inmortales, y también nuestros descendientes el día que decidamos abrirla. Todos los demás morirán y todo este mundo será nuestro.

Helí seguía sin entender por qué su hermano pretendía quedarse todo el mundo para sí y para ella si aceptaba.

--Parte de este mundo son mis padres y mis hermanos, si mueren ellos no tendremos todo el mundo.

--Tampoco lo teníamos antes cuando padre dispuso que tú serías para Booz y esa cosa fea que nació la última para mí. Padre ya ha empezado a repartir este mundo.

Helí comenzaba a comprender el significado de tuyo y mío. Pero el quedarse con la caja no tenía el mismo significado, pues no significaba tener más por el hecho de

tenerla ellos solos. Sus pensamientos le indicaban que si se quedaban con la caja condenaban a morir al resto de la familia, por eso preguntó:

--¿Por qué, salvo yo, no quieres que vivan tus padres y hermanos.

Alceo no tenía una respuesta a esa pregunta, que sólo planteaba la consecuencia de querer la caja para sí. Quizá fuese la misma sinrazón de ser de los pueblos actuales que atesoran riquezas que nunca llegarán a disfrutar, mientras permanecen indiferentes ante la escasez que sufren otros. A pesar de que Alceo no se distinguía por tener pensamientos fluidos, en esta ocasión respondió: con prontitud

--Yo no quiero que ellos mueran, pero si padre y madre disponen de la caja, serán ellos los que decidirán qué hacer conmigo.

--La caja no te fue entregada a ti y sí a nuestros padres para que fuesen ellos los que dispusiesen como mejor les dijeran sus pensamientos.

--Pero he sido yo el que la ha encontrado y debe ser mía; soy yo ahora el que dispondrá qué hacer con ella.
--¿Qué harás conmigo si digo a padre que la has encontrado?

Alceo no contestó a la pregunta directa de su hermana. La miró y luego cogió la caja para meterla en el agujero de donde la había extraído.
Por el camino de regreso y poco antes de llegar a la cueva, Alceo le dijo a su hermana con cierta rudeza:
--No digas nada de lo que ha pasado, ni de la caja ni de nosotros, ya eres mía y mis pensamientos me dirán lo mejor que debamos hacer.
Cuando hubieron regresado, la madre los interrogó con la mirada. Posiblemente sus pensamientos le dieron alguna respuesta, pero Fez no la expresó en voz alta. Era mediodía y Fez le dijo a su hijo:
--Adéntrate en esa tierra tanto como estés seguro de no perderte y mira si encuentras a tu padre y hermano, quizá regresan heridos o hambrientos y puedas ayudarles.

Alceo obedeció y se puso en camino,

Fez se volvió hacia su hija y le preguntó:

--¿Qué hiciste con tu hermano?

--Buscamos donde Alceo dijo que estaba nuestra casa, pero no hallamos nada.

--¿Por qué no me miras de frente? –la interrogó la madre con cierta dureza.

Helí levantó la vista con timidez y miró a su madre. Esperó si su madre tenía algo más que decir. La madre escrutó en el interior de sus ojos y luego dijo:

--No me respondas, si no quieres, a lo que te voy a decir. De todo aquello que guardes para ti, sólo tú llevarás la carga que suponga. Cuando no puedas con ella, sólo tu madre te ayudará a llevarla, pero habrás de compartirla conmigo.

--Sí, madre, lo sé, y así lo haré.

--Tenemos que recoger raíces, ayúdame.

Madre e hija salieron y se alejaron de la cueva en silencio.

Arat y su hijo Booz habían conseguido tres piezas de aquellos animales. También se las ingeniaron para, con las mismas pieles de los animales desollados, confeccionar una especie de botas que llenaron con agua. Esa era la forma básica para guardar líquidos, aunque con pieles previamente desecadas y embadurnadas con resinas. Con la preciosa carga, se pusieron en camino de regreso.

Booz alabó la pericia de su padre para atrapar animales, en cuyo éxito él sólo participó como espectador o para hacer lo que su padre le indicaba. Las botas para el agua era ya una experiencia adquirida, como se ha dicho, pero con alguna diferencia que hubieron de arbitrar en ese momento. Fue Booz el que sugirió ponerlas del revés para que el agua estuviese en contacto con el fino pelo del animal en lugar de con el interior de la piel, la cual, así, podría, mientras caminaban, secarse en contacto con el sol y el aire y no pudrirse. El padre acepto muy complacido esta sugerencia de su hijo y ambos tomaron el camino de vuelta, a buen ritmo, pues el animal que habían comido les

había devuelto las fuerzas, que hacía tiempo estaban mermadas, y también con buen ánimo.

--Padre, ¿cuándo me entregarás a mi hermana para tener yo mi propia familia? –le pregunto Booz a su padre mientras caminaban.

--¿Preguntas porque quieres tener tu propia familia, o más bien porque necesitas una mujer?

Booz se sintió descubierto en su verdadero deseo, sus pensamientos buscaron una respuesta que se correspondía con su duda.

--¿No es acaso que se necesita a una mujer para tener su propia familia? Yo no sé, padre, por qué siento que necesito una mujer.

El padre pudo recordar que el Señor le había entregado una mujer cuando, con la edad de su hijo, sólo deseaba una hembra para satisfacer un instinto, y que sólo después sintió el deseo de tener descendencia. Arat contestó así a su hijo:

--Por alguna razón que desconozco, el deseo por tener una hembra es independiente de querer tener descendencia

propia, aunque no se puede tener descendencia sin desear a la mujer. Para tener descendencia hay que estar preparado, y han de ser tus pensamientos los que te dicten el momento. ¿Tú quieres ya tener descendencia?

Booz le pidió a sus pensamientos que le dieran una respuesta, y sus pensamientos le dijeron que, en las circunstancias penosas en las que vivían, no era oportuno tener descendientes.

--No quiero tener descendientes que vivan como nosotros vivimos ahora.

--Pues habrás de solucionar por ti mismo el deseo de poseer a la mujer como lo hayas hecho hasta ahora.

Booz Calló, admitiendo que su padre había tenido un pensamiento bueno.

Habían caminado todo el día sin pararse, de forma que estaban sólo a media jornada de las dos que les llevó llegar a donde habían llegado, las márgenes del río que interrumpió su viaje, cundo escucharon débiles voces a lo lejos. Pensaron y dijeron si sería Alceo que pedía ayuda. Ellos, a su vez, gritaron llamando a Alceo, y por esos

sonidos se guiaron y se fueron acercando. Una hora después, los tres se encontraron manifestando alegría.

--¿Te perdiste, hijo?

--Sí, padre, pero finalmente llegué a la cueva donde madre y hermanas esperaban. Había temido tanto, que mis pensamientos me indicaron que debía quedarme, pues si regresaba podía perderme de nuevo y no encontraros; madre y hermanas me necesitaban más que vosotros.

--Tus pensamientos fueron buenos esta vez e hiciste bien seguirlos. ¿Cómo están tu madre y hermanas?

--Bien, padre, encontramos más raíces.

--Nosotros hemos encontrado animales vivos y mucha agua. Os llevaremos allí. Ahora regresemos todos a casa, celebraremos estar todos vivos y comeremos y beberemos con esto que traemos con nosotros.

Booz contó a Alceo los pormenores que éste se había perdido desde que los dejó, y antes del anochecer llegaban a la cueva.

Arat dijo a todos que a ese lado del río que habían encontrado podrían continuar la vida y esperar con

paciencia e inteligencia nuevos descubrimientos para mejorarla. Alabó ante todos la gran inteligencia de Booz, al que, en parte importante, debían la buena ventura. Alceo, celoso de su hermano al apercibirse de las miradas de complicidad que se dirigían él y Helí, se alejó de la reunión familiar, algo que no pasó inadvertido por la madre, que comenzaba a temer un enfrentamiento entre los dos hermanos.

Fez preparó la comida, y sólo cuando Arat llamó a su hijo para comenzar a comer, volvió éste. Su padre le increpó:

--Parece, Alceo, que no participas de este momento feliz para toda la familia, ¿qué te sucede?

--Tengo mi propia forma de celebrarlo, padre. Necesitaba pensar a solas en mi propia vida –dijo Alceo

--Eso está bien, te estás haciendo un hombre y has de comenzar a darte cuenta de lo que eso significa. Pero un hombre no puede serlo del todo mientras no tenga a una mujer a su lado, y aún quedan unos años para que esto sea posible.

Alceo permaneció callado después de escuchar a su padre. Ahora que estaban todos juntos temía que su padre impusiera sus decisiones ya conocidas. Pero también temía la reacción de su padre si le manifestaba sus pensamientos, así que optó por callárselos y esperar el momento de seguirlos. No era tan torpe como para despreciar la oportunidad que le ofrecían aquellas nuevas tierras descubiertas, a las que Helí querría ir por encima de todo lo que él pudiera ofrecerle.

Pero un nuevo pensamiento le inquietó: ¿cómo trasportar la caja de la inmortalidad sin que los demás se apercibieran? ¿Helí mantendría el secreto?. De momento así parecía, pues aún no había hablado de ello.

Alceo podía elegir sobre las opciones que tenía, y seguramente sus pensamientos le inclinarían a tomar la más ambiciosa. Y así, considerando que desde la propia inmortalidad nada tenía que temer de su padre y de su hermano, se complació en un único pensamiento: de todos, él sería el único inmortal y dispondría de su vida y de la de los demás como más le apeteciera.

Alceo permaneció en vela hasta que todos estuvieron profundamente dormidos. Sigilosamente salió de la cueva y se dirigió al escondite donde guardaba la caja. La sacó del agujero, la depositó en el suelo y se sentó frente a ella. Alceo repasó mentalmente todo lo que había escuchado a su madre sobre el significado de la inmortalidad. También sus propios pensamientos le mostraron un posible escenario: vería morir a todos sus descendiente y a los descendientes de estos. Pero Alceo no tenía aún desarrollado el sentimiento que tiene un padre por sus hijos, y aunque había visto hasta qué punto sus padres los habían cuidado y protegido, Alceo simplemente dedujo que lo habían hecho porque eran cosas de su propiedad, de las que, hasta ahora, habían dispuesto como habían querido. Así, recordando lo que su madre les dijera, pensó en aquel Señor de todas las cosas, como ellos mismos habían sido desde que fue consciente. Pero llegado aquí con sus pensamientos, uno nuevo le inquietó. ¿Seguiría él, a pesar de ser inmortal, una cosa siempre a disposición del Señor? ¿Cómo asegurarse de que no fuese un dueño

caprichoso que dispusiera de su vida eterna haciéndosela insufrible? Hasta ahora todas las dificultades las habían resuelto en familia, ¿podría igualmente hacerlo él solo? Esta pregunta tuvo una pronta respuesta: la inmortalidad no era en esos momentos lo más importante. Seguiría los pasos de su familia hasta descubrir un nuevo y placentero mundo donde vivir esa vida eterna, luego volvería y abriría la caja. Los pensamientos de Alceo eran buenos, pero insolidarios, sólo habría que esperar a que pagara por ello.

Alceo temiendo que su hermana, finalmente, hablara, buscó un agujero nuevo donde esconder la caja, y cuando consideró que estaba segura, regresó a la cueva.

Temprano, Arat despertó a los miembros de su familia. Deberían hacer una jornada dura, pasar el primer horizonte e internarse en las tierras que ya ofrecían animales vivos para alimentarse. Antes de salir, ya Arat improvisó una parihuela con las pieles sobre las que se habían acostado. Sobre ella transportarían, turnándose, a la pequeña Mania, que no podría hacer todo el camino andando; también algunos utensilios, especialmente aquellos que podían

contener agua y los que utilizaban para cocinar la comida, todos ellos confeccionados con barro endurecido por el procedimiento de secado al sol, y que Alceo había rescatado de la morada anterior a la catástrofe. En este sentido, a Alceo le indignó que su padre no le hubiese reconocido los importantes hallazgos, como si careciera de mérito, pero como aún sólo él poseía la caja de la inmortalidad, una perversa satisfacción se dibujó en su rostro.

A Alceo también le sorprendió que su hermana Helí no se dirigiera a él para preguntarle si se llevaría la caja. Esta indiferencia de su hermana por lo que, sin duda, era un tesoro que había prometido compartir con ella, le hizo pensar que nunca la tendría por su propia voluntad, por muy importante que fuese lo que le ofreciera, y que debería obligarla cuando llegase el momento. De todas formas, algo sí apreciaba, y era que respetara mantener en secreto el hallazgo, tal y como le había ordenado.

Capítulo 4

Se puso en marcha aquella cuerda de presos del destino, con la esperanza en la redención terrena, pues que nadie le había hablado de otra. Y a las penalidades que el camino

infringía a sus cuerpos, se unieron las del espíritu, o de los pensamientos, como ellos llamaban. Porque a medida que las nuevas cosas se sucedían, sus mentes no se acomodaban a las sensaciones. Y así, Arat, con sus pensamientos recurrentes, no comprendía por qué habían sido sometidos a aquella terrible prueba de supervivencia, qué significado tenía, qué mente caprichosa la había puesto en marcha. Fez, por su parte, más cercana a lo cotidiano familiar, pensaba en sus hijos; de Alceo sus ultimas actuaciones en relación con Helí. Presentía grandes conflictos, y lo peor es que ella no podía evitarlos transmitiéndoles sus pensamientos buenos, pues sus hijos no le participaban los suyos para poder corregírselos. Alceo, receloso, parecía no integrado en la familia, pues caminaba alejado del resto cuando no tenía que transportar la parihuela. Booz pensaba en su hermana Helí y en cómo cambiar el destino fijado para ella por su padre. Helí pensaba en cómo librarse de su hermano Helí en sus pretensiones, pues era Booz quien la motivaba de una

forma que ella no comprendía, pues no era por deseo ni preferencia.

La pequeña Mania, cercana a los cuatro años de edad, daba muestras de extrañas peculiaridades. Tenía manchones de vello en zonas del cuerpo no habituales en los demás; nariz tan achatada que sólo se apreciaban las fosas nasales; aún no hablaba, sólo emitía sonidos; y tenía tendencia a gatear. Sin duda, estas peculiaridades no pasaban desapercibidas para nadie, aunque sólo para Fez tenían una explicación trágica que ella silenciaba a los demás.

A medida que se acercaban al final de la jornada que se habían fijado para el primer día, las fuerzas de todos comenzaban a flaquear y el paso era penoso y lento. Arat decidió hacer un alto en el camino y descansar. Todos, menos él y su hijo Alceo, al que le pidió le acompañara. Pretendía Arat, sin la rémora de su familia, avanzar alguna distancia e internarse en las tierras que tenían animales, cazar alguno y volver a nutrir a su familia, por considerar que el descanso no era suficiente.

Pensó Alceo que tendría la oportunidad de cazar por sí mismo algún animal y ser reconocido por todos, especialmente por Helí. Según sus pensamientos, para su hermana sería más importante satisfacer el hambre que la inmortalidad que le había ofrecido.

Por el camino, preguntó a su padre:

--¿Me dejarás, padre, que intente yo solo cazar uno de esos animales?

El padre le miró sorprendido. Era la primera vez que escuchaba que alguien quisiera hacer algo solo, cuando las posibilidades eran siempre mayores si se disponía de ayuda. Pero con las experiencia reciente de haber descubierto los pensamientos de Booz, quiso saber.

--¿Por qué tus pensamientos te indican que debes actuar solo?

--Padre, nunca tuve la oportunidad de mostraros ningún mérito que no fuese la fuerza que tengo. Quiero tener también el mérito de la inteligencia.

Arat se quedó un instante pensando. ¿Le había él privado de mostrarse inteligente? Quizá nunca le consultó como lo

había hecho a su hijo Booz, pero tampoco él había adelantado juicios que en ocasiones difíciles hubiesen sido contemplados. Queriendo rectificar en lo que de malo hubiese hecho con su hijo, así se expresó:

--No te lo voy a impedir, pero has de tener un pensamiento que te diga que solo podrás hacerlo mejor que con mi ayuda.

Booz asintió con la cabeza y siguieron caminando.

--Por aquí ya debería haber animales, ¿qué dicen tus pensamientos que debemos hacer? –preguntó el padre.

--Yo iré por este lado y tú por ese; luego nos encontraremos aquí de nuevo.

El padre estuvo de acuerdo y ambos se separaron.

Al cabo de un par de horas, Arat regresó al lugar donde había quedado con su hijo, portando uno de aquellos animales. No le sorprendió el no ver a Alceo, pues dada su poca pericia en la caza, pensó que no querría volver sin cazar algo. Esperó algún tiempo y luego Arat le llamó. Pero Alceo ni volvía ni respondía a la llamada de su padre, que insistía llamándolo cada vez más fuerte, amplificando

su voz con las manos en torno a la boca. Al fin apareció. Alceo no traía nada. Antes que su padre le preguntara, él se lamentó.

--Tenía casi en mis manos dos animales como ese cuando tú gritaste, y se escaparon.

Arat no se disculpó; sabía que no le decía la verdad, pero no quiso recriminarle; era una cuestión de orgullo y no quiso humillar a su hijo.

--Este está gordo y comeremos todos; mañana tendrás tu ocasión.

Alceo pidió a su padre que se lo dejara llevar y regresaron con la familia. Cuando estaban a la vista, Alceo levanto el animal por encima de su cabeza; no lo hacía en señal de triunfo, sino para observar si Heli le premiaba con una sonrisa, seguro como estaba de que su padre no presumiría de haberlo cazado él. Pero Heli no hizo ninguna ostentación que a Alceo le pareciera un premio. Cuando llegó a la altura de la familia, tiro el animal despectivamente y se alejó de allí. A Arat no le pasó

desapercibido el gesto de su hijo, pero no supo relacionarlo en su total significado. ****

--¿Qué sucede a nuestros hijos, Fed? –preguntó Arat a su mujer.

--Que crecen, Arat, que empiezan a ser como nosotros.

--¿Como nosotros? Ellos sólo son nuestros hijos. ¿Quieres decir que se parecen a nosotros?

--No del todo. Yo me refiero a que cada uno de ellos tiene sus propios pensamientos, como tú tienes los tuyos y yo tengo los míos.

--De eso ya me he dado cuenta. Lo que no entiendo es por qué si le dimos el cuerpo no le dimos también los pensamientos.

--Quizá sólo les dimos la vida, y todo lo demás es de ellos.

--¿Cómo lo obtuvieron?

--No lo obtuvieron, Arat; es la misma vida la que los produce.

Arat, incapaz de obtener conclusiones por sí mismo, terminó aquel diálogo que parecía inventado para

confundirle más. Algo sí podía valorar, y era qué pensaba Fez de sus hijos, y así, preguntó.

--Te vuelvo a preguntar, Fez, ¿qué les sucede a nuestros hijos, especialmente a los mayores, que actúan de forma extraña?

--Sí, es cierto, también yo veo esos comportamientos. Tengo muchas incertidumbres en relación a si han de seguir lo que dispusimos para ellos.

--¿De qué hablas?

--Mis pensamientos me dicen que Alceo quiere a Helí para sí; que Booz está conforme con Helí y Helí está conforme con Booz; Queda nuestra hija Mania que no parece que nadie la quiera.

--No es que no la quieran, es que no es aún una mujer.

--Eso traerá disputas entre Alceo y Booz, las mismas que vemos en los animales cuando varios quieren a la misma hembra.

--Harán lo que yo he dispuesto, nosotros no somos animales. Cuando llegue el momento, Booz y Helí

formarán una familia y tendrán descendientes. Alceo tendrá que esperar más, hasta que Mania sea una mujer.

--¿Cómo harás que eso se cumpla? Temo que Alceo se lleve a Helí por la fuerza.

--Cuando lleguemos al nuevo mundo, le diré a Booz que tome a Helí y se la lleve lejos; con su inteligencia sabrá defender lo que es suyo.

--Mis pensamientos me dicen que fuerza e inteligencia se enfrentarán y se verterá sangre; no sabría decir de quién, pero a mí sólo me preocupa que se vierta.

Arat cabeceó, como si quisiera sacudirse los pensamientos inducidos por los de Fez..

Fez cocinó el animal, dispuso algunas raíces ya limpias y cortadas en pequeños pedazos, repartió el agua en pequeños cuencos recuperados por Alceo y todos se aprestaron a comer. Mientras comían sentados en círculo, Arat habló al resto de la familia de sus planes y esperanzas.

--Tendremos que esperar a este lado del río a que bajen las aguas. Allí podremos comer y beber cuanto queramos de

lo que aquella tierra tiene. Luego, cuando podamos ir más allá, veremos otras tierras que no habrán sufrido y volveremos a sentirnos los dueños de un lugar que nos hará querer seguir viviendo.

Fez aprovechó que Arat se callaba, para decir:

--Siempre querremos vivir, aún en las circunstancias más difíciles. Cuando contábamos con la inmortalidad, sólo nos preocupaba una inmortalidad miserable, pero nunca dijimos no quererla. Esto que os digo no es algo que pienso sino algo que siento, y sobre lo que sentimos no podemos explicarlo.

--Yo –habla Alceo --siento muchas cosas que no sé explicar, pero, tú madre, siempre tienes pensamientos para decir si es bueno o es malo. ¿Se puede sentir mal o bien?

Todos se quedaron expectantes. Alceo había hecho una pregunta que a todos interesaba su respuesta, si la tenía. Estaban conociéndose y en esa pregunta estaba implícita la esencia del ser humano, diferenciado del resto de los animales: el bien y el mal no como consecuencia de la voluntad, o de los malos o buenos pensamientos como

motor de los actos, sino el bien y el mal instintivo, que luego los pensamientos se encargan de calificar.

Fez no respondía. Arat miró a su hijo Booz y le pidió que respondiera. Pero Alceo se opuso.

--He preguntado a madre; y si madre no me da la respuesta, la de mi hermano no me vale.

--No tengo respuesta, y harías bien en escuchar a tu hermano si cree tenerla –dijo severa la madre.

--Habla, Booz, y tú, Alceo, escucha a tu hermano --dijo el padre con tono autoritario.

Alceo se levantó e intentaba marcharse de la reunión familiar, cuando el padre le agarró de la mano y le forzó a sentarse de nuevo. Alceo se sentó no antes de oponer su fuerza a la de su padre, a la que finalmente cedió. Cuando todas las miradas, excepto la de Alceo, que las dirigió hacia el suelo, se volvieron hacia Booz, Booz, después de un breve instante, decidió hablar.

--He observado a los animales y he visto en ellos los mismos deseos que tenemos nosotros. Cuando los animales tienen un deseo, sólo se reprimen de satisfacerlo

ante la dificultad, sea por algo insalvable o porque otro animal más fuerte no se lo permite, pero siempre lo intentan. Nosotros, en cambio, ante un deseo, podemos comportarnos como ellos, pero también disponemos de nuestros pensamientos, que nos dirán si el deseo es bueno o malo antes de satisfacerlo.

--Parece una buena respuesta –dijo Arat--, pero ¿qué hace que un deseo sea bueno o malo?

--Cuando yo tengo un deseo malo –interviene Fez—lo sé; cuando tengo un deseo bueno, también lo sé, y así es como Booz lo explica. El por qué eso es así, puede ser porque lo malo lo intentamos ocultar y lo bueno lo hacemos a plena luz.

--Yo puedo añadir –dijo Arat—que es bueno todo aquello que crea y no destruye; que consigue y no quita. Por eso debemos tener siempre presente que no podemos crear para nosotros a costa de destruir algo que puede ser valioso para los demás.

Todo aquello que se estaba diciendo en la reunión familiar pareció ir dirigido a los pensamientos de Alceo Este así lo

pensaba y hubiese querido decir algo a propósito, pero temía que sus pensamientos quedaran al descubierto. Por primera vez supo que sus pensamientos eran malos, recordando lo que su madre había dicho. Pero Alceo pensaba, también, que si eran malos era porque contravenían una disposición de su padre, y aquí dudaba si el origen de sus malos pensamientos no era tanto que quisiera a su hermana Heli, cuanto que eran malos por desobedecer una orden de su padre. Al fin se decidió a hablar, quizá por ver de establecer dónde él obraba mal si conseguía a su hermana; porque si su hermana pertenecía a su padre, él no se la quitaba a su hermano Booz. Así hablo:

--Mis pensamientos me dicen que todo esto de malo o bueno no depende de lo que yo piense sino de lo que penséis vosotros. Es mi temor a que a vosotros los juzguéis malos lo que me impide exponerlos

Todos miraron a Alceo sorprendidos. Por un momento callaron. Pareciera que Alceo los ponía ante sus propias contradicciones; Las del padre, porque era él, precisamente, el que por disponer de su libertad de

decisión impedía la de Alceo; la de la madre, porque en ocasión anterior le había sugerido que acomodara sus pensamientos a la decisión de su padre; las de Booz, porque en razón a su libertad, sus deseos no eran malos por el hecho de tenerlos, sino porque parecieran malos a él mismo. Como nadie quería replicar a Alceo, fue el padre el que ordenó:

--Booz, ¿qué tienes que decir a lo expuesto por tu hermano?

--Que Alceo tiene en parte razón. Muchas veces nuestros pensamientos no nos dicen si nuestros deseos son buenos o malos hasta que pensamos lo que les puede parecer a los demás. Esos deseos no son buenos ni malos hasta que vemos claro el efecto que causarían en los demás de querer satisfacerlos. Os pondré un ejemplo. Si yo, ahora, deseo comer más carne de la que me corresponde, mi deseo no es malo; pero si la cojo para comerla, mi pensamiento me dirá que obro mal quitándoosla a vosotros. A partir de ahí, mi deseo será malo si lo hago.

Todo lo que decía Booz era entendible para el resto de la familia a excepción de Alceo, que se le apreciaba molesto por doble motivo: porque su hermano Booz concitaba la atención casi embelesada de Helí y de su padre y porque sus palabras eran propias de una persona inteligente, difícilmente controvertibles. No había terminado de comer y se levantó sin decir adónde iba.

--¿Adónde vas, no hemos terminado? –preguntó el padre.

--Padre, si tengo un deseo que dirás que es malo porque tú no estarías de acuerdo, te pregunto: ¿podrías cambiarlo por bueno a cambio de algo importante que yo te diera?

El padre se quedó pensando, tiempo que aprovechó la madre para responder.

--Hijo, tu deseo, si tus pensamientos no te dicen que es malo, puede ser bueno, pero has de comprender que para satisfacerlo deberás tener en cuenta si lo puedes compartir sin valerte únicamente de tu fuerza.

--Si la fuerza no vale, madre, no veo yo que la inteligencia pueda decidir.

Arat, que escucha sin entender nada, interviene.

--¿De qué habláis? ¿Qué tiene que ver lo que propone Alceo con lo que tú insinúas, Fez?

--Que hable Alceo –dijo Fez

--Habla, Alceo –pide el padre sin tono autoritario.

--Yo sólo hice una pregunta que no ha sido respondida, padre.

--Está bien, te respondo. Yo sé muy bien lo que tú puedes darme, y no tengo más que pedírtelo. Pero si tienes algo que desconozco, quizá sólo te pertenezca el privilegio de conocerlo. Dime, ¿es eso?

Alceo dudó un instante, y no porque su padre no estuviese en lo cierto, sino porque se vio en un callejón sin salida. No obstante, el hecho mismo de estar en posesión de ese privilegio, le hizo creer que debiera ser determinante para que su padre le premiara con lo que deseara. Así habló:

--Tú decidiste, por tu privilegio, que Helí seria entregada a mi hermano Booz. Yo, ahora, por el privilegio con el que cuento, quiero que cambies tu decisión y me entregues a mi hermana Helí.

Arat no manifestó la inmediata contrariedad al oír a su hijo, al contrario, algo le decía que Alceo tenía una importante oferta que hacerle, pero sería él el que, finalmente, la valorara. Los demás se limitaron a esperar el desenlace con pensamientos distintos. Fez, se sintió liberada de un pensamiento oculto que le había venido mortificando; Para Booz, sus pensamientos le hicieron confiar en su padre, ya que como bien había escuchado, su hermano no podía contar con nada propio; Helí sólo tenía angustia de sentirse un ser pasivo para todos, sometida a la conveniencia de unos y de otros. Mania, jugaba, ajena a tan importante discusión. Helí, con un mínimo atisbo de esperanza, miró compungida a su madre. Fez entendió la súplica y quiso intervenir.

--Mirad lo que mis pensamientos quieren deciros, antes de que sólo los vuestros decidan. Muchas cosas han sucedido desde que el tiempo comenzó para nosotros. Porque todos somos de todos, poco a poco hemos ido superando los privilegios y cada uno de nosotros hemos contribuido con lo que disponíamos a superar las dificultades, disfrutando

del único privilegio con el que todos contamos: ser humanos y no animales. Esos privilegios de los que habláis, sólo os los atribuís vosotros como propios. Pareciera que nosotras, por ser hembras, sólo debemos sumisas esperar lo que vosotros, machos, tengáis a bien decidir. Ved que hasta en los animales las hembras se entregan al macho que haya hecho méritos ante ellas. Con vuestros privilegios como excusa estáis siendo inferiores a los animales. ¿Qué libertad concedéis a Helí para elegir entre dos machos que la pretenden?.

Arat escuchó atento; a Alceo se le iluminó la cara, antes taciturna; Booz asintió a las palabras de su madre, seguro de ser él el elegido; Helí mezcla su alegría con el temor a que su padre no se aviniera a ceder el privilegio de su potestad; Mania jugaba. Alceo, conocedor de la influencia que tienen los pensamientos de su madre, aprovechó para decir:

--Así es, madre, ni mis privilegios ni mi fuerza serán utilizados para poseer a Helí; Helí ya me pertenece por su propia voluntad.

Arat se levantó como un resorte; la madre bajó la vista, abrumada por lo que presentía; Booz miró a Helí consternado; Helí miró a Booz con mirada evasiva.

--Explica eso que has dicho -dijo Arat mirando severo a su hijo Alceo.

--Es muy sencillo. Helí y yo fuimos al lugar de la antigua morada por ver de rescatar algunos útiles que nos fueran necesarios. Ni mi fuerza ni el privilegio con el que contaba fueron utilizados para poseerla; simplemente deseé poseerla y ella lo permitió.

--¿Fue así, Helí –preguntó Arat dirigiéndose a su hija.

--Así fue, padre --contestó Helí con la cabeza inclinada.

--¿Qué dicen tus pensamientos ante este hecho inesperado, Fez?

--Que el deseo de ambos no tiene nada que ver con la voluntad de entrega. Todos hemos hecho alguna vez cosas que luego nuestros pensamientos rechazan. Si Helí. quiere ser de Alceo, debes dejarla, aunque no sea conforme a tus deseos; pero si no es así, nada le impide decidir que sea con Booz cuando nos separemos.

--Proteges en exceso a tu hija y no cuentas que Booz puede rechazarla. Booz ¿qué tienes tú que decir a todo esto?

--Creo que Booz y yo hemos hecho, por primera vez, un pacto de entrega recíproco cuando regresamos del viaje. Lo que hizo antes, sólo a ella pertenece y no le pediré cuentas si ahora, aquí mismo, ella manifiesta su voluntad de elegirme; si elige a mi hermano, ni siquiera tendrá cuentas que saldar –y dirigiéndose a su hermana, le preguntó:-- ¿A quién de los dos eliges, Helí?

Arat, superado por la rapidez de los acontecimientos que se sucedían, mandó con un gesto de su mano parar de hablar a sus hijos. Sus pensamientos mezclaban equidad y pragmatismo; el privilegio del que había hablado su hijo Alceo debía de dejar de ser únicamente suyo. Después de un silencio expectante de todos, así se manifestó.

--Nada de esto tenía previsto mis pensamientos, por lo que habré de acomodarlos a los nuevos sucesos. Pero algo si veo claro ya en este instante. Helí no podrá elegir en tanto no tengamos la certeza de si en su vientre se está formando o no un descendiente, único hecho que

condicionará su libertad. Y tú, Alceo, ya ves que todo será como hayáis hecho que sea, sin que yo participe en la decisión. Ahora te toca a ti compartir con nosotros ese privilegio del que nos hablaste.

--Puedo tener las dos cosas. Lo que digo es que con una puedo tener la otra --dijo Alceo con tono despectivo.

--No te reconozco, Alceo. Antes eras para mí sólo el hijo primogénito y yo para ti el padre; ahora tengo enfrente a un animal que me enseña amenazador sus dientes, ¿qué debo hacer contigo?

Arat no se mostró enojado al decir lo anterior, sino apesadumbrado. Fez, que había permanecido todo el tiempo sentada, se levantó y se acercó a su hijo Alceo para decirle:

--Ese privilegio del que hablas, hijo, sólo te ha cambiado hasta ahora humildad por soberbia; quizá si continuas tú solo con él, también te dé instinto de muerte. Debe ser algo muy poderoso lo que posees, pero ese poder en unas solas manos no servirá para crear sino para destruir. Mejor hicieras deshaciéndote de él si no has de compartirlo.

Alceo ya no quiso escuchar más, lentamente giró y dándole la espalada a todos, se alejó del grupo que formaba su familia. Estos permanecieron en silencio, todos mirando al suelo, ninguno comprendía un comportamiento nuevo: el hijo abandonaba a sus padres y buscaba caminos propios de vida.

Capítulo 5

Vino el nuevo día, y en aquella familia amputada, todos se dolían de la herida que había dejado el abandono de Alceo. Porque a pesar de haber dado muestras de insolidaridad y de la soberbia de la que había hablado Fez, aquel hecho, por nuevo, les parecía una desgracia más que habrían de superar. Arat dispuso todo para emprender el viaje y partieron en silencio, más por imperativo de la huida que por el de la lucha por la vida.

Alceo, mientras se alejaba, pensaba en su hermana Helí. El hecho de haber silenciado lo que sabía sobre la caja de la inmortalidad, le hacía suponer que también ella participaba de su misma valoración. Y así era. La atracción que sentía por su hermano Booz era todo lo ambigua que podía suponer un sentimiento desconocido para ella; mientras que el pensamiento en torno a la caja de la inmortalidad le proporcionaba mayor y real satisfacción. Mientras seguía al resto de la familia, de vez en cuando miraba hacia atrás con la esperanza de vislumbrar a su hermano Alceo, pero éste seguía oculto la comitiva. Quizá todo hubiese sido diferente si su hermano hubiese decidido compartir la caja con todos, pero ya que no había sido así, la opción que le había ofrecido su hermano era tan sugestiva, que sólo esperaba el momento en que su hermano la hiciese efectiva.

Alceo tomó la caja del agujero donde la había escondido y siguió de lejos, para no ser visto, la estela de la familia.

Todos dormían después de la agotadora jornada. Sigilosamente, Alceo se acercó al grupo y zarandeó levemente a su hermana Heli hasta que abrió lo ojos. Le indicó que le siguiera con un gesto y colaborando Helí al requerimiento de su hermano, se levantó con cuidado de no hacer ruido y le siguió hasta que ambos se alejaron lo suficiente para sentirse seguros, cuando sus padres se apercibieran de su ausencia.

Fue Booz el primero en despertar, y su primera reacción fue mirar para el lugar donde suponía dormida a su hermana. Al no verla, tuvo el presentimiento de que había sido raptada por su hermano; no tuvo otro pensamiento que le dijera que su hermana se había ausentado con Alceo por su propia voluntad, por lo que en lugar de entristecerse se enfureció. Pensando en las palabras de su madre, concluyó que era el momento de, sin ayuda de nadie, luchar por la hembra que quería para él y disputársela a su hermano con las armas propias que tenía, frente a las que él pudiese exhibir.

Booz sospechaba que su hermano se habría escondido con Helí detrás de un grupo de pequeñas colinas cercanas, pues no existiendo árboles, el resto era un páramo plano y desolado. Allí se dirigió y en el trayecto sopesó cuál sería la reacción de su hermano ante su pretensión. Sabía Booz que no podía oponer fuerza por fuerza. Pero lo que no pensó Booz, dado su carácter siempre inclinado a tener pensamientos buenos, fue en hasta dónde le llevaría la determinación de su hermano para impedirle regresar con su hermana. Si los divisaba, los seguiría a distancia de no ser visto y observaría la oposición que su hermana hacía para seguir a su hermano, persuadido como estaba de que le había seguido por la fuerza.

Cuando por fin los avistó, Booz se sorprendió al ver que Alceo caminaba delante y Helí hacía esfuerzos por no despegarse de su hermano. Era evidente que Helí no le seguía como él había supuesto y sí lo hacía por su propia voluntad. Booz, persona muy racional, elaboró enseguida los pensamientos que explicaran la contradicción con los anteriores, y con ellos determinó que su hermana había

sido tentada con la promesa de su hermano de compartir con ella aquel privilegio del que había hablado. Antes de enfrentarse con su hermano, quiso Booz tener la posibilidad de saber de qué privilegio se trataba. Suponía que si los seguía, su hermano pronto haría ostentación de él ante su hermana

Cuando Booz vio que se dirigían hacía la devastada morada, tuvo un presentimiento: el privilegio no podía ser otro que su hermano sabía dónde se encontraba la caja de la inmortalidad. A partir de ese pensamiento único, Booz tomó las máximas precauciones para no ser descubierto y continuó el seguimiento de sus hermanos.

En efecto, Alceo seguido de Helí, se acercó a una gran roca horadada. Una vez allí, introdujo en el agujero todo su brazo y cuando lo sacó, en su mano estaba la pequeña caja de madera, se la mostró a su hermana, y así le dijo:

--Te lo dije entonces y te lo digo ahora: nada puede ofrecerte mi hermano que iguale siquiera este privilegio que quiero compartir sólo contigo. Abriré la caja en tu presencia y sólo tú y yo seremos inmortales.

--También me gustaría que lo fuese nuestra descendencia –dijo Helí

--La posibilidad de ser inmortales sólo es segura para nosotros que tenemos la caja. Recuerda que eso querían nuestros padres y la perdimos; y aunque yo tuviese la fortuna de encontrarla esta vez, nada nos asegura que la volvamos a perder y para siempre.

--¿Por qué no la quieres compartir con todos?

--Eres muy ingenua. Un privilegio deja de ser tal cuando todos gozan de él. Sin mi privilegio, tú estarías tentada a ser de mi hermano por el privilegio de su inteligencia, ya que en nada estimáis mi fortaleza: Así, los dos tenemos un privilegio, y como dijo madre, tuya es la decisión: ¿quieres mejor estar al abrigo teporal de la inteligencia de Booz que ser inmortal conmigo? Piensa que siendo inmortales, poco o nada vale ser inteligente para sobrevivir; mientras que con toda la inteligencia de mi hermano, envejecerás y morirás como los animales.

Helí, convencida de las razones que le exponía su hermano, le pidió que la abriera allí mismo, pues si no lo

hacía, podía tener pensamientos por los que le pidiera que no lo hiciese.

Toda esta conversación fue oída por Booz, oculto detrás de la roca. Ahora que ya estaba seguro de lo que sólo había supuesto, sus pensamientos la dieron una única salida que le permitiría recuperar a su hermana. No podía impedir que abriera la caja, si su hermano lo deseaba hacer; no tenía la fuerza necesaria para someter a su hermano. Tampoco podía hacerse visible y convencer a su hermano de que no lo hiciese para ellos solos, apelando a todas las razones que le diera su inteligencia; su hermano ya se consideraba ajeno a la familia. Lo único que podía hacer era estar presente en el momento de abrir la caja y ser él también inmortal. A partir de ahí, y no dándole respuestas sus pensamientos sobre lo que habría de acontecer, sí estaba seguro de que su hermana volvería con él, aunque sólo fuese porque ella sabía que de él recibiría mejor trato que siendo de Alceo

Ahora, según sus pensamientos, debería estar muy atento al momento en que su hermano abriera la caja, pues los

efectos de ésta no le alcanzarían si permanecía oculto. Escucharía atento, y cuando tuviese la certeza de que su hermano se disponía a abrir la caja, saltaría fuera de su escondite y se haría presente en el momento de abrirla.

--¿Estás dispuesta? –peguntó Alceo a su hermana.

--Sí, ábrela ya –respondió Helí

Atentos como estaban a la caja, ninguno de los dos se apercibió de una sombra que parecía nacer de la roca; era la sombra de Booz que se aproximaba al escenario donde estaban sus hermanos. Quiso la fortuna que la apertura de la caja y la presencia de Booz fuesen simultáneas, de forma que cuando Alceo se dio cuenta de la presencia de su hermano y quiso cerrar la caja, ya una nube los había envuelto a los tres.

Cuando la nube se disipó, Alceo, furioso, levantó su poderoso brazo con la intención de descargarlo sobre su hermano, pero no lo consiguió, pues a medio camino quedó paralizado. Viendo que ya nada podía hacer que pudiera poner en riesgo la vida de Booz, tomó de la mano

a Helí y la arrastró hacia sí, mientras así hablaba a su hermano.

--Parece que ahora no serás vulnerable a mi fuerza cuando ponga en peligro tu vida, pero de nada te valdrá tu inteligencia para arrebatarme a Helí. Respeta los pensamientos de madre, pues ya habrás comprobado que ella me siguió por su propia voluntad.

--La convenciste con el privilegio de la inmortalidad, del que sólo tú creías disponer. Ahora, yo también debo ser inmortal y Helí podrá elegir entre tú y yo --y dirigiéndose a su hermana, le dice: hermana, que tus pensamientos te digan si prefieres una vida eterna al lado de Alceo, que sólo puede presumir de su fuerza y, sin duda, la utilizará para dominarte según su capricho, o, por lo contrario, te unes a mí, que sabes que todos mis pensamientos excluyen las malas acciones.

Helí estaba confundida. Recordaba las palabras de su madre, pero también las que pronunciara el padre. Quizá en su cuerpo se estaba formando un descendiente de

Alceo, y dudaba que Booz lo acogiera como suyo. Entonces, Helí, tuvo un pensamiento.

--Quiero –dijo Helí dirigiéndose a su hermano Alceo --que te alejes en la dirección que quieras hasta que no puedas vernos. Cuando yo te llamé, volverás y os diré a ambos lo que haya decidido.

--¿Por qué he de alejarme yo , mientras Booz permanece a tu lado? ¿No será que piensas huir con él?

--Eres muy torpe en tus pensamientos. Si eso hiciese, supondría que ya habría tomado mi decisión. Tengo que estar con Booz a solas y tú volverás cuando te llame para saber lo que he decidido. Demuéstrame que no es con tu fuerza con lo único que cuentas para que te siga.

Atrapado Alceo en las palabras de su hermana, quiso aprovechar la oportunidad de demostrar a su hermano que no siempre habría de utilizar la fuerza para dominar a Helí, y mostrando su conformidad, se alejó más allá de las pequeñas colinas, hasta que sus hermanos dejaron de verlo. Fue entonces que Helí, tomado de la mano a su hermano Booz, lo condujo detrás de la gran piedra. Helí se tendió en

el suelo abriendo sus piernas hasta dejar su sexo a la vista de su hermano. Booz, luego de observarla, se tendió encima de ella y la poseyó. Poco después, Helí llamaba a su hermano Alceo para que regresara.

Booz pudo darse cuenta de lo que su hermana había pretendido y no lo tomó como una prueba de su decisión de elegirle. Por primera vez, sus pensamientos no le permitieron vislumbrar el futuro inmediato.

Cuando Alceo regresó, interrogó con la mirada a su hermana. Booz les daba la espalda a ambos. Sabía que su hermana no iba a decidir en aquel instante y poco le importaba lo que tuviese que decir. Helí, viendo que no podía eludir la implícita pregunta de Alceo, así le habló:

--Puesto que hemos de vivir eternamente, lo mejor es no hacer del presente una urgencia. Quiero tener la libertad de preguntarle a mis pensamientos si debo elegirte a ti o a Booz, porque en este momento me atrae tu fuerza, pero también la inteligencia de tu hermano. Quiero comprobar si la inmortalidad nos facilita la vida o, por lo contrario, eternamente sufriremos de los trabajos para vivirla.

--Con mi fuerza superaré las dificultades – dijo Alceo
Volviéndose Booz, dijo:
--Con mi inteligencia evitaremos las dificultades.
Helí respondió a los dos:
--Decís bien, y lo mejor sería permanecer unidos los tres y poblar la tierra de descendientes poderosos e inteligentes. Y ahora, regresemos con nuestros padres y hermana.
--¿Qué les diremos de lo sucedido) –preguntó Alceo
Es Booz el que responde.
--No deberemos decirle nada. Les mataríamos cuando vieran que sus hijos han sido tan ingratos con ellos y con nuestra hermana Mania. Nuestros padres morirán pensando que nosotros les seguiremos en el tiempo.
Alceo y Booz mostraron su conformidad y regresaron.

Estaban Arat y Fez preocupados por la ausencia de sus hijos mayores y no sabían a qué atribuirlo, aunque Fez estaba presa de un presagio que provenía de pensar en el futuro. Tenían que partir, y ya Arat tenía todo dispuesto para emprender el camino solos, cuando oyeron pasos que

se aproximaban. Fez no pudo esperar y llamo con voz alta: ¡Helí, Booz, Alceo!. Alceo que oyó a su madre, manifestó su contrariedad.

--Si soy el primero, ¿por qué me nombra el último?

--Madre en sus pensamientos se preocupa por nosotros conforme al peligro que hayamos podido correr; ella piensa que tú eras el que menos peligro corría –dijo Booz.

Cuando se hicieron visibles, sorprendió a Arat que sus hijos vinieran juntos.

--Podéis explicar qué ha motivado vuestra ausencia? –preguntó.

Lo tres hermanos se miraron pidiéndose la ratificación del compromiso adquirido. Fue Helí la que habló por los tres.

--Ya que no habíamos de volver, fuimos a despedirnos del lugar que nos vio nacer.

--No hay un lugar que tenga especial significado para nosotros. Ya habréis comprobado que ese lugar, en otro tiempo acogedor, ahora nos expulsa con la más horrible de las expresiones –dijo la madre.

--Sí, hay un lugar especial y es el que buscamos. Siempre hemos de pensar en el futuro y dejar el pasado para el recuerdo; mejor recordar cómo era, que llevarnos la imagen de su destrucción. Y ahora, tomad vuestros fardos y tú, Alceo, tira primero de la parihuela, no porque seas el más fuerte, sino porque debes ser el más descansado.

Alceo hizo de mala gana lo que su padre ordenaba, no por no comprender las razones que daba, sino porque en sus pensamientos él ahora se consideraba muy superior; él era inmortal, algo así como un dios, y su padre sólo era un hombre que habría de morir.

Llevaban media jornada de camino, cuando el cielo se cubrió de nubes, tan espesas y negras, que ocultaron el sol, y pareciera que la noche se había anticipado. Temiendo Arat que presagiaban una gran lluvia que iba a dificultar el camino, decidió detenerse y buscar refugio seguro. No era fácil, pues el terreno era plano; no había, pues, cuevas ni nada con qué guarnecerse si comenzaba a llover. Hablando en voz alta para todos, pidió:

--Creo que nos esperan fuertes lluvias y debemos protegernos. No veo nada por aquí que nos ayude, pero ya en otras difíciles ocasiones alguno de nosotros tuvo buenos pensamientos que resolvieron dificultades. Si alguien quiere decir lo que piensa, que lo haga.

Alceo sonrió; a él no le preocupaba la lluvia ni el fuego ni nada que se interpusiera entre él y su vida inmortal.

Helí, en cambio, pensó que, aun siendo inmortal, no estaba libre de padecer los inconvenientes de una fuerte lluvia sobre su cabeza y el consiguiente barrizal en que se convertiría el camino.

Booz sólo pensó en ayudar a su familia, sin pensar que era inmortal y lo que esto podía suponer para él. Esperó, por si alguien tenía algo que aportar, y no habiendo nadie que hablara, dijo:

--Cuando no se puede hacer nada ante lo que pensamos pueda suceder, mejor esperar a que suceda. La posibilidad de que no suceda es la misma de que suceda. Algo sí podemos hacer: pienso que debemos seguir andando tanto como podamos, ya que si no podemos evitar la

inclemencia de la lluvia, que nosotros no seamos responsables de haber retrasado el avanzar hasta el objetivo que perseguimos.

Le pareció bueno el pensamiento al padre y ordenó seguir el camino. Fue Alceo el que habló a continuación.

--Tu pensamiento habría sido mejor si también te hubiese indicado que debes reemplazarme y tomar tú la parihuela.

--Lo haré yo –dijo Arat y continuó—Mejor haber dicho que estabas cansado, que utilizar tus pensamientos para ofender a tu hermano.

Alceo no respondió a su padre, miró de reojo a Helí, y no apreciando en ella ningún gesto de desaprobación, continuó arrastrando la parihuela hasta que su padre le hizo el relevo.

Todos estos desencuentros de los dos hijos mayores hacían más daño a Fez, y sólo confiaba que cuando encontraran mejores tierras donde vivir, su hijo mayor volviera a sentirse satisfecho con emprender de nuevo la vida que le gustaba. Porque para Fez, aquella vida llena de dificultades era la que había cambiado a su hijo Alceo, que no teniendo

nada que le satisficiera, se había fijado en su hermana como objeto de deseo a su alcance.

Llevaban dos horas caminando, siempre mirando a las amenazadoras nubes, cuando comenzaron a sentir sobre sus rostros las primeras gotas de lluvia. Ya poco les importaba, pues habiendo seguido el consejo de Booz, estaban próximos al gran río que se había interpuesto en el viaje anterior. Allí el terreno ya era algo más agreste y Arat llevó a su familia a un pequeño promontorio. Si debían descansar y pasar la noche, las posibles torrenteras no les cogerían desprevenidos. Con la parihuela y otras pieles que portaban, hicieron una especie de cobertizo en el que se refugiaron tan apretadamente, que parecían cuerpos pegados. Arat, desafiando la inclemencia del tiempo, salió por los alrededores sin invitar a ninguno de sus hijos a que le siguiera. Iba a intentar cazar algún animal con el que alimentarse, pues sólo raíces habían comido desde que partieran en el viaje de la esperanza, un nuevo sentimiento que venía a compensar la propia incertidumbre.

Estaba Alceo tan pegado a su hermana Heli, que sintió el deseo de poseerla. Tan pronto Helí sintió contacto con el miembro de Alceo, se retiró cuanto pudo poniéndose al otro lado de su madre. Fue, entonces, que la madre sintió el contacto de su hijo, quién no se reprimió por ello y, con la ceguera del deseo, hasta intentó penetrarla por la espalda. Fez se giró hasta tener a su hijo frente a frente, y con voz pausada, le dijo:

--Alceo, sal del cobertizo y que la lluvia mitigue tus ardores. Mira que hasta los animales respetan a las hembras hasta que éstas se sienten atraídas por el macho que desea poseerlas; no seas tú menos que ellos.

Hizo Alceo lo que su madre le sugería y ya permaneció bajo la lluvia hasta que regresó Arat, el padre.

Viendo Arat a su hijo Alceo fuera del cobertizo, totalmente empapado de agua, le llamó la atención el hecho y le preguntó:

--¿Por qué no te preservas del agua, cuando puedes hacerlo?

--Madre me dijo que sería bueno que me dejara mojar por la lluvia. Sentí primero deseo de poseer a Helí porque estaba cerca de mi cuerpo, pero ella no quiso. Luego me junté a madre y sentí el mismo deseo.

--No se puede reprimir el deseo, pero tus pensamientos sí pueden rechazar alimentarlo. Volvamos con el resto de la familia.

Arat dio a aquel suceso la importancia justa que correspondía al tiempo exacto en el que les tocaba vivir.

No era mucho lo conseguido por Arat en su salida para cazar; un ave parecida a una perdiz, pero que con ella y raíces tiernas, Fez cocinó un guiso que debió parecerles a todos un manjar, y con agua de lluvia, bebieron hasta saciar la sed.

A duras penas pudieron conciliar el sueño en tan limitado espacio protegido, pero todos se sintieron reconfortados pensando que allí, cerca, estaba el río, y si algo soñaron, despiertos o dormidos, fue con las tierras ubérrimas que les esperaban al otro lado.

Amaneció el día despejado, las lluvias, aunque persistentes, no habían sido lo torrenciales que temieron. El suelo estaba practicable y la familia se puso en marcha, casi guiándose por el sonido del río que se encontraba próximo. Comentaban según caminaban sobre lo mejor que podrían hacer cuando llegaran a su ribera. El río que habían visto Arat y Booz era tan ancho, presumiblemente profundo y con aguas bravas, que no les pasó por sus pensamientos la idea de cruzarlo en aquellas condiciones. Acamparían cerca de él, en lugar seguro, y ya tendrían tiempo de considerar la oportunidad de pasar al otro lado.

Booz opinó que con los troncos que bajaban flotando por el río podían construir una estructura en forma de cabaña, la cual cubrirían con las pieles que llevaban con ellos.

Alceo dijo que en algunos remansos del río habría peces y que él intentaría pescarlos.

Helí propuso que ella se encargaría de buscar raíces tiernas y cualquier otra planta comestible que encontrara.

Fez cuidaría de Mania y tener la comida dispuesta para todos.

Arat se atribuyó la tarea de coordinar todo y, sobre todo, cazar animales. Pero antes de nada, propuso construir un hábitat confortable para lo que suponía sería una larga estancia, dependiendo de la bajada de las aguas del río.

Mania, sorprendentemente, se adelantaba a su edad para andar, correr cortos trayectos erguida o apoyando las manos en el suelo, aunque parecía retrasarse en la capacidad de hablar, ya que sólo emitía sonidos ininteligibles o monosílabos. Era una niña de facciones extrañas y también era extraña su constitución: nariz excesivamente chata, ojos pequeños y hundidos, boca rasgada, brazos largos y manchas pilosas alternando con piel normal. Alceo la despreciaba; Booz gustaba jugar con ella; Helí se preguntaba si ella tendría descendientes parecidos y mostraba su contrariedad; Arat la miraba muchas veces y atribuía su extraña figura a alguna intención aviesa del Señor; Solo Fez la aceptaba como su hija, la quería como tal y no mostraba ningún disgusto. Sus pensamientos, ya muy firmes sobre el macho que la engendró, lejos de entristecerla le producían una extraña

satisfacción: la de ser el nexo de unión entre animales y personas, y confiaba que de su hija se esperaran las mejores virtudes de unos y de otras.

Cuando llegaron al río, todos sintieron un ánimo extraño; era como si la vida corriera por aquellas aguas, la fecundación de nuevo de aquellas tierras arrasadas y yermas. Descargaron los bultos y enseguida Arat les mostró la tarea inmediata: recoger los mejores palos que el descenso de las aguas había apilado en la orilla.

Aún quedaba mucho tiempo para que llegara la noche, y todos, excepto Mania que siempre parecía querer jugar, comenzaron a transportar los palos que al padre le parecían aprovechables después de mostrárselos.

Arat eligió un lugar que permitía sentirse seguro si el río volvía a crecer. Cuando tuvieron palos suficientes, Arat dispuso se hiciesen hoyos para fijarlos en la tierra. Con lianas que también encontraron, fue ensamblando una rudimentaria estructura que luego cubrió con maleza y pieles que habían traído. Cuando la cabaña quedó terminada, dijo:

--Esta es para vosotras, las hembras. Ahora haremos otra para nosotros.

Nadie discutió aquella decisión sin explicación; sus hijos, porque vieron en ello una forma de impedir cualquier acoso sexual a las hembras; y a éstas, porque, no tendrían que rechazarlo cuando no lo quisieran.

--Ahora, --dijo Arat-- vosotras quedaos aquí, y Alceo y Booz que vengan conmigo. Hoy caminaremos río arriba mientras cazamos y descubrimos otros medios de alimentarnos y protegernos; mañana haremos al revés e iremos río abajo.. Cuando sepamos qué contiene la tierra en la que hemos de vivir largo tiempo, dispondré lo que cada uno deba hacer.

--Padre, –dijo Alceo mientras caminaban—yo soy fuerte y floto bien, no tendría dificultad en atravesar el río y ver qué hay más allá de la otra orilla.

--Tu pensamiento no es bueno ni malo, Alceo. Sería una gran cosa que descubrieras lo que buscamos, pero no nos serviría de nada por ahora, y sólo nos proporcionaría ese

deseo que debemos dominar cuando no corresponde satisfacerlo.

Booz quiso añadir.

--Y si no descubrieras algún día lo que anhelamos alcanzar, tendíamos que conformarnos con la vida que nos ofrece este lugar.

Alceo intervino.

--Según vosotros, para todo se ha de esperar el momento oportuno.

A lo que Arat respondió.

--A veces esperar te permite comprender si lo que deseas es lo que te conviene; todos los errores que cometemos vienen de precipitarnos.

--Padre –preguntó Booz--, si fuésemos inmortales, ¿qué sentido tendría luchar por la vida?

--Vuestra madre y yo fuimos ya inmortales en nuestros orígenes. A pesar de eso, no dejamos de estar descontentos, pues siempre echábamos algo de menos. La inmortalidad solo es apreciable cuando tienes en riesgo tu vida, ya que por ella no perecerás. En todo lo demás,

habrías de procurarte tu bienestar y evitar el sufrimiento, porque si no lo hicieses, podrías llegar a maldecir el ser inmortal.

Booz miró a su hermano Alceo. Las palabras del padre, Booz las desvió a Alceo, para que tuviese en cuenta que aquel privilegio con el que contaba no le garantizaba otra cosa que la vida.

Aunque Alceo recogió la idea, quiso preguntar algo, al hilo de lo que su padre había comenzado diciendo.

--Dices que fuisteis inmortales. ¿Se puede ser inmortal y dejar de serlo?

--Sólo cuando esa inmortalidad sea nuestra conquista. Como todo lo que nos fue dado no fue conquistado por nosotros, siempre nos lo podrá reclamar quien nos lo dio.

Booz quiso añadir algo más que le proporcionaba sus propios pensamientos.

--Tampoco tenemos seguro lo que conquistemos. Pienso que una cosa es nuestra mientras disponemos de ella, pero para disponer de ella siempre, debemos conquistarla permanentemente.

--Estás diciendo que alguien nos podría quitar lo que es nuestro? —preguntó el padre.

--Sí, --responde Booz y continua—algo que sea deseado por más de uno de nosotros, incluso algún animal, querrá conquistarlo quitándoselo al que lo tiene.

--Deberíamos establecer unas reglas para que eso no sucediese, al menos entre nosotros -dice el padre.

Alceo no seguía el hilo de aquella conversación porque sus pensamientos, a fuerza de elementales, debían estar en otra cosa, como aprovechar la ocasión, cruzar el río y ver por sí mismo si valía la pena esperar o, incluso, llevarse con él a Helí ofreciéndole un nuevo privilegio, cual sería el disfrutar de una vida mejor ante la perspectiva de espera a la que estaba sometida el resto de la familia. Tanto él como Heli eran inmortales, así que nada tenían que temer por el hecho de cruzar el río. Si no era esto en lo que pensaba, quizá no pensaba en nada.

Cuando Arat hablaba de reglas, debía estar recordando al Señor. Fue, precisamente, a partir de que el Señor les

impuso reglas, que comenzaron a infringirlas y a ser castigados.

--¿Qué habría que hacer con quien no cumpliese con esas reglas? –preguntó Booz.

--¿Qué respondes tú, Alceo? –pregunto el padre.

Alceo, saliendo de su ensimismamiento, dijo:

--No sé de que estáis hablando. Estaba en mis cosas.

--¿Qué se debería hacer con el que quita algo que pertenece a otro? –pregunta el padre simplificando.

Alceo responde:

--Lo único que nos pertenece es nuestro cuerpo y nuestros pensamientos; si os referís a esto, habría que ver qué provecho tiene para el que lo quita. Cuando matamos animales, lo hacemos para comer, para utilizar sus pieles, no matamos por quitarle la vida. También los animales hacen eso.

Mostrando Arat en su cara la contrariedad que le había producido escuchar a su hijo, le dice:

--Tú, Alceo, haces de nuestra vida una cosa más, que se justificaría el quitarla según el provecho que de ello se

obtuviese. ¿Cómo contemplas el provecho que obtendría el que la pierde?

--Haces preguntas que no tienen respuesta, ¿cómo voy yo a saber el provecho que obtiene un muerto?

Arat no supo argumentar a su hijo. Nunca antes sus pensamientos habían contemplado la posibilidad de matarse entre ellos. Pensó, luego, en qué circunstancias haría él algo así, y sólo encontró una: matar para no ser matado. Con esa incertidumbre, se volvió hacia sus hijos y les dijo:

--Nunca levantéis la mano contra vuestro padre ni contra vuestros hermanos o descendientes.

Booz hizo gesto de conformidad. Alceo no pareció haber oído a su padre, pues salió corriendo detrás de algo que se movía detrás de unas piedras.

Poco después, Alceo regresó portando un pequeño animal parecido a una rata. Venía satisfecho mostrando su trofeo. Su padre conocía bien aquel animal y sabía del poco valor de su carne. Pero no queriendo ridiculizar a su hijo, le dijo:

--Ya tenemos para hacer caldo; ahora veamos si conseguimos algo de carne.

Incapaz Alceo de entender la sutileza de su padre, se colgó al cinto su presa y todos siguieron el camino. A medida que ascendían en el curso del río, se dieron cuenta que, aunque éste se estrechaba, las aguas eran más turbulentas, lo cual hacía más peligroso el intento de cruzarlas.

Unas cuantas horas más y gracias a la pericia de Arat regresaban con dos piezas medianas, además de la que había conseguido Alceo. Al día siguiente visitarían la margen del río abajo.

Preparó Fez la comida y todos recuperaron las fuerzas perdidas por la escasez de alimento y la fatiga del viaje.

Mania pronto dormía. Booz fue a revisar la que sería su cabaña. Fez y Arat, se quedaron sentados donde estaban, aprovechando el rescoldo de la lumbre, y hablando de lo que había río arriba. Alceo pidió a Helí que le acompañara a dar un paseo por los alrededores, a lo cual accedió.

--No os alejéis mucho, o no podré dormir tranquila si no os veo a cada uno de vosotros en su cabaña –dijo la madre.

Helí asintió.

Partió primero Alceo y su hermana le seguía a dos pasos atrás. Iban en silencio. Cuando Alceo creyó que se habían alejado lo suficiente para no ser oídos, le dijo a su hermana.

--Helí, he tenido un pensamiento que quiero compartir contigo. Pero primero, dime: ¿has pensado mucho en lo que puede haber al otro lado del río?

--Sí, todos lo pensamos.

--¿Y no tienes deseos de cruzarlo pronto?

--Sí, creo que todos lo tenemos.

--Pero padre y madre nos han impuesto esperar a que bajen las aguas del río, y eso puede ser mucho tiempo, quizá más de lo que dure el deseo.

--¿Y qué podemos hacer?

--Yo soy fuerte y sé flotar. Yo puedo cruzar el río llevándote a mi espalda. No tenemos que temer a la muerte pues somos inmortales.

--¿Por qué no haces lo mismo con los demás?

Alceo mostró su disgusto al oír a su hermana.

--¿Piensas en todos o sólo en Booz?

--Pienso en todos; no quiero separarme de la familia. Hasta ahora, gracias a ella, y no a nuestra inmortalidad, comemos, nos cobijamos, nos ayudamos a soportar esta vida. Además, nada nos asegura que al otro lado hay lo que esperamos.

--Me quedo con lo último que has dicho y haré una cosa: lo cruzaré yo sólo y veré lo que hay; si es bueno, te lo diré a ti sola y entonces decidirás.

--¿Cuándo lo vas a hacer?

--No seas impaciente; lo haré cuando vea el momento oportuno. Regresemos, no quiero que madre nos vigile cuando estamos solos.

Amaneció y Arat despertó a sus hijos Alceo y Booz. Deberían seguirle río abajo como había planeado.

En esta ocasión sólo hablaron del fenómeno del río desbordado y cómo habría de comportarse pasado el tiempo. Alceo no les animaba, precisamente, pues para él la situación podría prolongarse casi indefinidamente. No opinaba lo mismo Booz, quien confiaba en que si cesaban

las lluvias, el río volvería a su cauce y, sobre todo, sus aguas no serían como ahora, impracticables para cruzarlo. Arat se preguntaba cómo hacer para cruzarlo todos, si sólo Alceo sabía mantenerse a flote en el agua.

Y no fue como esperaban. El río cedía en su ímpetu, pero se ensanchaba a medida que descendían. Algo, en cambio, ofrecía como positivo: había numerosas lagunas con el agua embalsada en las que se podían ver algunos peces. Alceo vio la oportunidad de hacer lo que había ofrecido y, sin dudarlo, entro en una de aquellas lagunas con un palo que portaba. El padre y hermano se quedaron observando con curiosidad. Nunca le habían visto pescar y les parecía imposible coger alguno de aquellos ágiles peces que se encontraban en su medio.

Alceo, ya desde dentro de la laguna, se situó frente a un estrechamiento y comenzó a varear la superficie del agua, mientras avanzaba hacia la angostura. Los peces, acorralados, saltaban fuera del agua, y eran tantos, que el padre y hermano estaban maravillados. Como las aguas no eran profundas, se decidieron a entrar en el agua y, ya

dentro, coger los peces que salían del agua y lanzarlos a la orilla, donde quedaban varados.

Riendo de contentos, entrelazados padre y hermanos, salieron y recogieron los peces que aún coleaban sobre el suelo. Arat felicitó a su hijo Alceo por su pericia y ya regresaron al pequeño campamento. No faltaron alabanzas para Alceo ante su madre y hermanas, y, por primera vez, Alceo pareció sentirse feliz en el seno de la familia.**********

Capítulo 6

Pasó el tiempo y aquella familia de humanos seguía en la rivera del río a la que llegaron. Sus vidas eran rutinarias, adaptadas al medio y, básicamente, discurrían entre procurarse alimento, mejorar el refugio y pensar sobre las cosas que estaban al alcance de sus sentidos y explicárselas a sus mentes racionales. Alceo, integrado en la familia como un miembro que justificaba su existencia de forma importante, había adoptado un radical cambio de carácter. Ahora era más afable, menos exigente, menos rudo. Helí estaba en avanzado estado de gestación y, hasta entonces, había cohabitado indistintamente con Alceo y con Booz cuando las circunstancias propiciaron los encuentros. Los padres, conocedores de lo que sucedía, lo dieron por bueno en tanto no supusiera enfrentamientos entre los dos hermanos; el descendiente que se esperaba iba a ser de la familia y no había pretensión por parte de Alceo o de Booz de adjudicárselo; en todo caso, Helí sí se sentía la madre de lo que naciera y ya preparaba el lugar donde debería parir y donde luego estaría cobijado su hijo, para lo cual y con la ayuda de todos, se estaba construyendo una cabaña

pequeña y un cómodo nido donde depositar a su cría. Fuese porque ella también se había acomodado a aquella vida o porque temiera perder a su cría, no tuvo nunca intención de recordarle a Alceo lo que meses atrás le había propuesto. El río seguía caudaloso y bravo y todo parecía que así había de continuar. Algo sí les decía que iba a cambiar. poco a poco de aquella tierra arrasada surgían plantas que iban cambiando la visión deprimente de aquel lugar. De algunas que Fez había reconocido, comenzó a sacarle provecho para sus guisos, sustituyendo así a las duras raíces.

Pero aunque todo parecía ir mejorando y no parecía que carecieran de lo básico para sostener sus vidas, aquellos seres se sentían presos de desasosiego por no saber responder con seguridad a muchas preguntas que se hacían, y lo hacían colectivo en sus charlas habituales después de la última comida, al atardecer. Las respuestas que se daban, sólo adormecían de momento sus inquietas mentes.

--¿Por qué y para qué vivimos? –se preguntaba Arat

--¿Debemos conformarnos con lo que hemos alcanzado? –se preguntaba Booz.

--¿Qué quieren significar las cosas que nos rodean y las que brillan allí arriba? –preguntaba Fez.

--¿Para qué tenemos descendientes? –preguntaba Helí.

Alceo no hacía preguntas, se limitaba a escuchar las de los demás y pocas veces mostraba interés por las posibles respuestas.

A Mania, con su año y medio, sólo parecía inquietarle el encontrar cualquier cosa y jugar con ella.

Para responderse o esperar que alguien respondiera a esas y otras preguntas, todos recurrían a un sentido oculto que ellos seguían llamando pensamiento. Y así, ¿por y para qué vivimos?, todos terminaban aceptando la respuesta que consistía: “Esta respuesta nunca la tendremos”

A la pregunta de Booz, él mismo se respondía: “Nadie nos disputa nada y todo es nuestro, pero es tan grande y nuestros cuerpos tan pequeños, que no podremos disfrutar sino de una pequeña parte cada vez”

A la pregunta de Fez: “A ellas les sucede lo que a nosotros, que nunca sabrán por qué y para qué existen”.

A la de Helí, Fez se anticipó respondiendo: “Parece que la vida es como un río; el río desparecería si otros ríos pequeños no llevaran sus aguas a él. Los descendientes son esos pequeños ríos que mantienen la vida”

--¿Por qué juega siempre Mania? –preguntó en una ocasión Alceo, en ausencia de Arat, y fuera de las grandes inquietudes.

--Es su forma de comunicarse con las cosas --respondió Booz.

--Ya tiene edad para comunicarse con nosotros, ¿por qué no lo hace? –Volvió a preguntar Alceo.

Fez, que estaba oyendo a sus hijos hablar de Mania, prestó mayor atención a lo que decían e intervino.

--Así como vosotros sois diferentes entre sí, Mania es diferente a vosotros. Cada uno de nosotros hemos nacido diferentes.

--Mania se parece más a los monos que a nosotros –volvió a decir Alceo con cara de desprecio.

Fez calló un instante. Preguntó a sus pensamientos qué debía responder que satisficiera a Alceo y que no animalizara a Mania.

--Quizá ella esté llamada a ser el origen de una nueva especie que unifique a los animales y a seres como nosotros. Si no sabemos qué es la vida y para qué, quiere decir que la vida seguirá manifestándose como quiera, sin preguntarnos y sin explicarse.

El pensamiento de Fez era simple, pero excedía la capacidad de comprensión de Alceo, por lo que éste respondió irónico:

--Los descendientes de Mania puede que sean superiores a nosotros en coger fruta de los árboles.

Fez, contrariada, quiso terminar aquella conversación.

--Sí, quizá en algún momento eches de menos la facilidad de los monos para subirse a los árboles.

Booz, que escuchaba interesado, añadió lo siguiente, y el tema quedó terminado:

--Si fuésemos medio pájaros, ya estaríamos al otro lado del río.

Alceo, sin argumentos, abandonó la reunión, pero sus pensamientos le recordaban que él, aunque no se parecía a un pájaro, si nadaba como un pez, y nadie se lo había recordado; o que tenía la fuerza de un oso, y sólo la apariencia le alejaba de parecerse; o que no era tan inteligente como Booz, lo cual le asemejaba a los animales e, incluso, en este aspecto ellos le superaban en ocasiones.

En todo el tiempo que llevaban en aquella rivera del río, animales pequeños, inofensivos, los peces que habitualmente pescaba Alceo en las lagunas y algún pájaro, habían sido los únicos seres vivos, aparte de ellos, que habitaban aquella tierra.

Un día estaba Mania jugando como siempre, algo alejada del campamento, cuando el resto de la familia la oyó chillar como nunca la habían oído, hasta el punto que dudaron que fuese ella. Todos corrieron hasta donde provenían los chillidos, y al llegar, vieron como una enorme serpiente tenía prisionera a la pequeña Mania en un anillo alrededor de su cintura. Parecía que aquella bestia se preparaba para engullirla como alimento. Cuando

la serpiente se vio sorprendida, se dispuso a intimidar a los intrusos; levanto su cabeza un metro sobre el suelo y miró desafiante a todos. Arat fue el primero en acercarse con la intención de disputar a aquel animal la presa que mantenía y con la intención de quitársela a muerte si era preciso. La serpiente, balanceando su cabeza hacia atrás, se disponía a acometer a Arat, cuando Alceo se interpuso entre su padre y ella. Arat intentó que se retirara, pero Alceo insistió, y con decisión, aunque lentamente, se acercó hasta la serpiente. Sorprendentemente, la serpiente fue haciendo descender la cabeza hasta depositarla en la tierra, aflojó el anillo que aún sujetaba a Mania, se estiró primero y a continuación dio media vuelta y se alejó. Fez tomó a Mania en sus brazos y se alejó de allí a toda prisa, como temiendo que la serpiente volviera, y sin darle tiempo a sus pensamientos para explicarse lo que había sucedido.

Arat, muy afectado, regresó con sus hijos al campamento sin poder articular palabra, pero en sus pensamientos, un hecho incomprensible: ¿qué poderes tenía su hijo Alceo

que no tenía él? Booz sí creía tener una explicación: la inmortalidad de que disponían los tres. La serpiente no había osado enfrentarse a un ser inmortal, pero, ¿cómo lo sabía la serpiente y no los padres? Sólo Alceo debería tener motivos para saberlo. Pero Alceo no disponía de pensamientos lógicos secuenciales, y sólo recordó que, cuando intento golpear a Booz al verse sorprendido por su presencia en el momento de abrir la caja de la inmortalidad, sintió que su abrazo se agarrotaba y su voluntad no había conseguido hacerlo descender contra su hermano. Alceo, que se había interpuesto entre la serpiente y su padre sólo para proteger a éste y no pensando en que el animal nada podría hacer contra él, ahora sospechaba, sí, que la inmortalidad era la causa, pero seguía sin comprender cómo el animal lo había sabido. Helí sólo lo atribuía a la decisión valiente de Alceo, en el que la serpiente vio un enemigo invencible.

Llegado que hubieron todos al campamento y viendo que Mania se encontraba bien, Arat, que ya había superado la impresión por lo sucedido, habló así:

--Nunca, hasta hoy, hemos sido vulnerables a los animales. Quizá la escasez de alimento los ha vuelto hostiles. Hoy pudimos perder a Mania, mañana no sabemos quién pudiera ser el siguiente. La actuación de Alceo, haciendo desistir a la serpiente, me ha sorprendido. Quizá tenga poderes que desconocíamos hasta hoy por no haberlos necesitado antes, sí así se confirma, Alceo será en lo sucesivo el jefe de esta familia y yo su servidor.

Alceo quiso hablar, pero se adelantó Booz.

--No aceptaré la jefatura de Alceo. Yo saldré detrás de la serpiente y te traeré su cabeza. El la dejó vivir y seguirá siendo un peligro; yo la mataré, luego vuelves a pensar quién debe ser el jefe.

A Arat le disgustó aquella desconocida muestra de soberbia de su hijo. Booz era débil y no podría doblegar a aquel monstuo, de un grosor superior a su muslo y de una longitud cuatro veces su estatura.

--No es necesario que me pruebes tu valor. No tendrías suficiente valor para enfrentarte a tu padre, por lo que no habría razón para que te cediera la jefatura de la familia.

Ésta será cedida sólo a quien esté en posesión de poderes de los que los demás carecemos.

Booz consultó con la mirada a su hermano, luego a Helí y creyó que le recordaban el pacto que habían hecho de no descubrir su condición de inmortales.

Pero el pensamiento de Booz no descansó un momento. Le decía que lo que iba a hacer su padre era una injusticia y una claudicación. Sólo con su inteligencia podía dirigir a la familia, y no con la inmortalidad. Su padre había sucumbido a los poderes esotéricos, se había doblegado de nuevo a un señor por el sólo hecho de sentirse inferior a él en hacer cosas imprevisibles e inexplicables; extrañas, en suma. En el pensamiento de Booz, nacía, así, el despotismo de la razón contra los mitos que castran la libertad individual, cuando ésta acepta el vasallaje del ser superior.

Pero Booz no se paró en esta consideración. Lejos de aceptar lo que para otros sería un demérito, él pensó en la forma de cambiar las cosas en su favor. Era consciente de que no le valdrían los buenos pensamientos que en otras

ocasiones fueran aceptados por su padre como muestras de su superior capacidad para resolver los problemas. Tenía que usar no sólo su inteligencia sino, también, el hecho de ser inmortal. Si lo hacía bien, nadie le superaría, y su padre tendría que admitirlo. Esperaría la ocasión de demostrarlo.

Pensó Booz en probar qué cosas extraordinarias podía hacer con su inmortalidad. Y se le ocurrió, que no sabiendo nadar, podía intentar atravesar el río. No se ahogaría, en cualquier caso. Y si conseguía atravesarlo indemne, se alejaría de la orilla hacia oriente y vería qué había más allá. No quiso pensar en qué haría dependiendo de lo que encontrara, por el momento, le pareció suficiente en probar lo que había decidido hacer.

Y así fue. Una noche, mientras su familia dormía, se acercó a la orilla del río. Se quitó las pieles que le protegían para que no se mojaran, las guardó de forma que no fuesen descubiertas cuando al amanecer le echaran en falta y lo buscaran, y penetró en el río con cierto temor. Lógico temor a lo desconocido, teniendo en cuenta que su razón sólo le permitía discernir entre el peligro y la

seguridad. También sintió la frialdad del agua, pero su pensamiento dedujo que la inmortalidad no le iba a proteger de las sensaciones desagradables. Se adentraba en el río, cada paso más profundo, pero haciendo pie en el suelo, y sólo notaba que iba perdiendo estabilidad ante el envite de la corriente. Su pensamiento le decía que pronto se habría de manifestar su condición de inmortal y superaría aquella contingencia. Y siguió avanzando, no exento de temor. Cuando el agua le llegó al cuello, y a duras penas pudiendo afirmar sus pies en el lecho del río, se paró. El próximo paso sería decisivo. Iba a perder el contacto con el suelo, y si su inmortalidad no le protegía, se sumergiría, y a no ser que pudiera respirar bajo el agua, se ahogaría sin remedio. Por su cabeza pasaron fugaces los pensamientos: su hermano no pudo golpearle con la piedra y su hermano había doblegado a la serpiente. ¿Y sí sólo su hermano era inmortal? La transferencia de la inmortalidad a los presentes al abrir la caja sólo era una afirmación de sus padres; él no la había comprobado, aún, en situaciones de riesgo de perder la vida. Pero aunque su razón le

invitaba a la prudencia, era mayor el deseo de comprobar que él también era inmortal. Porque si no lo era y moría, prefería morir a ser vasallo de su hermano. Con estos pensamientos, a mitad entre la razón y el orgullo, decidió dar el paso siguiente. Una avenida de agua en forma de ola, hizo que perdiera el contacto con el suelo antes de moverse hacia delante y se vio arrastrado por la corriente. Manoteó para contrarrestarla pero no lo consiguió. Aun así, comprobó con cierto alivio que no se hundía, aunque la corriente del río seguía arrastrándole aguas abajo. Por primera vez sus pensamientos le hicieron considerar que podía muy bien ser inmortal, pero que su inmortalidad no significaba dominar con su voluntad las situaciones; alguien superior decidía cómo debían desarrollarse; alguien seguía utilizando caprichosamente su vida, su libertad de decisión y contra su deseo. Recordó al Señor, del que había oído hablar a sus padres, y ya sólo esperó que fuese benevolente con él y no lo maltratara.

Había pasado el día y se acercaba la noche, y Booz ya había sido arrastrado aguas abajo una gran distancia del

lugar del que partiera. Ya sólo pensaba en cómo volvería a tocar tierra y salir del maldito río que no había conseguido atravesar. Se sentía entumecido por el frío, exhausto, frustrado; aquella inmortalidad de la que disponía no le preservaba del dolor físico y mental, sólo le permitía alejar la muerte.

Fue al doblar el río en un recodo pronunciado que Booz fue lanzado contra la orilla, el mismo lado del río por el que se había adentrado. Ya estaba en tierra firme, y no sabía si le dolía más el cuerpo que el espíritu ante lo que consideró una burla del supuesto Señor, que, al parecer, seguía disponiendo de él a su capricho.

Cansado, aterido de frío, buscó con dificultad un lugar seco donde reposar, dormir si fuese posible, no pensar.

Algo alejado de la orilla, en tierra completamente seca, halló un hueco lleno de pajas, acumuladas allí por las aguas. Comprobó que no había agua en el hoyo y la paja estaba seca, y decidió que el lugar era idóneo para depositar su maltrecho cuerpo. Se tapó con la paja y se

durmió, apenas sin tener tiempo a recapitular sobre lo sucedido.

Capítulo 7

En el campamento, la familia se iba despertando. Fue Fez la primera en darse cuenta de la ausencia del lecho de su hijo Booz. Se preocupo, por ese instinto de madre que la advertía de que algo no iba normal. Miró a Arat y Manía que dormían placidamente, también Alceo parecía ajeno..

Helí ya no dormía con ellos, sino en su choza particular, esperando a su descendiente. Fez se levantó y salió de la choza, se acercó a la de Mania y comprobó que mania dormía y Booz no estaba allí. Miró alrededor suyo, y no viendo a su hijo, regresó a la choza. Zarandeó suavemente a Arat para que se despertara.

--Booz ha desaparecido –dijo

Arat, medio somnoliento, apenas articuló unas palabras.

--No te preocupes, no estará lejos – e intento dormirse de nuevo.

Pero Fez no quedó conforme y fue al lado de Alceo, hizo lo mismo, y éste se incorporó bruscamente, asustado.

--¿Qué sucede?

También Arat se incorporó.

--Tu hermano ha desaparecido, ¿sabes dónde puede estar?

Alceo, de mala forma, contestó:

--¿Soy yo el que cuida de mi hermano? --y se volvió para acostarse de nuevo..

Arat, ya despierto, se levantó, y dirigiéndose a su hijo, le dijo:

--No cuidas de tu hermano, pero ahora debes buscarlo conmigo.

Alceo se levantó de mala gana. Aún no era el jefe, y no podía discutir la autoridad de su padre.

--Habrá ido a algún sitio, y no nos lo dijo porque estábamos dormidos.

--Quiero que lo busquéis; presiento que algo extraño le ha sucedido.

--Vamos, salgamos. Tú, Alceo, vete hacia el río, yo iré tierra adentro. Volvamos cuando lo hayamos encontrado. Quien lo encuentre, que grite alto., así nos podremos oír.

Alceo que llegó al río, miró a izquierda y derecha y se sentó, luego se tumbó y pronto se durmió.

Arat, en cambio, no paró de andar de un lado a otro, tratando de hallar a su hijo en los lugares que el consideraba peligrosos. También le llamaba por su nombre y prestaba luego mucha atención al menor sonido. Sin resultado, iba la alarma instalándose en su pensamiento. Booz no era como Alceo, que gustaba de la soledad, y ya no preocupaban sus ausencias. ¿Tendría algo que ver con

lo sucedido el día anterior? Repasó mentalmente los acontecimientos, las palabras cruzadas entre él y su hijo. Booz era muy sensible, quizá fue injusto con él al hablarle como lo hizo. Ya era el atardecer y, agotado, Arat volvió al campamento. Hacía varias horas que Alceo había regresado.. Miró a su padre con mirada negligente, y el padre a todos con mirada de abatimiento.

--No lo encontré –dijo Arat.

--Volverá, no puede haberle pasado nada grave --dijo Alceo.

--¿Cómo lo puedes saber tú? --preguntó el padre, observándole fijamente.

Alceo se vio sorprendido; él mismo se había metido en una respuesta que, de ningún modo, quería dar. Bajó la cabeza ante la insistente mirada del padre, y dijo, finalmente.

--Yo puedo saberlo, por lo mismo que pude con la serpiente.

Helí, que escuchaba atenta, y lo mismo Fez, iba a hablar, pero sólo que comenzó, Alceo levanto la cabeza y la miró. Helí interrumpió lo que iba a decir y se calló.

--¿Qué querías decir, Helí? – preguntó la madre.

Helí, vacilante, sin dejar de mirar a su hermano Alceo, dijo.

--Alceo dice la verdad.

--¿Y tú cómo lo sabes? –volvió a preguntas la madre.

--Alceo tiene poderes… --e interrumpió continuar.

Alceo sonrió, satisfecho de lo que su hermana acababa de decir. Probablemente, sólo le haría completamente feliz el que su hermano no volviera.

Arat no tomó en cuenta lo que acababa de oír. Su hija había sido ambigua, tan ambigua que también él habría dicho lo mismo.

Fez, sin embargo, y aunque algo calmaron su inquietud aquellas afirmaciones de sus hijos, propuso que al día siguiente ambos, padre e hijo, volvieran a salir en su búsqueda. Llegada la noche, se acostaron.

***

Booz, con gran quebranto en su cuerpo, despertó al amanecer desorientado en su percepción de la realidad. Sus pensamientos, de momento, no le situaron, con la precisión que acostumbraban en él, en las circunstancia vivida el día anterior y en las presentes. Su cuerpo estaba tan maltrecho, que sólo se cuidó de no hacer movimientos que agudizaran el dolor. Salió del hoyo retirando las pajas y miró a su alrededor. No reconoció el lugar, pero al oír el ruido del río, su mente comenzó a despejarse. Secuencialmente las imágenes pasaron al revés: el momento de ser impulsado a la orilla, la caótica navegación impulsado por las turbulentas aguas, la entrada en el río y, finalmente, la decisión que le había hecho penetrar en él. La primera sensación anímica que tuvo fue la de haber sido un ser objeto de una cruel burla, y maldijo mentalmente a quién pudiera estar detrás, probablemente riéndose. Pero el instinto se impuso, y éste le pidió conformidad, por cuanto había salvado la vida, y era muy probable que sólo debido a su condición de inmortal. En lo sucesivo tendría más cuidado en cómo utilizarla.

Se puso a andar renqueante en dirección al río. No tenía dudas sobre lo que debía hacer, que no era otra cosa que retornar al campamento siguiendo su curso al revés. Le preocupaba la distancia a la que habría sido desplazado, dada su precaria forma física, por lo penoso que podía ser el retorno al campamento. También comenzaba a lastimarle su deteriorado estado de ánimo. ¿Qué explicación iba a dar a su familia? Tendría que ocultar aquel intento frustrado de cruzar el río; su hermano se burlaría de él y su padre comenzaría a dudar de su inteligencia. También, porque reafirmaría la suposición de su padre de que Alceo era el único con poderes extraordinarios. Esperaría, eso fue lo que sus pensamientos concretaron, a que llegara la noche sobre el campamento, tomaría sus pieles escondidas, entraría con sigilo en la choza y se acostaría. Cuando, a la mañana siguiente, su familia se levantara, lo encontrarían durmiendo. Luego, debería encontrar la mejor excusa a sus preguntas.

Caminó todo el día río arriba, comió algunas raíces que pudo hallar, y al atardecer, comenzó a reconocer el paisaje

por las charcas donde su hermano pescaba. Estaba cerca de casa. Como no era aún de noche, se sentó a descansar y a ordenar sus pensamientos. Booz, fracasado en su intento de probar lo que su inmortalidad le permitía hacer de extraordinario, pensó en qué otra cosa podía intentar. Desecho una primera idea, y que era buscar la serpiente y traer su cabeza al campamento; eso, aunque probara lo que deseaba, disgustaría a su padre, que no había encontrado oportuno que lo hiciera; tampoco le probaría estar en posesión de especiales poderes, pues para matar a una serpiente sólo se necesitaba argucia, y su padre no dudaba que la tenía.

Booz decidió esperar a que la oportunidad viniera en su ayuda.

Como siempre, fue Fez la primera en despertar, y como era de esperar, lo primero que hizo fue volver la mirada al lecho que usaba su hijo Booz para dormir. Aún era algo oscuro, pero no lo suficiente para no percibir un bulto sobre él. Se levantó como en resorte, exclamando: ¡Booz!. Los demás se despertaron, incluso Helí, que dormía en su

choza, no muy alejada. Booz, que no estaba dormido, hizo como si lo estuviese; se desesperezó ostensiblemente y puso cara de sorprendido.

--¿Qué sucede? –pregunto, frotándose los ojos.

--Hijo, ¿qué ha pasado, dónde has estado?

Booz, de mente ágil, tuvo súbitamente una idea, o un pensamiento, y lo expresó así:

--¿Cómo me preguntáis eso? ¿Acaso me habéis echado en falta? He estado aquí, con vosotros.

Helí ya se había acercado a la choza, y todos se miraron. ¿Por qué Booz preguntaba tal cosa? ¿Acaso no era consciente de haber estado ausente todo un día y una noche?

Intervino Arat, preocupado de que su hijo estuviese padeciendo de una extraña pérdida de memoria.

--Booz, has estado ausente de nosotros todo un sol y una luna, por eso te pregunta tu madre.

--Entonces… no lo entiendo. Creí que sólo había sido un sueño, y según vosotros ha sido real. ¿Decís, pues, que he estado ausente todo ese tiempo?

--Sí, así ha sido --afirmó el padre, y preguntó --¿Puedes explicarnos ese sueño?

--Claro que sí, lo he vivido como si fuese real. Estaba cerca del río y, de pronto, veo que se acerca, andando por encima del agua, un hombre. Tenía la barba larga, más larga que tú, padre, y completamente blanca. Vestía con extrañas pieles, también blancas. Me quedé mirándole, asustado, mientras se acercaba a mí. Me sonrió, pero no me dijo nada hasta que salió del agua. Cuando estuvo a mi lado, me tomó de las manos y me dijo: "Booz, mi muy amado Booz. Yo soy el Señor tuyo y de todas las cosas creadas. He puesto en ti todas mis complacencias, dándote especiales poderes para que dirijas con sabiduría y bondad a los seres humanos que poblarán esta tierra hasta el fin del tiempo. Deberás observar y hacer observar mis órdenes. No olvidarás lo que te digo. No te volverás contra mí; no me invocarás, salvo en circunstancias que tú mismo no puedas entender o superar, no matarás, salvo a los animales que precises para tu sustento y el de tu familia; amarás a tus padres y a tus descendientes y serás siempre

justo con ellos; no te apropiarás de nada que les pertenezca por haberlo ellos conquistado con su esfuerzo; no desearás, para el gozo de tu cuerpo, de las mujeres que nazcan de tus descendientes. Te entrego a Helí, que espera tu primer hijo, y tú serás el origen de mi obra, os multiplicaréis y llenaréis esta tierra de descendientes.

La familia de Booz escuchaba sus palabras con total perplejidad, y no se atrevían a interrumpirle.

Booz, animado por aquella estrategia que le ofrecía su pensamiento, siguió.

--Cuado terminó de hablar, y sumidos en total confusión mis pensamientos, me atreví a preguntarle. “Señor, ¿y cuales serán los destinos de mis padres, de mis hermanos?” Y aquel hombre, me invitó a sentarme a su lado, luego dijo:” Tus padres me fueron desafectos, pero les perdoné y los utilicé para crear el ser supremo de mi obra. Te servirán hasta que mueran, pues serán ellos los que cuiden de ti por un tiempo. Tu hermano Alceo será tu fuerza, allí donde la necesites. Helí será por siempre tu compañera, la mujer que pida tu cuerpo para su gozo. Mania, después de

engendrar una nueva especie de seres, animales casi humanos, los podrás utilizar para los trabajos duros en la recolección de alimentos y otras necesidades". "¿Quién engendrará a Mania, Señor", me atreví a preguntar mientras aquel hombre tomaba un respiro. Y él me contestó: "A su tiempo, Alceo la tomará para sí y de su unión surgirán los seres de los que antes te hablé". Luego, se levantó diciendo: "Vuelvo a mi morada, al otro lado del río. Es un lugar prohibido para vosotros, y sólo yo dispondré quién y cuándo lo ha de visitar. Aquí tendréis todo lo que podáis necesitar, y todo mejorará con el paso del tiempo". Y ya no habló más, se internó en el río, caminando de nuevo sobre sus aguas y desapareció de mi vista.

Booz que terminó la larga invención de su mente especial, tuvo otro pensamiento íntimo que no tradujo en palabras: "Ahora nadie se atreverá…". No necesitó más, bajó la cabeza en señal de ungido por el Señor y esperó la reacción.

Padres y hermanos estaban sumidos en gran desconcierto. De no haber habido precedente, no habrían comprendido nada de esa historia. La imaginación de aquellos seres era, aún, muy elemental, y se circunscribía a predecir acontecimientos reales, en absoluto fantásticos. El Señor existía, al menos para Fez y Arat, y los hijos, Alceo y Helí no tenían por qué dudar de la información que sus padres le habían dado sobre el creador de todas las cosas, pues carecían de una mente analítico racional que, al menos, les proporcionara un pensamiento escéptico. Lo que Booz acababa de inventar era, pues, tan verosímil como cualquier otro hecho ya vivido por ellos. Booz, quizá sin pretenderlo del todo, pues su pensamiento a veces iba por delante de su deseo, y si su familia no se revelaba contra aquella especie de designio del ser supremo, acababa de conseguir todo aquello a lo que se creía merecedor: ser el que dirigiera a su familia, quedarse con Helí para él solo, y distribuir los papeles que en lo sucesivo cada uno habría de desempeñar.

Había puesto, pues, y fácil de entender ahora, las base de la sociedad jerarquizada, compartimentada, de origen suprahumano y que hoy calificaríamos como divino.

Capítulo 8

Sólo Alceo se mostró renuente, y sólo por eso, a tener que dejar de visitar a Helí y tener que esperar a que su hermana Mania alcanzara la edad sexual para disponer de ella.

Arat volvió a temer los designios del Señor y aceptó que habría de morir; sólo confiaba ser merecedor del perdón y que el Señor le permitiera atravesar el río.

Fez, que nunca había dejado de temerlo, hasta sirvió de sosiego para ella el que hubiese unas reglas que ella misma suscribía y que ahora no dudaba serían cumplidas por todos. Ella, sobre todo, quería armonía en la convivencia de su familia.

Helí hasta se alegró de haber sido adscrita a su hermano Booz. Booz la trataba con delicadeza, no se imponía nunca a su indisposición ocasional para ser poseída; al contrario que Alceo, siempre rudo, siempre autoritario.

Mania, que comenzaba a hacerse entender, no sacó conclusiones elaboradas, sólo dijo: “Yo Alceo”. Y tampoco pudo comprender la mirada de desprecio de su hermano.

Hubo un tiempo en el que hasta Booz se creyó real lo que había inventado. Aparecía siempre abstraído, frecuentaba la orilla del río, como si esperara ver “de nuevo” caminar por encima de las aguas a aquel Señor que le había hecho merecedor de tan alta consideración.

Y tanto fue así, que cumplió e hizo cumplir sus órdenes, más allá de la propia convicción de que eran buenas para él y, por tanto, para todos. Sólo cuando en el discurrir de la vida se le presentaba alguna contrariedad que parecía no dominar, su mente volvía a ser racional y se daba cuenta de que vivía sometido a su propia superchería. Entonces, reconsideraba todo lo sucedido y su conclusión era simple: “Y por qué pudo no ser verdad y yo no alcanzo a comprenderlo”. Y volvía a considerarse el depositario de los altos

designios del Señor, con todo lo que de satisfacción suponía para él, y de comodidad sobre todo.

Pero creerse en posesión de un papel preeminente, otorgado por alguien superior y que sólo él podía otorgarlo, junto con su superior y hasta singular inteligencia, le fueron convirtiendo en un déspota. Llegó a castigar algunas pequeñas contravenciones del rígido mandato que él había impuesto a su familia, y su familia aceptaba las reparaciones que les imponía por no contemplarlo; al fin y al cabo era un mandato del Señor. Fue así que, Alceo, en una ocasión, desesperado de deseo, intentó poseer por la fuerza a su hermana Helí. Helí se lo dijo a su hermano Booz y éste le "castigó" a dar vueltas toda la noche alrededor de la choza de Heli. Ël no se quedó para comprobar si cumplía su orden, porque le dijo a su hermano: "Sólo por las huellas que hayas dejado al caminar, sabré si has hecho lo que te he ordenado. Y hay de ti si no lo haces, porque te esperarán grandes desgracias". Y Alceo caminó hasta la extenuación, observando a cada

paso que sus huellas quedaran bien marcadas. En otra ocasión, su padre, que había salido de caza, volvió con algo que era insignificante e incomestible ylo tiró a un lado de la choza ante la vista de Booz. Booz se dirigió a su padre recordándole el “no matarás”, y le obligó a comérselo crudo, todavía no muerto del todo. Arat no opuso ninguna resistencia. Ocurrió también que Helí sintió dolores en el vientre, y en su desespero clamó: “Señor, Señor, aparta de mí este sufrimiento”. Booz que oyó a su hermana, se enfadó mucho con ella por haber invocado al Señor sin necesidad, ya que en su estado de gestación era normal tener aquellos ocasionales dolores. A Mania, una vez, la castigó sin comer todo el día por haberle robado unas bayas que guardaba para sí. Sólo Fez, la madre, se había visto libre de su ira, porque Booz la estimaba de forma especial y porque Fez se cuidaba de no irritarlo.

Pero en lo que más pruebas daba de su despotismo era en procurar satisfacer sus caprichos; el mejor bocado, comía hasta saciarse y luego comían los demás de lo

que él dejaba; nunca se aprestó a ayudar en ningún menester en el que hubiese sido apreciada su ayuda; tenía exigencias sexuales con su hermana que nunca antes había tenido; dormía en el mejor lecho y ya había pedido que le construyeran una choza para él sólo, pues la de Helí era pequeña y tampoco estaba dispuesto a que su descendiente le alterara el sueño

Fez, la madre, le preguntaba si era necesario ser como era, y Booz le respondía que, en sus sueños, el Señor le decía siempre cómo tenía que proceder en cada caso, y que él no hacía otra cosa que cumplir con su mandato. Fez, compungida, bajaba la cabeza, señal de que acataba los designios del Señor.

Pero aunque todos procuraban que Booz no tuviera que reprocharles nada de lo que hacían, dejaban de hacer o cumplir, encontraban que, en algunas ocasiones, Booz interpretaba su misión de forma excesivamente rigurosa y provechosa para él. El padre había ostentado, anteriormente, la jefatura de la familia y nuca había dado muestras de despotismo y, tampoco,

de aprovechamiento personal a costa de los demás. No era justo, y a no ser que el Señor estuviese enojado con ellos y los castigara tan severamente y hasta caprichosamente, motivos tenían para estar descontentos con el comportamiento de Booz.

Un día que Arat y su hijo Alceo salieron a cazar, éste interpeló a su padre.

--Padre, Booz es un mal jefe, y no estoy dispuesto a que me humille continuamente.

El padre le miró y, sin responder, cabeceó en señal de asentimiento. Alceo Siguió.

--Entendí lo que Booz dijo que le había ordenado el Señor, pero su forma de hacerlo cumplir creo que no proviene del Señor, sino de su voluntad. Y se aprovecha de su jefatura en beneficio propio y también para mostrarnos su fuerza.

Arat, sin mirar a su hijo, siguió andando, mientras decía:

--Yo también encuentro extrañas algunas de sus decisiones. Podíamos probar si es el Señor el que juzga

nuestros actos o es él, sin mediación del Señor, tal y como le dijo a vuestra madre.

--¿Y qué podemos hacer? –preguntó Alceo.

--Se me ocurre que podemos matar un animal que no sirva para comer y dejarlo allí donde lo matemos. Si el Señor no le dice nada de lo que hemos hecho, en contra de su mandato, significa que, o bien no le importa, o no siempre le dice lo que Booz debe hacer con nosotros por lo que hemos hecho.

--Me parece bien. Hagámoslo.

--Espera. Tenemos antes que decidir qué haríamos, entonces, con tu hermano.

--Si el Señor nos ve y no le dice nada, Booz mostrará desconocimiento de lo que hemos hecho y no nos castigará; Si, por lo contrario, cuando regresemos, Booz ha sido informado por el Señor, ya no podremos criticar lo que disponga. Pero si no es así, podremos decirle que miente cuando dice que el Señor se lo ha ordenado.

--Pero eso significaría que también nos mintió con el sueño que nos contó.

--Así es; siempre lo he pensado –dijo Alceo

--Bien, busquemos una alimaña y matémosla; luego la dejamos abandonada.

--Mejor un animal que sirva para comer y luego lo abandonamos; el Señor debería enojarse más con nosotros.

--Me parece un buen pensamiento. Busquemos pues, y el primer animal que matemos, en lugar de llevarlo a casa para comer, lo dejamos por aquí.

Arat y su hijo regresaron con varias piezas comestibles y habían abandonado una, igualmente comestible, en el mismo lugar donde la mataron.

Cuando llegaron a casa, Booz se plantó solemne delante de ellos y les preguntó:

--¿Qué habéis hecho?

--Cazar estos animales --dijo Alceo, mostrándoselos.

--Todos comestibles –añadió Arat.

--¿Nada más? –interrogó con aspecto severo Booz..

Alceo miró a su padre. En su cara se reflejaba el temor y le pedía ayuda. Arat, más que temor, lo que deseaba era confirmar el poder que le había delegado del Señor a su hijo. La forma con que Booz preguntaba demostraba que sabía lo que habían hecho, y ahora les pedía, o les ordenaba, que lo confesaran. Quizá fuera clemente con ellos.

--Hijo, hemos dudado de ti, también del Señor y hemos cometido una falta; dinos qué castigo te ha ordenado para nosotros, que lo merecemos.

Booz sabía que no podía preguntarles qué habían hecho, pues ellos lo daban por sabido, así que, en puro fingimiento, suavizó su rígido semblante y le dijo:

--Porque habéis confesado, yo os perdono en el nombre del Señor. No lo volváis a hacer --y se retiró, solemne, a un lugar que siempre elegía para meditar, o hablar con el Señor, o fingir que hacía una cosa u otra.

Booz, así, iba no sólo confiscando las acciones de los miembros de su familia, sino, también, sus

pensamientos. Y era tanto el temor infundido en ellos, que llegaron a reverenciarle ostensiblemente para tenerle complacido y misericordioso con sus pequeñas faltas.

Capítulo 9

Helí dio a luz un hermoso varón al que Booz puso por nombre Atol. Significaba divino, según él.. Nadie de su familia había oído antes ni aquel nombre ni aquel significado, por lo que preguntaron a Booz qué significaba divino. El respondió que hijo de Dios. Aún más perplejos, pues nunca habían oído la palabra Dios, pensaron en quién sería ese Dios, que ellos nunca habían visto. Booz, que había penetrado en sus pensamientos, debió suponer que era mejor que no lo supieran y no se lo dijo; nombrarse a sí mismo Dios y calificarse de divino no tendría significado para ellos. Booz estaba pensando en las generaciones venideras, a las que, convenientemente instruidas, Dios y divino para sí mismo, le proporcionarían incontables ventajas. Booz confiaba en que algún día se iría al otro lado del río, y como el Señor dijera en su sueño lo que

había hecho con él, también él debía dejar a este lado la idea para todos de cuál había sido el origen de una clase de humanos que dominarían la tierra en la que habían sido confinados. Sería, pues, Dios, y Atol su hijo primogénito, encargado éste de guiar a su pueblo en el respeto a las normas inviolables, so pena de terribles castigos.

Helí volvió a dar a luz, y fue otro varón, con gran disgusto de Booz, pues de momento sus planes se veían truncados. A éste le puso por nombre Khal, y según la explicación que dio a su familia, significaba mensajero de Dios. En esta ocasión, su familia, concretamente el padre, Arat, preguntó:

--¿Podemos saber quién es ese Dios que nosotros desconocemos?

Booz, que esperaba esa pregunta en cualquier momento y no la podría eludir, contestó:

--Dios soy yo. Vosotros podéis seguir llamándome Booz. Sólo las generaciones venideras me llamaran así cuando a mí se dirijan o en mi piensen.

--¿Y qué significa Dios y por qué prescindes del significado que yo le di a tu nombre?

Booz siempre calculaba las posibles preguntas, y para las que consideraba obvias, ya tenía preparada la respuesta.

--Dios no tiene otro significado para vosotros que desconocido. Tú mismo te preguntas si soy tu hijo.

--Sí, así es, y me parece oportuno ese nombre; pero no porque te desconozca sino porque no comprendo muchas cosas en ti.

--Yo soy el que soy y el Señor quiere que sea.

--Y por siempre sea alabado, aunque siempre incomprendido.

--Sus seres no tienen que comprenderle, sólo obedecerle, si no quieren provocar su ira.

--De esa forma siempre pensaremos que es caprichoso, ¿no sería mejor que comprendiéramos sus razones?

--Las razones del Señor siempre escaparán a vuestra comprensión; sois sus siervos, y vosotros sólo tenéis que obedecer.

--¿Siervos? ¿Qué significa siervos?

--Nacidos para servir a su voluntad.

--Ahora sólo servimos a tú voluntad, ¿por qué no nos lo dice él?

--No sois dignos de su presencia, por eso me tomó a mí para hacérosla llegar.

Se cerraba, así, el círculo discusivo, perfectamente tramado por Booz. Él era el que era por la voluntad del Señor, tal y como le había asignado en el sueño.

Pero Booz necesitaba de su familia algo más, y así se lo recordó a todos, excepto a sus hijos, aun pequeños para comprender.

--El señor también me dijo, y nunca deberéis olvidarlo, que jamás deberéis nombrarlo en vano. especialmente delante de nuestros descendientes; para ellos sólo Dios será la fuente de la que beban sus pensamientos.

Consternados por aquel dios que los convertía en siervos, no replicaron ni preguntaron más a Booz; quedaba claro para todos quién mandaba allí en el nombre del Señor y lo que serían ellos hasta la muerte o por toda la eternidad: siervos, palabra del Señor.

***

Las tierras a este lado del río volvieron a ser exuberantes. Nada les hacía ya querer atravesarlo y encontrar algo mejor de lo que disfrutaban. Los frutos se daban todo el tiempo, sin interrupciones estacionales. Abundaban los animales comestibles y volvieron a tener un rebaño que Alceo cuidaba; Fez ayudaba a su hija Heli, feliz con sus nietos; Arat cazaba y pescaba siguiendo la técnica de Alceo; Mania iba tomando cuerpo de hembra adulta, rasgos simiescos, pero no hasta el punto de perder toda conexión con el cuerpo de una hembra humana. Se ocupaba de recoger fruta de los árboles, por su especial agilidad para trepar a ellos, y, también, otras hortalizas que crecían espontáneas por doquier. Alceo ya comenzaba a mirarla con deseo de poseerla, pero se cuidaba de frenar sus impulsos mientras Booz no diera su consentimiento. Un día le preguntó.

--Booz, ¿puedes decirme, en el nombre del Señor, cuándo podré poseer a Mania?

A lo que Booz, solemne como siempre que decía hablar en el nombre del Señor, dijo:

--Ya lo tiene el Señor dispuesto. Observarás a Mania, y cuando sangre entre las piernas, diez días después de que haya cesado, podrás poseerla para engendrar a tu primer descendiente.

--¿Tiene que ser para engendrar? ¿No puede ser simplemente para apagar mi deseo?

--Es posible, pero sólo si Mania lo desea también; así nos lo enseñaron nuestros padres y así lo quiere el Señor.

Alceo quedó algo más satisfecho y se propuso preguntarle a Manía si ella también le deseaba. Mania, algo más propensa a seguir las pautas de los animales, no estando aún madura sexualmente, le dijo a Alceo que no, que no le deseaba, pero que le gustaba oír de sus labios que él sí la deseaba a ella. Alceo hizo un gesto de desprecio que pasó desapercibido para Mania.

Un día, Mania se acercó a donde estaba su hermano Alceo con el rebaño. Alceo la miró de arriba abajo, interrogándola con la mirada. Mania, tan pronto estuvo a dos pasos de él, se volvió de espaldas y le enseñó el trasero. Alceo había visto este mismo gesto en los simios, concretamente en las hembras para obtener el favor de ser copuladas por el macho dominante. Este pensamiento le provocó disgusto y así se lo dijo a su hermana.

--Pareces un mono; no, eres un verdadero mono. Haces lo mismo que sus hembras.

Mania no entendió bien lo que su hermano le reprochaba y enseguida cambió de actitud. Se acercó a él y anilló sus brazos en torno a su cuello. Así, muy cerca sus caras, ella lamió la boca de su hermano y éste sintió que su sangre se movilizaba en torrente, primero a su cabeza, luego a su zona perineal. Allí mismo, alzándola sobre su cintura y apoyándola sobre un árbol, la poseyó furioso, en una mezcla de sexo y repugnancia. Luego que dio por terminado el coito, la dejo caer en el suelo y le volvió la espalada, alejándose de ella. Mania regresó al campamento

con cara de gran satisfacción. Para su primitivismo y su condición semisimiesca, su objetivo estaba logrado.

Parió Mania una hembra y todos celebraron el acontecimiento. Incluso Alceo estaba satisfecho de tener descendiente. No tenía la niña rasgos visibles de su ascendencia simiesca, por lo que Alceo se reconcilió con Mania y, a partir de entonces, le prestó atenciones cercanas al afecto. Alceo construyó una cabaña para su familia, dando principio, junto con la ya existente cabaña de Helí y Booz, a la división familiar para procurarse intimidad y cierta independencia.

Pero esa independencia que en tanto favorecía la unión entre las parejas y sus propios hijos, tenía el inconveniente de fomentar el espíritu insolidario y egoísta propio. La familia Alceo veía con envidia y cierto rencor los privilegios de la familia Booz. Por su parte, la familia Booz dejaba traslucir cierto desprecio e indiferencia por la familia Alceo. Mientras la familia Booz se quedaba con las mejores viandas, las mejores pieles y tenía la mejor choza, la familia Alceo debía esperar las sobras de la comida, las

pieles desechadas y su choza no podía ser más grande y más confortable que la de Booz, so pena de castigo por parte de éste. Alceo soportaba estas humillaciones aparentemente con la humildad del siervo fiel, pero en sus pensamientos más y más se iba larvando el odio hacia su hermano, su familia y todo lo que representaba. Los padres, Arat y Fez, vivían ajenos a esta desigual situación de sus descendientes y, más bien, agradecían el que bajo las severas leyes que Booz imponía, todo parecía en calma y orden. Ya no cuestionaban el liderazgo de Booz y pasaban mucho tiempo dedicados a la meditación que hoy llamaríamos trascendente, buscando sentido a sus vidas y, sobre todo, a su muerte y el destino que el Señor tenía reservado para ellos.

Pasaba el tiempo, Mania volvió a quedar en cinta y Booz veía con preocupación el que Helí no le daba un descendiente hembra con la que seguir su estirpe y no verse, así, obligado a cruzar a sus descendientes con los de Alceo. Para que sus hijos siempre tuvieran una referencia de su clase superior, el mismo Booz puso el nombre a la

primera descendiente de Alceo: Abila, y según él, ese nombre significaba la que danza. Booz quería que los descendientes de su hermano se especializaran en oficios de los que servirse mejor en el futuro. La danza era algo que él concebía como una manifestación de estupidez, la misma que había apreciado en ciertos de animales, que a él le hacía reír y estar entretenido, pues la falta de cometidos llegaban a hacerle la vida aburrida. Alceo protestó, él hubiese querido dar nombre a su descendiente, y Booz lo entendió como un desacato que fue castigado en el nombre del Señor.

Helí era feliz. Tenía privilegios y los tenían sus hijos. Admiraba de Booz su capacidad de dominio en todas las situaciones que planteaba la familia. Y nada le hacía pensar que el discurrir de la vida podía presentar problemas que ni siquiera Booz sabría resolver sólo.

Fez cayó enferma. Tenía fiebre y estaba postrada en cama. Deliraba. Nadie antes había pasado por igual situación. Arat, preocupado por su compañera, reunió a sus hijos.

--Temo que vuestra madre se esté muriendo, y si ella muere, yo la seguiré. Si podéis hacer algo por ella, no debéis demorar el hacerlo. Tú, Booz, deberías saber qué le sucede a tu madre y tener el remedio.

Booz se quedó pensando. Apreciaba a su madre y hubiese hecho todo lo que estuviese a su alcance para sanarla. De haber sido el padre el que estuviese en su lugar, no se habría preocupado por él. La situación era comprometida. Todos le miraban esperando su actuación. No teniendo ningún recurso para resolver aquella situación en la forma en que todos esperaban, dijo:

--Para madre ha llegado su hora. Cuando muera, la pondremos en una balsa y haremos que cruce al otro lado del río, donde el Señor la espera para que viva por siempre en su morada.

Alceo escuchaba a su hermano. Después de un largo silencio, todos mirando a la yacente, sin levantar la cabeza y con voz casi inaudible, dijo:

--Yo puedo hacer algo por ella.

Todos le miraron. Booz con expresión enojada Arat escéptico pero interrogante. Booz se adelanto.

--¿Qué has dicho, Alceo, te atreves a contradecirme?

--Deja que hable, Booz, dijo Helí. Seguramente lo que diga no vale la pena y podrás castigar su osadía.

Booz comprendió que sólo por haber dicho eso no podría castigarle. Lo que decía Helí era algo que permitiría reafirmar su poder sobre todos, cuando Alceo fracasara en su empeño y su madre terminara muriendo. Como todo soberbio, Booz había terminado creyendo en su propia infalibilidad. Dijo:

--Comprendo que tu estima por nuestra madre te haga tener alguna esperanza estúpida. ¿Qué harás por ella que no pueda hacer yo o cualquiera de nosotros?

--He visto situaciones parecidas en las ovejas, y he observado que después de arrastrase casi sin fuerzas, han llegado a unas plantas, han comido de ellas y pronto volvieron a estar sanas.

--Tú madre no es una oveja, infeliz cabeza hueca –respondió airado Booz.

--¿Reconocerías tú esas plantas? –preguntó Arat.

--Sí, y sé dónde crecen. Iré a buscarlas.

Booz no podía oponerse. También porque dudaba del efecto de aquellas plantas en la situación de su madre. Y porque su padre, fuese o no contra el Señor y su representante, no le permitiría que se interpusiese. Prefería cualquier castigo posterior. Su hijo tenía la fuerza de su palabra, pero no la suficiente para impedir que se probara con lo que Alceo ofrecía.

--Vete, Alceo, trae pronto esa planta.

--Todos sufriréis del castigo del Señor por dudar de su voluntad – dijo Booz y salió de la estancia.

Alceo corrió y se internó más allá de un bosquecillo cercano, en dirección adonde solía llevar sus ovejas a pastar. No había transcurrido media hora, cuando se le vio venir con un ramo de una planta de hojas carnosas, de color violáceo. Todos se arremolinaron de nuevo en torno al lecho de la madre. Alceo, en un cuenco, depositó algunas de aquellas hojas y las machacó hasta hacer con ellas un especie de puré. Y se acercó a su madre. Con

sumo cuidado le fue introduciendo en la boca pequeñas cantidades. Para ayudale a tragar, de poco en poco le daba un sorbo de agua. La madre con sus pocas fuerzas, colaboraba intentando tragar lo que le daba su hijo. Cuando hubo tomado una buena porción de aquel puré, Alceo desistió de seguirle dando. La recostó y se levantó. Mania, a su vez, había preparado una compresa, y con ella, mojada en agua, trataba de enfriar la febril frente de su madre.

Todos permanecieron expectantes alguna reacción, hasta que pasado algún tiempo comenzaron a desfallecer los ánimos. Booz, saliendo, de la cabaña, dijo a su hermano.

--Esperaré a que muera nuestra madre, luego habrás de sufrir el castigo que te mereces, y los demás, excepto Heli, también.

Alceo no apartó la mirada de su madre, como si eso que había dicho Booz no le preocupara en aquel instante.

Arat pidió a todos que se retiraran, que quería permanecer solo junto a Fez, y así lo hicieron los demás.

Habían pasado dos horas, cada cual se había refugiado en su propia cabaña, cuando la voz del padre llego a todos los oídos.

--¡Venid, venid, vuestra madre ha sanado!

Todos salieron en tropel y corrieron a la choza de los padres. Booz, algo más retrasado, quizá porque sus pensamientos le lastraban, buscaba una salida airosa a su fracaso, si éste se confirmaba. No podía admitirlo, fue su primera conclusión.

--Entrada entrad --dijo el padre excitado.

Efectivamente, Fez estaba incorporada de medio tronco. Sentada en su lecho, sonreía a todos. Ania fue la que mostró mayor alegría, hasta el punto de lanzarse a abrazar a su madre. Helí también mostraba contento, pero, pendiente de la reacción de Booz, sólo le cogió las manos extendidas de su madre. Alceo, muy risueño, puso su fornido brazo por encima del hombre de su padre, pareciendo, así, la pareja cómplice autora del milagro. Y hablando de milagro, Booz, en un segundo plano,

observaba la escena y pensaba. Finalmente, creyó que debía hablar antes que lo hiciesen Arat y Alceo.

--No os engañéis. No han sido las plantas que trajo Alceo las que han curado a madre. El Señor ha tenido compasión de ella y ha decidido retrasar su muere. Nada se mueve sin su permiso, y si queréis dar las gracias, es a él al que deberéis dirigiros.

--¿Cómo lo sabes tú? --preguntó Arat, dirigiéndose a su hijo Booz.

--Lo sé, y eso es suficiente, y debe ser suficiente para vosotros.

--No discutáis --dijo la madre y añadió –Quizá ha sido el Señor, pero lo que es indudable es que el Señor nos utiliza a todos nosotros para que sus decisiones se cumplan, y en está ocasión a decidido que sea Alceo.

Booz se sintió sin argumentos, y todo lo que se le ocurrió fue salir de la choza, cogiendo a Helí por el brazo para que le siguiera. Los demás se quedaron un buen tiempo allí, celebrando con su alegría el asombroso hecho ocurrido.

Capítulo 10

Ya nada fue igual en aquel asentamiento humano después del suceso con Fez y su inesperada resolución. Booz plegó velas de soberbia ante la ironía y desprecio de Alceo cuando éste le consultaba sobre cosas tan

simples como: “¿Puedo, en el nombre del Señor, beber agua? ¿Puedo, Mensajero del Señor, respirar? Booz le miraba con expresión de odio y no respondía. Alceo se reía con carcajadas estruendosas. Hasta Mania se burlaba bailando danzas grotescas delante de él, y Booz, sintiéndose menospreciado, desaparecía dentro de su choza. Eran frecuentes las discusiones sobre quién debía hacer tal o cual cosa, que antes era exclusivamente Booz el que lo disponía. Arat tuvo que volver a poner orden en aquel cisma, y Fez sosiego en los encrespados ánimos.

Por acuerdo entre los padres, éstos propusieron que las dos familias de sus dos hijos se separaran. Cada una de ellas debería no tener necesidad de depender de la otra y, ni siquiera, la posibilidad de encontrarse. Alceo fue el primero en estar de acuerdo. Booz sopesó los inconvenientes que esto supondría para él. Tendría que trabajar para mantener a su familia y hacer otras muchas cosas que despreciaba, y que antes, siempre en el nombre del Señor, se las encomendaba a Alceo. No

teniendo otra alternativa que procediera invocar por su supuesta ascendencia como elegido del Señor, desde su prepotencia ejercida sobre Heli, ordenó a ésta que le sirviera como esclava, según la denominación que hoy daríamos a parecida servidumbre. Heli, falta de carácter, sumisa y conservadora, aceptó lo que su amo y señor dispusiera.

Reunió Arat a sus hijos y dispuso que Alceo y su familia se desplazaran río arriba el equivalente a dos soles de marcha; mientras que a Booz y a la suya le asignó la rivera abajo del río e, igualmente, a una distancia de dos soles de camino. No pusieron inconveniente y se dispusieron a recoger todo aquello que de uso privado pudieran trasportar.

Pero a Fez aquella escisión familiar le causó un gran quebranto. Se vería separada de sus queridos nietos, para los que casi en exclusividad vivía. Arat la consoló prometiéndole que visitarían a sus hijos con frecuencia y así poder ver cómo crecían los niños. Esto consoló en parte a Fez, porque, en cualquier caso, el dolor que le

causaba el ver a sus hijos, si no enfrentados, sí enemistados, no podía evitarlo, y así lo manifestó:

--Hijos. Descendéis del mismo tronco, habéis sido protegidos por igual, queridos por igual. Maldigo esa sangre que se revela contra la otra sangre que os pide afecto del uno para el otro. Que siempre ésta venza a aquella y que, algún día, el odio desaparezca entre vosotros. Acudid a la llamada de auxilio del otro, siempre pensando que la sangre que se vierta os pertenece a los dos por igual. Nunca os pedí nada para mí. Ahora sólo os pido una cosa: que os deis la mano en mi presencia en señal de buena voluntad, pues ese es el sentimiento que yo llamo afecto y que debe surgir espontáneo entre vosotros.

Booz y Alceo permanecieron por un momento en silencio y la cabeza baja, luego se acercaron, casi al mismo tiempo el uno al otro, y no se dieron la mano, se abrazaron bajo la complacida mirada de sus padres.

--Vosotras también, hijas –dijo Fez.

Helí y Mania hicieron lo mismo. Luego, Fez tomó en sus brazos a cada uno de sus nietos y los fue estrechando contra su pecho, mientras sus ojos se empañaban por las lágrimas.

En realidad, aquella desafección surgida después de comprobada la no infalibilidad de Booz en sus predicciones, no cambió radicalmente la idea que todos tenían del Señor. Los padres, porque habían tenido la ocasión de hablar con él; y los hijos por haber comprobado cierta la inmortalidad de la que habían sido investidos. Pero tanto unos como otros, dieron por hecho que el Señor no había vuelto a ocuparse de ellos y que habrían de valerse por sí mismos ante cualquier reto que la vida les pusiera delante.

Y salieron en aquel mismo instante, después de la despedida, las dos familias en direcciones opuestas, siguiendo el curso del río.

Por no tener que discutir con sus padres, Booz cargó con la mayor parte de las pertenencias, todas objetos, sin duda valiosos, dejando que Helí llevara una carga

liviana, como pieles y vestidos. Sus hijos, que ya andaban solos, cargaron con las cosas que les servían para sus juegos. Alceo, al contrario que su hermano que despreció el ofrecimiento del padre, se llevó con él una pareja de ovejas, macho y hembra. También pidió llevarse la parihuela para trasportar a su hija Abilia, incapaz de andar por sí misma, y encomendó este transporte a Mania, quien también añadió parecidos artículos a los de su hermana Helí.

No bien se habían alejado de sus padres, que Booz, quizá cansado por la poca costumbre de cargar con peso, se desembarazó de parte de él y le ordenó a Helí que se ocupara de llevarlo. Helí, renqueante por la sobrecarga, siguió a Booz, y en sus pensamientos comenzó considerar que no había tenido suerte con el hombre que ahora era su dueño.

Y en verdad era su dueño, pues por decisión de Booz, así debía dirigirse a él. Booz apenas intercambió palabras con Heli el primer día de marcha. Por la noche, cuando Booz decidió acampar para descansar,

se dirigió a Heli para ordenarle que buscara algo para comer. Fue entonces cuando Heli, recordando que su hermano había sido ridiculizado por Alceo y Mania, se atrevió a decir:

--Sí, mi amo, pero sólo a ti enseñ padre a cazar. ¿Te conformas con algo de fruta? ¿Quizá algunas plantas comestibles? ¿O prefieres las raices que hace tiempo dejamos de comer?

Booz entendió el mensaje que Helí le transmitía y que debió sonarle irónico, pues respondió:

--Crees que no puedo ocuparme de vosotros como lo haría Alceo, ¿no? Pues te voy a demostrar que lo puedo hacer igual o mejor. Cuida los niños de los animales, que yo me ocuparé de traeros caza y comida suficiente.

Heli sonrió. Por primera vez desde que fuera su dueño había conseguido doblegar a Booz, y guardó en su memoria la forma con la que lo había conseguido, y que no era otra que motivarle en su orgullo, orgullo simplemente humano.

Lo primero que hizo Alceo fue cambiar el nombre que Booz había puesto a su hija. La llamó Ilia. Mania le preguntó qué significaba, y Alceo respondió que no significaba nada, que todos los nombres que les pusieron sus padres no significaban nada, aunque ellos dijeran que significaban lo que decidieron que significaba cada uno de ellos, que Ilia le gustaba como nombre para su hija, era fácil de pronunciar y eso era todo. Mania, que era muy curiosa, preguntó entonces a Alceo por qué las cosas se llamaban como se llamaban, y Alceo le respondió.

--Las cosas primero son cosas que vemos, que tocamos. Les ponemos nombres para distinguirlas. Las cosas no nos dicen cómo se llaman, somos nosotros los que les ponemos nombre, como yo he puesto nombre a nuestra descendiente. Cuando vemos una cosa por primera vez, no sabemos cómo se llama, y para nombrarla en sucesivas ocasiones que la veamos, decimos: esta cosa se llamará así, y le damos un

nombre por el que la llamaremos cuando la volvamos a ver.

Mania, entonces, preguntó a Alceo si ella podía poner nombre a las nuevas cosas que encontrara, y Alceo asintió.

--Si tú la ves primero y le pones nombre, yo la llamaré por el nombre que tú le hayas puesto; igual será si soy yo el primero en verla y le pongo nombre.

Mania sonrió complacida. Aquella condescendencia de Alceo le daba la oportunidad de sentirse igual que él, y se propuso encontrar más cosas nuevas a las que poner nombre y poner nombre a las cosas viejas que aún no lo tenían.

Alceo también dispuso acampar para un descanso necesario. Arrastrar la parihuela había fatigado tanto a Mania que apenas ya podía caminar. Buscó un lugar que debió parecerle al abrigo de alimañas. También ordeñó la oveja para que diera alimento para su hija, pues Mania tenía poca leche y esa poca ya se la había dado por el camino. Luego, recomendándole mucho

cuidado, dijo que se alejaría lo necesario para proveerse de comida.

Booz tuvo suerte, y aunque le llevó largo tiempo, consiguió cazar un conejo, o animal parecido. Debió, además de tener paciencia, utilizar todo su ingenio, que, sabido es, no era poco. Los animales no eran aún desconfiados del hombre, pero no se dejaban coger fácilmente, por lo que Booz ideo la estratagema siguiente: cuando divisó que el conejo pastaba confiado, en lugar de acercarse a él para intentar cogerlo, observó cuidadosamente las posibles direcciones por las que podría huir. Concluyó que sólo tenía dos vías de escape, pues imaginando un círculo en torno a él, en su frente tenía un peñasco, no muy alto, pero sí lo suficientemente extenso en su base, que el conejo trataría de evitar, pues le obligaría a correr en horizontal, sin alejarse, al menos hasta sortearlo. A su derecha, la hierba era tan frondosa y alta, que el conejo, necesariamente debía tener la experiencia de que huir

por allí era como penetrar en una trampa, pues la hierba no le permitiría correr ni ver a su perseguidor. A su izquierda la pradera prácticamente no existía, y aunque era pedregoso el suelo, para el conejo eso no sería obstáculo, y Booz anotó en su pensamiento que por allí podría salir corriendo. Quedaba el sector de círculo en el que Booz estaba situado. Era menos pedregoso y tenía la ventaja de que a espaldas de Booz había un pequeño bosquecillo. “Los animales cuando huyen tienden a ocultarse en la espesura del bosque”, pensó Booz. Con esa dos únicas opciones en la mente, Booz pasó oculto y observando al conejo bastante tiempo. Debía descartar una, si quería afrontar la caza con total éxito. Tuvo dudas que el conejo fuese a huir en la dirección en la que el se encontraba; sería sorprendente que el animal huyera en dirección a su enemigo. “Ese animal no sabe que yo soy menos rápido que él, por lo que no huirá a campo abierto sin vislumbrar refugio donde ocultarse”, pensó Booz, y así descartó esa posibilidad. El conejo, pues, tan pronto se

viese en peligro, correría hacia el bosquecillo situado detrás de Booz, y así lo pensó éste. Ahora tenia que procurar disponer de la forma en la que el conejo corriera hacia él sin ser visto, para que el animal no tuviera la menor duda de que ese era el mejor camino de huida. Booz cogió un piedra del suelo, calculó la distancia a la que se encontraba el conejo y la lanzó al aire de forma que, en su vuelo, hiciese una parábola y fuese a caer cerca del animal. Mientras la piedra iba por el aire, Booz se ocultó detrás de un arbusto. Probablemente el conejo huiría para refugiarse allí, y él le estaría esperando para atraparle. Booz oyó un sonido extraño que no le pareció el esperado al caer la piedra al suelo. Esperó oculto unos segundos, y al comprobar que el conejo no venía como había pensado, salió de su escondite y miró en dirección al lugar donde poco antes estaba el animal. Cual sería su sorpresa cuando vio al conejo cuan largo era, manando sangre de la cabeza y en los estertores de la muerte. Vio la piedra al lado. La suerte le había acompañado. Mil

veces que repitiera aquella operación y no habría conseguido atinar de nuevo al conejo. Pero no hizo falta que repitiera, el animal estaba cobrado.

Booz que hubo llegado adonde se encontraba Helí, le mostró ufano su presa, pero no le contó la verdad, sino la acción que había pergeñado para atraparlo. Maravillada Helí de la inteligencia de Booz, le premió con estas palabras:

--Con el Señor o sin el Señor, tú, Booz, estás llamado a ser el Señor de esta tierra y de todas las tierras que habite el hombre.

Escucho Booz complacido a Helí y le sonrió por toda respuesta.

Preparó Helí la comida con el animal que trajera Booz y algunos tubéculos que ella misma había encontrado, y cuando estaban comiendo, Booz habló.

--Debes darme hembras para no necesitar esos semianimales que pare Mania. Tú y yo somos inmortales y tenemos todo el tiempo para tener nuestros propios descendientes. Y que nuestros

descendientes usen de los descendientes de Alceo en su beneficio.

A Helí le gustó aquella proposición y quiso saber cómo se proponía Booz hacerlo posible. Preguntó.

--¿Cómo piensas doblegarlos? Alceo también es inmortal y vigilará tus intentos de servirte de sus descendientes.

--Alceo es inmortal como nosotros, pero no podrá ejercer ninguna fuerza cuando yo lo recluya donde tengo pensado.

--¿Quieres decir que lo harás tu prisionero? --preguntó Helí entusiasmada con la idea.

--No exactamente. Le guiaré a una sima, de donde jamás podrá salir. Pero antes deberá tener suficientes descendientes como para asegurarnos lo que pretendo de ellos.

Helí, que vio difícil aquella pretensión de Booz, siguió preguntando.

--¿Cómo sabrás el momento propicio? Estaremos alejados de Alceo y su familia.

--Cuando nuestros padres nos visiten nos dirán cómo se encuentran, los hijos que tienen y todo aquello que me pueda interesar.

Helí siguió preguntando.

--¿Y cómo harás para que Alceo te siga a esa sima de la que hablas?

--No tengo todas las respuestas aún, Helí. La inteligencia sería inútil si no se aliara con la paciencia. Ya lo sabrás en su momento.

Le pareció bien a Helí la respuesta y ya no preguntó más.

Capítulo 11

Pasó el tiempo y las familias de Alceo y de Booz habían echado raíces en sendas regiones limítrofes con

el río, alejadas entre sí no menos de seis días de marcha. En medio, a tres días de marcha, los padres, Arat y Fez languidecían de soledad. Sus edades ya no les permitían visitar a sus hijos y nietos tantas veces cuanto deseaban, y aunque bien quisieran ser visitados por sus hijos, estos siempre encontraban excusas para no hacerlo. Bien es verdad que ambas nuevas familias tenían numerosos descendientes, algunos muy pequeños, lo que habría dificultado las marchas durante tanto tiempo como les llevaba reencontrarse.

Por los padres, y como había supuesto Booz, unos sabían del estado de los otros, los hijos que tenían y de sus haciendas. Y así, Alceo sabía que Booz tenía cinco varones y tres hembras, que había aprendido a cazar, a pescar y a seleccionar frutos de la tierra para el alimento de la familia; que era tan abundante la comida, que nunca tuvo interés por cultivarla, fuesen plantas o animales. Igualmente, Booz sabía que Alceo tenía tres varones y tres hembras, que había vallado una gran extensión de terreno para impedir que penetraran

las alimañas, que tenía un pequeño rebaño de ovejas que le daban pieles y leche y que tenía una especie de huerto donde cultivaba árboles frutales y otras plantas comestibles. A Booz esta forma de proceder le parecía inaceptable para él, pues suponía un gran esfuerzo que no estaba dispuesto a realizar. Fez les preguntaba, especialmente a Helí, cómo alimentaba a sus hijos pequeños, dado que, en ocasiones, tenía que amamantar al recién nacido y al que no había cumplido ni siquiera un año. Helí le respondía que Booz había conseguido obtener una especie de leche de algunos vegetales, y que según Booz era mejor que darles leche animal. Cuando le preguntaban si no temían a las alimañas, Booz respondía que en lugar de vallar un territorio, había instalado trampas, y que cuando alguna caía en ellas, las colgaba de los árboles, lo que había hecho desistir a otras de hacer incursiones en su campamento. Arat y Fez, durante el tiempo que permanecían con sus hijos, que en ocasiones se prolongaba hasta una semana, sobre todo disfrutaban

de sus nietos, a los que Arat les construía juguetes, además de los que les habían traído. Fez también enseñaba a Helí y a Mania en el arte de confeccionar prendas de vestir, elegir plantas que curaban enfermedades y a cocinar alimentos. Arat, a su vez, enseñaba a Alceo y a Booz a construir más cómodas y seguras sus viviendas, a fabricar utensilios y muebles y les transmitía toda la experiencia que había acumulado en su larga vida. Eran momentos felices para todos, que cuando tocaban a su fin y los padres y abuelos consideraban que debía regresar a su campamento, se tornaban tristes, pues no sabían si esa visita habría sido la última que hicieran. Y aunque tanto Mania como Helí les invitaban a quedarse más tiempo, los padres consideraban que si los hermanos no podían vivir juntos, ellos terminarían igualmente creando problemas, y que cuando no pudieran ayudar por viejos, serían un estorbo, además de crear una agravio al otro si elegían permanecer con una de las familias, o

una carga para ésta, cuando terminaran necesitando más ayuda de la que pudieran ofrecer.

Al principio todo esto no fue tenido en cuenta, pues lo que hacían Arat y Fez era que, tras visitar a una de las familias, regresaban a su campamento, descansaban unos días y emprendían viaje a la otra familia, y vuelta a empezar. Pero el tiempo había hecho mella en ellos y las visitas se habían distanciado, y empezaba a suponer un esfuerzo que a duras penas conseguían superar. Arat les había dicho que si transcurría mucho tiempo y no volvían, sería señal de que habían cruzado el río para unirse con el Señor. Y es que ninguno de los dos contemplaba la posibilidad de hacer aquellos viajes en solitario y tampoco quedarse solo

De la mente de Booz no se había ido el pensamiento que tuviera cuando se separaron. En sus incursiones para cazar había descubierto una sima que, por su profundidad y lo escarpado de sus paredes, él dedujo que cualquier ser, humano o animal, que allí cayera le

sería imposible alcanzar la superficie. Probó con felinos que habían caído en sus trampas, a los que depositó vivos en el fondo descolgándolos con lianas para que no se mataran o hirieran, de lo contrario no podría comprobar si eran capaces de salir. Y en efecto, ninguno consiguió salir de allí, por más que lo intentaron, y si esos animales, más ágiles que Alceo, no lo habían conseguido, tampoco su hermano lo conseguiría. Así, Booz ya tenía el primer elemento para su plan, ahora sólo le quedaba pensar en cómo atraería a su hermano a aquel lugar para que cayera en aquella sima de la que no saldría jamás. Pero también pensaba Booz que no era el momento, debía esperar a que los descendientes de Alceo fueran mayores, pues no estaba dispuesto a acoger a su familia en su campamento si no tenían edad para trabajar para él y los suyos; bien al contrario, sería él el que tendría que trabajar para ellos.

Sucedió que aunque últimamente los padres venían muy de tarde en tarde a visitarlos, por el tiempo

transcurrido, tanto Aleceo y Mania como Booz y Helí dieron en pensar que o sus padres habían muerto o estaba alguno de ellos gravemente enfermo. Y tanto Alceo como Booz se dispusieron a viajar hasta el campamento de sus padres y comprobar lo que sucedía. En el pensamiento de ambos estaba, también, el que si habían muerto querían para sí aquellas pertenencias de los padres que les pudiesen ser útiles. Por esos azares del destino, Booz se puso en camino un día antes que Alceo, pero como Alceo era más fuerte, el deseo de llegar cuanto antes hizo que llegaran el mismo día.

Booz, mientras caminaba, pensaba en dejarle un mensaje a su hermano, de quien estaba seguro que tarde o temprano se acercaría por el campamento de los padres. Si atendía ese mensaje, significaría que en cualquier momento decidiría ir a verle. Booz ya había dejado la boca de la sima oculta bajo maleza. Sólo tendría que señalar a su hermano el mejor camino para alcanzar el campamento, y ese camino pasaba exactamente por encima de la sima. Sus planes no se

vieron modificados por el hecho de llegar juntos al campamento de los padres.

Primero llegó Booz y no encontró rastro de sus padres. Luego llegó Alceo, al que Booz le comunicó que los padres ya debían haber cruzado el río. Alceo le dijo a su hermano:

--Espero que en esto no mintieras entonces y de verdad estén con el Señor al otro lado.

Booz le respondió amistoso.

--Hermano. Cuando os conté aquel sueño, confieso que fueron mis malos pensamientos los que me impulsaron a crear aquella historia; lo cierto es que estuve fuera del campamento, que intenté cruzar el río por ver qué había al otro lado y no lo conseguí, pues fui arrojado a la orilla de donde había partido. Desde entonces, lo que sí te puedo asegurar es que nunca podremos cruzar el río, tú, Helí o yo por ser inmortales, y pienso que al otro lado debe morar el Señor. Es posible que nuestros padres hayan muerto, o más bien uno de ellos y el otro le ha querido acompañar en la travesía. Tú, que vienes

río arriba, deberías haber advertido alguna balsa varada en la orilla.

--No, no he visto nada –interrumpió Alceo.

--Lo supongo, de lo contrario ya me lo habrías dicho. Pues bien, sólo quedan dos posibilidades: que nuestros padres hayan sido arrastrados a la otra orilla o que se hayan puesto en fatigoso camino para visitar nuestros campamentos.

--¿Y qué piensas debemos hacer?

--Escucha, hermano. Nuestros padres siempre visitaban a mi familia primero porque debían caminar pendiente arriba; luego, aunque cansados, la visita a tu familia les resultaba más fácil, pues la hacían pendiente abajo.

--Sí, así era, ¿y qué?

--Podríamos tú y yo ir primero a mi campamento, como lo hacían nuestros padres; luego bajaríamos al tuyo.

--Está bien. ¿Y si no encontramos a nuestros padres, cómo haremos para repartirnos sus cosas?

--Si comprobamos que nuestros padres han muerto porque no los encontramos, yo regresaré a mi campamento y tú podrás llevarte todo lo que desees de nuestros padres; yo ya he mirado por aquí no tengo interés por nada.

--Hagamos como tú dices –dijo Alceo, convencido de que su hermano decía verdad y hasta sorprendido de su generosidad.

Booz vio la ocasión propicia, aunque hubiese querido esperar algún tiempo más, pensó que no se presentaría mejor ocasión que aquella.

Y se pusieron en camino en dirección al campamento de Booz.

Llegado que hubieron estado cerca de donde estaba oculta la sima, Booz señaló a su hermano un atajo.

-- Vayamos por ahí, pues si seguimos cerca del río, nos encontraremos tierras pantanosas.

Alceo, más fuerte que su hermano, siempre iba delante, no menos de diez pasos. De vez en cuando se volvía para comprobar que su hermano no había desaparecido

de su vista. Booz le iba indicando por dónde debía seguir, que no era otro camino que el que le conducía derecho a la sima.

Cuando Alceo llegó a la maleza que cubría la boca de la sima, dudó seguir caminado por encima; le debió parecer poco casual aquellas ramas aparentemente colocadas allí. Se quedó parado observándolas. Detrás, su hermano Booz temió que descubriera la trampa; si así era, nunca más podría engañar a su hermano. Su pensamiento era rápido en encontrar soluciones urgentes, y su pensamiento en esta ocasión le mostró lo que debía hacer. Corrió en dirección a Alceo, y cuando estuvo a su altura, ya Alceo se había vuelto, pero no pudo impedir el empujón de Booz. Sólo y mientras se hundía, pudo decir una sola palabra: ¡Maldito! Con Alceo desapareció también la maleza. Abajo, Alceo estaba vivo pero maltrecho, y se quejaba de dolor. Booz que se había asomado a la boca de la sima, después de comprobar que Alceo se incorporaba, le dijo alto para ser oído.

--Esa será tu eterna morada. Ahora ya sabes quién es el elegido para dirigir a los humanos.

Alceo, reprimiendo el dolor, miró hacia arriba y le respondió.

--El Señor te confunda y confunda a los tuyos, porque no ha sido el Señor quien te ha ordenado esta acción con tu hermano.

Booz le replicó:

--Vanas palabras, hermano. El Señor hace mucho tiempo que nos tiene olvidados; la prueba la tienes en la situación en la que te encuentras.

Booz, no totalmente convencido de que Alceo no podría salir de la sima, decidió apartarse de la boca para que su hermano pensara que se había ido, pero permaneciendo sentado por largo tiempo en las proximidades. Mientras así estaba, pensaba. "¿Cómo hará para comer? No morirá de hambre, pero sentirá de la necesidad de comer. Algún animal caerá en la sima y se lo comerá crudo. Beberá agua de la lluvia o de algún pequeño manantial que encuentre abajo. Sentirá frío.

La soledad le trastornará los sentidos. Pensará que acabaré igualmente con Mania, con sus descendientes…” Ninguno de estos pensamientos hizo que Booz sintiera piedad por su hermano. Mientras escuchaba los ruidos que provenían del fondo de la sima, Booz imaginaba que Alceo estaría intentando en vano escalar las escarpadas paredes; luego, el silencio que le seguía, le permitían concluir que había vuelto al fondo y descansaba.

Aún le quedaban unas horas de camino para alcanzar su campamento. El sol ya estaba cerca del ocaso y decidió ponerse en marcha. Antes, volvió a la boca de la sima para comprobar en qué estado se encontraba Alceo. Pudo divisar un bulto inmóvil y dedujo que su hermano dormía, pues no pasaba por su pensamiento la posibilidad de que hubiese muerto.

Cuando llegó al campamento dio sólo la noticia de que los padres habían cruzado el río. Helí lloró y los niños se pusieron tristes, aunque no llegaron a llorar. Después de comer, Booz se acostó y pronto se durmió. Booz

debió tener sueños terribles, a juzgar por la gran desazón con la que pasó toda la noche. Cuando apuntó el nuevo día, más cansado que cuando se acostara, Booz se levantó. Despertó a Helí para decirle: “Voy a cazar”. Helí le puso agua y comida en un zurrón, y viendo el lamentable aspecto de su cara, le dijo: “Booz, estás cansado, deberías quedarte aquí y descansar”. Booz no respondió y salio de la choza. Cuando estuvo fuera, pareció desorientado. No tenía decidido adónde ir. Luego, ya más asentado su pensamiento, barajó dos ideas: una era ir a la sima y comprobar que todo seguía igual, a pesar de las terribles pesadillas que había tenido, y la otra volver al campamento de sus padres, descansar allí un día y acercarse al campamento de Alceo para darles la triste noticia de la muerte de los padres y abuelos y también la de Alceo. Mania no debía saber de la inmortalidad de éste y aceptaría las palabras de Booz. Invitaría a toda la familia a que le acompañara de regreso a su campamento, donde

podrían vivir junto a su familia. Luego, “trazaré los planes para ellos”, pensó.

Las dos ideas eran compatibles, y aunque hacer el camino pasando por la sima era más largo, decidió hacerlo por allí, en lugar de bajar sorteando la orilla del río. Volvió a entrar en la choza para decirle a Helí que había pensado volver al campamento de los padres para recoger algunas cosas que le serían útiles, antes de que llegará Alceo y las tomara para sí, que le pusiese más comida y agua y que por ese motivo estaría ausente no menos de diez días debido a la posible carga que tendría que transportar, pero que si eran más, no debía preocuparse por él, que regresaría. Helí comprendió las palabras de Booz, hizo lo que le había pedido, y le vio partir, algo sorprendida por el camino que había tomado.

Iba Booz pensativo rememorando la pesadilla que había tenido la noche anterior y también en las consecuencias que tendría para él el que se cumpliera en la realidad. Si Alceo conseguía salir de la sima,

podría ser él el que, finalmente, terminara en el fondo. Su superior inteligencia no le serviría esta vez para imponerse a la fuerza de Alceo. Y por todo esto, a medida que se acercaba, aumentaba su inquietud. Ya estaba a pocos pasos de la boca, que oyó golpes provenientes del fondo. "¿Qué está haciendo?", se preguntó. Trató de tranquilizarse diciéndose a sí mismo: "En cualquier caso, parece que está dentro". Llegado que hubo a la boca de la sima, se inclinó para mirar hacia el fondo. Los golpes se amplificaron. Debió proyectar su sombra al interior y que Alceo percibió, pues dejó de golpear. "¿Qué haces, Alceo?, preguntó. Alceo miró hacia arriba y contestó: "Lo sabrás muy pronto, maldito, y ni tu eternidad te librará del castigo que mereces". Booz rió sin demasiado convencimiento, porque una extraña sensación le invadió. "Te sepultaré, para que vivas como los gusanos". "Hazlo ya, cuanta más tierra eches, más cerca estaré de la superficie", le contestó Alceo. Viendo Booz que había tenido una mala idea, pensó en algo mejor. Pero todos los

pensamientos chocaban con una realidad: su hermano era inmortal como él, y en cualquier situación que le pusiera, tendría toda una eternidad para salir de ella y vengarse. Sintió miedo. Se apartó de la boca y se sentó algo alejado de ella. Los golpes volvieron a perforar sus oídos. Quería marcharse de allí pero el temor le retenía. Tenía que ver qué estaba haciendo su hermano para intentar salir, quizá él mismo se viera en la misma situación y podía aprovecharlo para escapar también él. Con mucho cuidado, esta vez sólo asomó su cabeza hasta donde los ojos pudieron enfocar el fondo. Le horrorizó lo que vio. Alceo ya estaba suspendido a una distancia del fondo equivalente a su altura. Cavaba muescas en la pared con una piedra y por ellas trepaba; era cuestión de tiempo que su hermano alcanzara la boca de la sima. Se sintió impotente ante aquel alarde de fuerza que no estaba a su alcance emular. Su inteligencia ya sólo le ofrecía una salida: escapar de su hermano; esconderse de él lo mejor que ideara y pudiera.

Y retornó a su campamento, tan rápido como le permitieron sus piernas y desbocado corazón.

Cuando llegó a la choza, su familia tomaba la primera comida. Helí se asustó de la inesperada aparición. Le miró levantándose del suelo donde estaba sentada con sus hijos. Booz, sin habla por la fatiga, se apoyo sobre el quicio de la entrada.

--¿Qué sucede, Booz? –preguntó Helí.

--Tenemos que irnos, y ya mismo. Corremos un gran peligro.

--¿A qué peligro te refieres, Booz? Somos inmortales, ¿lo has olvidado?

--No, no lo he olvidado, pero tú si has olvidado que no lo son nuestros hijos.

--¿Puedes decirme de qué se trata?

Booz volvió a mentir.

--Un gran fuego viene hacia aquí, y lo devora todo. Puede que alcance nuestro campamento en poco tiempo. Debemos irnos cuanto antes. Recoge lo

imprescindible que no suponga demasiada carga y vámonos.

Helí, asustada, ordenó a sus hijos que se levantaran, no al más pequeño, que apenas gateaba. Recogió, sobre todo, pieles y algún utensilio para cocinar. Ordenó a sus hijos mayores que hicieran lo mismo con otras cosas que les fue señalando. Booz salió y fue a un pequeño cobertizo donde guardaba sus arcos de flechas y las artes de pesca. Pronto todos estaban preparados para partir. Helí, además de la carga que se había adjudicado, ya portaba a su hijo más pequeño en una especie de bolsa echada a su espalda.

Caminaron todo el día siguiendo veredas alternativas que Booz conocía en sus salidas para cazar; Si Alceo pretendía alcanzarlos, seguiría el curso del río, pensó. Todos estaban agotados y ya no podían más. En largos trayectos, Booz debió cargar con alguno de sus hijos más pequeños, alternándolos. Calculó Booz que por mucho que su hermano se diese maña para salir de la sima, no podría hacerlo en menos de un día.

Probablemente querría primero ver cómo estaba su familia o decirles que estaba bien después de la larga ausencia. Si esa lógica se cumplía, la distancia que habían puesto por medio, sería inalcanzable para Alceo, que tendría que abandonar a su familia por muchos días. Con estos pensamientos, Booz decidió acampar. El lugar era ubérrimo y no les costó encontrar alimentos y agua. Por la mañana decidiría si continuar alejándose o permanecer allí por un tiempo para reponer totalmente las fuerzas.

Capítulo 12

Y así era. Alceo, con una piedra dura que encontró en el fondo, no tuvo que pensar demasiado para comprender que la única forma de salir de la sima era hacer muescas en la pared en las que pidiera poner los pies y agarrarse con las manos. El trabajo era penoso a partir del momento en que debió quedar suspendido, pues sólo podía aferrarse con una mano si quería seguir utilizando la otra para excavar. Pero pronto tuvo en cuenta que de nada le valía la urgencia por vengarse de su hermano, cuando tenía toda una eternidad por delante. Más importante consideró cómo habría de vengarse. Mientras excavaba, pensaba. Poco o nada podría hacer contra él, que era inmortal. Quizá, pensó, Booz no habría podido hacer lo que él estaba haciendo; era débil físicamente, por su poco deseo de hacer algo que supusiera esfuerzo físico, más que por la propia constitución. Pero Alceo pensó que su hermano debería padecer, en cualquier caso, de un castigo mayor. Su acción había sido infinitamente perversa, más por el fondo que por la forma, así pensaba. En definitiva, lo

que había pretendido era que, teniéndolo allí confinado, podría esclavizar a su familia y a los descendientes sucesivos para servirse de ellos, tanto él como la suya. Dos clases de humanos: amos y esclavos, y eso debía tener un tratamiento especial que lo impidiera para siempre, pues Alceo era consciente de la superior inteligencia de Booz, y no cejaría de intentarlo siempre. Pero estos pensamientos no tenían salidas que a Alceo le parecieran viables por el momento, así que confió en que se le mostrara el camino de forma espontánea y no a través de su pensamiento. Y así, Alceo volvió a sentir la urgencia por salir de allí. Su familia estaría inquieta ante su tardanza, quizá habían salido en su búsqueda o, lo que sería peor, que Booz hubiese hecho algo irreparable con ella. Aunque este pensamiento pronto lo desechó, por cuanto era seguro que su hermano se habría dado cuenta de su acción para salir de la sima y habría pensado que lo mejor era ponerse pronto a resguardo de él. Eso a Alceo no le importó, lo encontraría antes o después.

Dos días le llevó alcanzar la boca de la sima. Hambriento, con llagas en las manos, una vez que estuvo en tierra firme corrió en dirección a su campamento. Llegado que hubo primero al campamento de sus padres, no los halló allí, por lo que ya no le cupo duda de que habían fallecido. Allí encontró comida y agua y descansó lo suficiente para reponer fuerzas y curarse las manos. Cuando llegó al campamento, todos sus hijos estaban allí, los mayores protegiendo a los pequeños, pero Manía había salido en su búsqueda, según le dijo Silia, la hija mayor. Alceo había inventado una forma de llamar, o de alertar, que según él viajaba más rápida que el viento y más lejos que los pájaros. Consistía en una especie de cuerno hueco, hecho con barro cocido, que amplificaba y dirigía los sonidos que se emitían por la boca más estrecha. Siempre lo dejaba en manos de su familia para que le llamaran si por alguna razón necesitaban urgente de él cuando éste se alejaba del campamento. Alceo, tomando el cuerno, se fue a un pequeño

promontorio, y desde allí, llamó a Mania en todas las direcciones. Confió en ser oído y regresó al campamento, donde, después de comer, se acostó y se durmió enseguida.

Alceo solía tener las mejores ideas cuando dormía y que luego no dudaba en poner en práctica con éxito. Solía soñar en lo que le preocupaba, y no hubiese sido de extrañar que en esa ocasión soñara con la venganza y la forma de acabar con la posibilidad de que su hermano influyera negativamente en sus vidas. Pero en su sueño su subconsciente le llevó a una situación extraña por paradójica. Vio a su familia junto a la de Booz. Celebraban la unión de sus hijos mayores, Silia y Atol para que formaran una nueva familia. No había rastros de odio o sed de venganza; al contrario, Alceo y Booz, Mania y Helí, parecían muy satisfechos con aquella unión.

Cuando Alceo despertó, ya Manía había regresado, después de haber oído la llamada de Alceo, y esperaba ésta que Alceo le contara qué había sucedido en su

larga ausencia y por qué estaba en tan mal estado. Alceo se desesperezó muy recuperado, pues el sueño le había devuelto el sosiego de espíritu con aquella extraña visión que había tenido.. Estaban los hijos mayores alejados y Alceo no tuvo inconveniente en contar a Mania todo lo que había sucedido. Se vio a Mania triste por la noticia de que sus padres habían fallecido y también preocupada, pues temía la reacción de Alceo, y así se lo expresó:

--Lo que ha hecho Booz contigo en su pretensión de esclavizarnos merece un castigo, pero no será castigándolo tú como vuelva la paz a nuestra familia; el odio entre las dos familias se instalará para siempre mientras existan miembros en ellas que lo recuerden. ¿Qué vas a hacer, Alceo?

Alceo, entonces, le contó lo que había soñado, y a continuación le dijo:

--Nada querría más que el sueño se cumpliese, pero no está en mí que así sea si Booz me sigue odiando.

--¿Y tú no le odias? –preguntó Manía

--Yo no le odio, sólo en mi pensamiento hay venganza. Pero la venganza pude ser de muchas formas, una de ellas, que me complacería, es verle aceptar que somos iguales que él y su familia, que su orgullo se trocara en humildad y diera paso a la amistad fraterna. Todo lo que le sucede a mi hermano es producto de su maldito pensamiento, que en él sólo está dirigido a procurarse lo que desea, no importa cuánto tenga que hacer para conseguirlo. Si comprendiera lo que nos dijo madre, que hay pensamientos buenos y pensamientos malos, con la misma voluntad que elige llevar a cabo los malos, podría rechazarlos.

--Podríamos intentarlo. Booz en estos momentos querrá una salida a lo que hizo contigo que le permita vivir en paz consigo mismo y alejar de él el temor a que estés preparando alg para castigarle. Ya tenemos algo adelantado para que tu sueño se cumpla. Ilia miraba con buenos pensamientos a Atol, y éste no parecía despreciarla cuando vivíamos juntos; al contrario, siempre estaban jugando, participando de los juguetes

que para ellos había construido padre. Luego, con el paso del tiempo, recuerda que en las visitas que hacían nuestros padres, Ilia preguntaba por Atol, y madre le contaba que crecía muy hermoso, que le gustaba cazar y pescar, y que también él preguntaba por nuestra hija.

--Pero nada de eso tendría valor si Booz…

--Booz es como tú y como yo. Hoy pensamos una cosa y mañana pensamos otra diferente –interrumpió Mania.

--¿Sabes? Me estás recordando a madre cuando nos hablaba.

--Y tú siempre me recuerdas a padre. Y si es así como dices, recuerda también que padre escuchaba a madre y en muchas ocasiones seguía sus buenos pensamientos.

--¿Qué dicen tus pensamientos que debemos hacer?

--Estoy muy confusa en estos momentos, apenas he pensado que mis padres han muerto. Quisiera quedarme sola por un tiempo. Cuida de los niños que no me importunen.

Alceo atendió a la petición de Mania y salió de la choza. Tenía que supervisar la situación de su hacienda después de su ausencia, pero se quedó con los niños.

Mania, a solas consigo misma, trató de recorrer hacia atrás su vida y hasta donde le permitió la memoria. Siempre, pensó, había tenido afinidad con su madre; no así con su padre, al que siempre lo sintió distante. Pero había sido bueno con ella, y había sentido afecto por él. Ella, desde que pudo tener pensamientos lógicos, tuvo la sospecha de que Arat no era su padre. Fundamentaba esta sospecha en que observando su físico no se veía con rasgos enteramente humanos, como los de sus hermanos. También en la gran complacencia que sentía cuando veía a los simios grandes, con los que hasta sentía una cierta facilidad para comunicarse. Y porque gustaba de imitarlos subiéndose a los árboles para recoger fruta, mientras sus hermanos intentaban cogerla sólo desde el suelo. Nunca le preguntó a su madre sobre sus dudas, y su madre nunca le insinuó

siquiera su procedencia paterna. Ahora se sentía sola, pues aunque Alceo la trataba bien, apenas tenía con ella detalles afectuosos. Sus hijos ocupaban todas sus inclinaciones afectuosas, y además de cuidar de Alceo en todo lo que él esperaba de ella, vivía para ellos. Pero los hijos eran una parte de ella, y muertos los abuelos, también debían sentirse solos.

No obstante, agradecía que Alceo la considerara y le preguntar ahora cosas que nunca le preguntó. Tendría que obrar con prudencia para no equivocarlo con sus pensamientos. La sugerencia de un acercamiento a su hermano Booz entrañaba ese peligro, y de surgir algún contratiempo, Alceo no se lo perdonaría. ¿Cómo hacer para que Alceo no sufriera un desengaño? Sin duda lo primero que debería hacer era no ponerlo directamente en la situación de comprobar la receptividad de Booz. ¿Y si sacrificaba a su hija mayor en esa difícil prueba? ¿Lo aceptaría Alceo? Mejor no proponérselo. Trataría de hablar con su hija sobre lo que pensaba y que fuese algo que saliera de ella. Y así, aprovechando que Alceo

estaba alejado del campamento, llamó a su hija pidiéndole que entrara en la choza. Cuando estuvo dentro, le dijo:

--Ilia, hija, voy a pedirte que hagas algo difícil pero no imposible. Estoy segura que deseas ver a Atol y que vives pensando en él. Podrás verlo si haces lo que te diga, pero sólo si tú estás dispuesta.

A Ilia se le iluminó la cara, algo que no le pasó desapercibido a su madre. Esperó ésta que ella dijera algo, y así respondió:

--Así es, madre. Desde que se fue no hago otra cosa que tenerlo en mis sueños. ¿Qué debo hacer?

--Eras fuerte y no te cansa caminar. Deberás acercarte al campamento de Booz y llevarles una rama de olivo. Luego que estés allí, y si sucede como pienso, le hablarás a Atol, y él te escuchará. Pero lo que decidáis deberá ser consentido por Booz y Helí, de lo contrario deberás regresar con la rama de olivo, y tú deberás olvidar a Atol para siempre.

--¿Qué ha de significar la rama de olivo? –preguntó Ilia.

--No significa nada si no dices estas palabras a Booz y a Helí cuando se la entregues: “Booz, Helí, os traigo esta rama de olivo en señal de paz. Mis padres quisieran que las dos familias volvieran a unirse o, cuanto menos, a no odiarse. También vengo para decirle a Atol, si vosotros no os oponéis, que se una a mí para formar una nueva familia, pues sé que él no me rechazaría.”

--¿Todo esto lo sabe padre? ---preguntó Ilia.

--No, no lo sabe. Partirás y cuando te hayas alejado se lo diré. Estoy segura de que no lo rechazará aunque tampoco lo aprobará.

--¿Cuándo deberé partir?

--Tu padre no volverá hasta la puesta del sol, así que cuanto antes salgas, más distancia habrás puesto por medio. Por unos días, caminando río arriba, podrás beber y alimentarte de frutos y plantas comestibles. Si

te ves en peligro, llama alto a Tor, el vendrá y te ayudará.

--¿Tor? ¿Por qué me ha de ayudar ese mono grande? –preguntó Ilia sorprendida.

--No te puedo decir por qué, pero estoy segura que vendrá en tu auxilio si lo llamas. Coge ahora lo que necesites para el viaje. Encontrarás olivos en el camino para coger la rama que has de portar cuando te presentes en el campamento de Booz.

--Le llevaré a Atol un presente, una zamarra de piel que confeccioné para él por si algún día volvía a verlo.

--Le gustará. Anda, sal pronto.

Y Ilia, una vez que hubo cogido todo aquello que consideró necesario para el viaje, partió río arriba en su misión de paz, aunque en su pensamiento sólo un deseo la impulsaba: reunirse de nuevo con Atol.

Capítulo

Cuando Alceo regresó, Manía le dijo lo que había acordado con Ilia. Alceo n o se enojó por ello, pero opinó que había sido imprudente dejarla partir sola,

expuesta a todos los peligros de un viaje tan largo. Manía sonrió y le dijo:

--No estará sola; tiene animales amigos que la protegerán.

Alceo no supo en aquel momento comprender de qué animales se podía tratar. Sabía que tanto Mania como el resto de sus hijos parecían ser bien acogidos por algunos animales, mientras que a él le costaba ganar su confianza. Confió en las palabras de Mania y también en el éxito de su misión.

Llevaba Ilia media jornada andando río arriba y entonces se acordó de lo que su madre le había dicho. Quiso probar y llamó a Tor: ¡Tor, Tor!, gritó alto en todas las direcciones. Al poco tiempo, oyó ruido de ramas cercanas. Dirigió su mirada en la dirección que procedían los sonidos y vio un gran mono que se acercaba saltando de rama en rama. Enseguida Ilia supuso que aquel mono era Tor. Cuando el mono estuvo a su lado, Ilia le tendió la mano. El mono se la cogió y juntos caminaron.

Ilia no sólo se sintió acompañada, Tor hablaba con sonidos que Ilia parecía comprender, y aunque ésta no respondía de la misma forma, Tor interpretaba sus palabras por las inflexiones de voz, los gestos que acompañaban, las miradas y las sonrisas. Tor se mostraba complacido. En ocasiones Tor le soltaba la mano y se adelantaba para indicar a Ilia un mejor camino, o para subirse a un árbol y coger una frota en sazón, o para saltar mientras chillaba para ahuyentar algún animal que quería unirse a la comitiva.

Ilia, sin tener una percepción del porqué de su sentimiento, lo consideraba como algo cercano, tan próximo como su propia familia. Ni la abuela Fez ni su madre Mania hablaron nunca de aquel gran mono que fue el origen de una sangre que ahora les impulsaba a sentirse cercanos, más allá de la apariencia.

Y así, venciendo algunos contratiempos menores que se presentaron y que Tor supo resolver. alcanzaron el primitivo campamento que Booz y su familia habían abandonado en su huida. Gran desolación se manifestó

en el rostro de Ilia. Si se habían ido, ¿adónde, en qué dirección? Ilia se puso a caminar cercana a la orilla del río, pero Tor, que había estado inspeccionando el terreno, la tomó de la mano y, para su sorpresa, la condujo hacia el interior, alejándose de la orilla. Ilia no puso obstáculo y le siguió, persuadida de que Tor poseía especiales cualidades de rastreador que ella no tenía. Cuando Ilia vio que Tor caminaba resuelto, sin vacilar, se sintió más tranquila y esperanzada.

Una jornada más de viaje y Tor señaló a Ilia con gestos y sonidos una dirección, luego él, incomprensiblemente para Ilia, se subió a un árbol y se quedó allí, mirando para Ilia sin hacer ningún gesto ni emitir ningún sonido. Ilia pensó, y sus pensamientos le indicaron que Tor le había querido decir que el campamento de Booz estaba cerca, en la dirección que le había indicado, y que él prefería no acompañarla en ese tramo final, quien sabe si por temor a no ser bien recibido por una familia que no llevaba su sangre o por no perjudicar las expectativas de Ilia con aquel otro

macho del que tantas veces le había hablado durante el viaje.

Ilia le sonrió para darle a entender que había comprendido y Tor le volvió la cara en señal de aceptar lo que iba a hacer, pero al mismo tiempo de disgusto por esa decisión de Ilia. Ilia caminó alejándose mientras pensaba en esto último.

Había Ilia atravesado una zona boscosa, cuando, de pronto, se abrió un claro en forma de pradera llana, y a lo lejos Ilia pudo divisar lo que le pareció un campamento rudimentario. Observó con mayor detenimiento intentando percibir algún movimiento. Y, en efecto, aunque estaba lejos, pudo claramente ver que allí había personas que iban de un lado a otro. Sólo podía ser Booz y su familia, eso fue lo que el pensamiento de Ilia determinó que eran. Con gran excitación aceleró el paso. A medida que se acercaba las imágenes le dieron la certeza que deseaba toda ella. Ya sólo quería ver a Atol y lo buscaba entre aquellas figuras, no del todo precisas. Ilia no sabía lo que Booz

había intentado hacer con su padre, por lo que no temía un mal recibimiento por parte de éste, aunque ya no estaba tan segura de que aceptara que Atol se uniera a ella. Recordaba que antes de que los abuelos decidieron separar a las dos familias, Booz no veía con buenos ojos el verlos juntos y que con cualquier excusa llamaba a Atol a su lado. Pero había pasado tiempo, ya no eran unos niños y todo podía haber cambiado. Confiada, Ilia se fue acercando más y más. En un momento, ya en loca carrera hacia el campamento, divisó a Atol. Aunque bastante más alto, aún mantenía rasgos inconfundibles: su cabellera rubia, su cuello de longitud excepcionalmente largo comparado con todos los humanos que ella había conocido, su nariz afilada… Sí, es él, pensó Ilia, y ya no pudo reprimirse. Grito alto llamándole: ¡Atol, Atol!. La llamada llegó a los oídos de Atol y éste se volvió hacia el lugar de donde procedía. Entonces vio a la joven Ilia, y dejando un capazo que portaba en sus manos, corrió hacia ella. A pocos pasos, se paró y la contempló.

Cuando la hubo reconocido, sonrió y no pudo decir más que ¡Abila!. Los dos recorrieron la distancia que les separaba y sus manos se tocaron. Ilia sacó de su zurrón la prenda que había hecho para él. El se la puso y los dos rieron de buena gana al comprobar que le estaba pequeña; Ilia había subestimado cuánto podía haber crecido Atol en todo ese tiempo.

--Haré que puedas llevarla, Atol, soy muy buena para hacer prendas de vestir.

--Me gusta mucho, Abila, pero más que hayas venido. ¿Por qué lo has hecho, lo saben tus padres?

--Sí, Atol, vengo para ofrecer a tu familia el deseo de la mía de que volvamos a unirnos, ahora que faltan los abuelos, los únicos en mucho tiempo que nos unieron con sus noticias.

--Es un buen pensamiento, Abila, y espero que la mía esté alegremente dispuesta al reencuentro.

--Y también he venido por ti, Atol. No he dejado de pensar y hasta soñar en este momento.

--Yo también lo deseaba, Abila.

--Atol, ya no me llamo Abila; mi padre decidió que me llamara Ilia.

--Ilia. Me gusta ese nombre, Ilia. Yo te llamaré también Ilia, que es como si al cambiar tu cuerpo hubiese cambiado tu nombre.

--Entonces también te gusta mi cuerpo. A mí me gusta mucho el tuyo, Atol. Eres un hermoso animal humano.

--¿Te quedarás ya con nosotros? –preguntó Atol.

--No, Atol, debo volver con los míos para dar cuenta del acuerdo.

--Entonces volveré contigo para devolver tu visita.

Y así, con diálogos simples llenos de afecto y sintonía, se acercaron al campamento. Booz al verlos, nervioso, preguntó:

--¿Eres Abila? ¿Dónde está tu padre Alceo? ¿Ha venido contigo?

--Padre –dijo Atol—Ilia, ahora se llama Ilia ha venido sola, y será ella la que te diga cuál es su misión.

En eso se acercó Helí, que en un primer momento no se había apercibido de lo que sucedía. Detrás de ella, Khal

y el resto de los hermanos se fueron acercando curiosos.

--Madre -se anticipó Atol—Esta es Ilia, nosotros la llamábamos Abila, y ha venido enviada por sus padres.

Heli la miró sostenidamente, como queriendo reconocerla. Algo debió ver que le resultó familiar que le sonrió. Luego, le dijo:

--Bienvenida, Abila, o Ilia. ¿Qué nuevas nos traes de la familia de Alceo?

Booz esperaba intranquilo las palabras de Ilia, y ésta comenzó a hablar.

--Mis padres me envían para restablecer los lazos de familia. Consideran que no hay motivos para que vivamos alejados los unos de los otros. Por parte de ellos, si hubo algún motivo de desencuentro en el pasado, ellos lo dan por olvidado.

Booz intervino.

--Los motivos, aunque no se expongan, no se olvidan, y siempre surgirán como reproches. La paz no tiene por

qué significar hermandad; tan sólo no vernos como enemigos.

Ilia añadió:

--También vengo a entregarme a Atol si él quiere recibirme como compañera. Formaremos una nueva familia y con ella nacerán lazos nuevos que nos unan.

Helí intervino.

--Vosotros y nosotros no somos iguales, y esa diferencia siempre será motivo de conflicto.. No sé lo que piensa Booz, pero yo no estoy conforme en esa unión que propones.

Booz, que parecía ausente de las ultimas palabras de Helí, habló por sí mismo.

--¿Y dónde viviríais, con Alceo o con nosotros?

--Ocuparíamos el campamento de los abuelos, a mitad de camino entra ambos –respondió Atol y siguió—Así podríamos visitarnos cuando el deseo nos impulsara a ello.

--Pero Booz..., ¿Quieres decir que estás conforme? Pregunto sorprendida Helí.

--Sí, estoy conforme. Llevo demasiado tiempo con el peso del odio como para no sacrificar a un hijo, si éste me libera de él. Ilia, dile a tu padre que le tiendo mi mano y que recibo la suya. Dile, también, que viviremos en nuestros respectivos lugares hasta que haya motivos para unirnos.

Helí dio media vuelta y se fue de la reunión; evidentemente no era aquello lo que esperaba de Booz y tampoco lo que ella quería que fuese.

Atol, con expresión feliz, lo mismo que Ilia, se cogieron de la mano; aquel acto oficializaba su unión, pero no la eliminación de los sufrimientos que, presumiblemente, habrían de venir después.

Atol se dirigió a su padre.

--Te pido, padre, que dejes descansar esta noche a Ilia con nosotros, pues debe estar cansada de tan largo viaje, y mañana me gustaría volver con ella para que Alceo escuche tus palabras de mi boca.

--Sea como dices, Atol. Sé bienvenida, Ilia, y descansa. Diré a Helí que prepare una buena comida para celebrar este buen día que nos has traído.

Mientras Booz regresaba tras los pasos de Heli en dirección a la tienda, Atol presentó a sus hermanos, admirados estos de contemplar a la bella Ilia.

Cuando Booz entró en la tienda encontró a Helí llorando.

--¿Qué te sucede, Helí? –le preguntó Booz.

--Has entregado a nuestro primogénito a un medio mono, ¿es que lo has olvidado?

--No lo he olvidado, pero Ilia es una bella criatura, dulce y valerosa, que se ha sacrificado para traernos la paz. Su sangre, lo ha demostrado, es mejor que la nuestra.

--Podías haber dado a Khal en lugar de Atol. Le has dado lo mejor de nosotros.

--Pienso que no eres justa. Todos tus hijos y mis hijos son lo mejor de nosotros. Tus preferencias por Atol son estériles, propias de una hembra encelada. Prepara una

comida con lo mejor que tengamos para celebrar la suerte que Atol ha tenido al elegir una mujer que no fue antes de otro macho.

Y Booz salió de la tienda para preparar el fuego.

Helí, que no había comprendido bien el sentido de las últimas palabras de Booz, masculló unas palabras llenas de odio y determinación: “¡Se lo diré, se lo diré antes de que se vaya con ese medio animal!”

Helí salió de la tienda y vio que Ilia jugaba con sus hijos mientras Atol contemplaba feliz la escena. Llamó a su hijo.

--Atol, necesito tu ayuda.

Booz se volvió y la miró con expresión severa, pero no dijo nada y siguió encendiendo el fuego.

Atol dejó el alegre grupo y fue en dirección a la tienda. Helí entró delante, y ya dentro, esperó a su hijo vuelta dacha la puerta. Cuando Atol entró, se quedó mirando a su madre. Sus pensamientos dedujeron que no era ayuda lo que necesitaba sino que quería hablarle a solas. Se dispuso a escuchar, preocupado de que su

madre no tuviese la expresión feliz que tenían los demás..

--Atol, vas a equivocarte uniéndote a esa... Tú padre y yo tenemos firmes pensamientos sobre su procedencia. Tú no conociste a Mania, su madre, cuando nació. Era igual que un mono, y luego, cuando creció, su comportamiento fue igual que un mono: no hablaba, aullaba como ellos, se subía a los árboles con la misma agilidad que ellos…

--Madre –interrumpió Atol—Me habéis hablado del Señor de todas las cosas, pero nunca me dijiste cómo el Señor dispuso que fueran las cosas. Me enseñaste a respetar sus decisiones. Todo lo que yo hago pienso que el Señor lo guía. Y por lo mismo que os tengo afecto, el afecto que siento por Ilia debe ser porque el Señor así lo ha dispuesto.

--Está bien, Atol, sea como quieres, pero si tienes algún descendiente más parecido a un mono que a un humano, acéptalo por ser deseo del Señor.

Las sutiles palabras de Helí quedaron sembradas en la mente de Atol como mala cizaña. La madre no se daba cuenta que no evitarían que su hijo se fuese con Ilia y que, en cambio, acababa de regalarle un pensamiento envenenado, y sólo por sentirse despechada por otra mujer.

Como Atol saliera pronto de la tienda, Booz y Ilia le miraron tratando de leer sus pensamientos. No supieron de qué podrían tratase, pero por la expresión de su rostro pensaron que dentro de la tienda Helí le había dicho algo que había borrado por completo la expresión previa de felicidad del joven.

Ilia se acercó a él y quiso tomarle la mano, pero Atol sigió caminando, alejándose de todos.

Ilia, confundida, miró a Booz esperando que éste le diera algúna clave de lo que sucedía. Booz le dijo con un gesto que esperara y se dirigió a la tienda.

--¿Qué le has dicho a Atol, Heli?

--¿Por qué lo preguntas? ¿Ha cambiado algo en nuestro hijo?

--No respondas preguntando. Dime, ¿qué le has dicho?

--Lo que una madre debía decirle; luego, que haga lo que quiera.

--Le has hablado de la sangre. Le has hablado de lo que sospechamos. Te voy a decir algo que no sabes. No sé si la sangre es importante como para que la tengamos en tanta estima, pero ha sido mi sangre, nuestra sangre, Heli, la que ha hecho cosas que ni los animales harían.

--No sé a qué te refieres.

--Recuerdas que nos fuimos precipitadamente del anterior campamento, ¿verdad? . Pues el motivo fue porque intenté sepultar en una sima a Alceo para dominar a sus descendientes y ponerlos a nuestro servicio, para que trabajaran para nosotros. Alceo consiguió salir y pensé que querría vengarse, por eso decidí alejarme de la orilla del río, donde fácilmente nos encontraría, y vinimos aquí. Desde entonces no he podido descansar por la doble preocupación: mi condición de fraticida y el temor a su venganza. Ya ves que con la venida de Ilia, medio humana medio animal,

esos pensamientos que me torturaban empezaban a borrarse de mi cabeza. El caso es que lo hice solo, pero sé que habría contado contigo y tú también habrías sufrido lo mismo que yo. Siento no habértelo dicho, porque tú ahora también verías a Ilia como una liberación, y no como la ladrona de tu hijo..

Heli, con la cabeza baja, escuchó las palabras de Booz. Por más que no fuese tan inteligente como él, ahora se daba cuenta de lo que había hecho. No sabía cómo remediarlo, pero levantando la cabeza, miró a Booz y le dijo:

--Tú me enseñaste que éramos superiores; tú fuiste el primero en tener esos malos pensamientos sobre Mania; tú el que pensó en hacer esclavo a Alceo con tus falsos sueños y el Señor. Soy obra tuya, como tú has querido que fuese. Pero entiendo lo que dices. Somos peores, aunque nuestra sangre sea solo humana. Intentaré borrar ese pensamiento de Atol.

--No lo hagas diciéndole a él lo que te he contado y lo que tú misma piensas, sólo conseguirías que Atol nos odiase.

--No lo haré. Si ante ti me sentía feliz de tenerte como eras, ante mi hijo me avergonzaría de los padres que tiene..

Y Helí salió de la tienda en dirección a donde estaba Ilia. Con su mejor sonrisa, le pidió que le ayudase a hacer la comida. Ilia, vacilante en un primer instante, aceptó también con una sonrisa. Pero ni Atol ni Booz captaron aquel gesto de ambas. Booz lo habría interpretado, pero Atol se habría quedado más confundido de lo que estaba.

La comida transcurrió en un ambiente tenso. Booz no habló y Atol se mostró ausente. Ya al final, cuando procedía retirarse a descansar, Helí le dijo a su hijo:

--Atol, toma las mejores pieles y haz con ellas un lecho. Llévate a Ilia a la espesura de ese bosque y que sea tuya y tú de ella.

Todos miraron a Heli sorprendidos. Atol se levantó al tiempo que le tendía la mano a Ilia. Pero en su rostro se dibujaba una sombra y no la feliz expresión que habría sido de esperar de tan generosa concesión por parte de su madre. Ilia, sin comprender aquel gesto frío de Atol, se dejó llevar.

--¿Qué te sucede, Atol? --le preguntó Ilia cuando entraron en la tienda.

--Estoy confundido, Ilia. Mi madre me dijo algo terrible que no puedo quitar de mi cabeza. No puedo ser todo lo feliz que debiera en estos momentos.

--¿Y qué es ello?

--Mis padres suponen que tú desciendes de un mono. Mania, tu madre, parece que descendió de un mono y no del abuelo Arat..

--Dices que suponen, no que afirman. Te diré algo. Es posible que estén en lo cierto, de lo contrario no se comprendería que yo entienda el lenguaje de los monos, que ellos entiendan el mío, que un mono, a mi llamada, me haya protegido durante todo el viaje, que

me guste subirme a los árboles para coge la fruta, pero si tú me estimas por lo que conoces de mí y yo lo mismo por lo que conozco de ti, ¿qué cambiaría saber eso, incluso dado por cierto, lo que tú piensas de mí o yo pienso de ti? Por la misma razón yo, mitad mono, debería rechazar tu sangre sólo humana.

--Tus pensamientos son justos, Ilia, pero incompletos. ¿Qué tendía yo que sentir si un descendiente nuestro se pareciera más a un mono que a un humano?

--No puedo decirte lo que debieras sentir, Atol. Si eso sucediera, ese hijo no se avergonzaría de sí mismo, y estaría orgulloso de nosotros, sus padres, por haberle dado la vida. Te puedo asegurar que en muchos comportamientos y habilidades, los monos nos superan. ¿Por qué te dijo Helí, tu madre, esto que me cuentas?

--No veía con buenos ojos nuestra unión.

--¿Y por qué crees que ha estado tan amable conmigo primero y con los dos después?

--No lo sé, y también eso me sorprende. Quizá lo ha pensado de otra forma.

--Seguro que lo ha pensado de otra forma, con pensamientos justos, y ya no ve obstáculo para nuestra unión.

--Será así. Dame tiempo para que yo lo piense de otra forma.

--¿Me admitirás esta noche en tu lecho?

--No deseo otra cosa, Ilia.

--Pues hazme tuya como yo te haré mío.

--Sí, Ilia, así será.

Pero las palabras que responden a los deseos pocas veces responden a los sentimientos. Atol no podía dejar de desear a Ilia, pero un sentimiento de frustración se había instalado en su corazón. La perfección de Ilia quedaba menoscabada por una sangre corrupta. Atol, al lado de Booz, había llegado a pensar que su especie, y él en concreto, era divina, poco menos que dioses, y él, ahora, iba a aceptar como compañera un medio animal. Aún así, el deseo de poseerla era grande y no

se mitigaba por consideraciones puramente especulativas. Parecer no es ser, se dijo a sí mismo para demoler el muro que su pensamiento había levantado entre ella y él.

Fríos, como si salieran de una muerte aparente que tarda en desaparecer, se cogieron de la mano. Luego, en silencio, sin prisas, escogieron unas pieles y salieron de la tienda. Pasaron por delante de Booz, de Helí, de los hermanos y se dirigieron al bosque

Capítulo 14

Ilia y Atol se internaron en el bosque sin haber cruzado una palabra entre ellos. Ilia pensaba que Atol nunca sería el mismo, y que ella no sabía cómo cambiar su pensamiento para que todo fuese como antes. Atol estaba confuso. No estaba seguro de si los pensamientos debían modificar los sentimientos. Porque sus sentimientos hacía

Ilia no habían cambiado. Pareciera que los pensamientos, en esta ocasión, eran malos, porque no le dejaban disfrutar de tener a Ilia a su lado. Como bien había dicho Ilia, él era el mismo que ella deseaba para sí, e Ilia era la hermosa mujer que él había soñado siempre. ¿Por qué, entonces, sus pensamientos le imponían restricciones al gozo de tenerla? Esos eran los pensamientos de Atol, entremezclados con otros que le recordaban la probable ascendencia de Ilia.

Ilia temía que Tor apareciera. Sabía que estaba por allí y no estaba segura de su comportamiento cuando, como había intuido, Tor había mostrado estar celoso al separarse de él e ir en pos de aquel humano del que le había hablado entusiasmada durante el viaje. Miraba, Ilia,a las copas de los árboles, donde seguramente estaba oculto observándoles. Quizá, si sólo ella lo veía, le podría hacer señas para que se alejara. ¿Lo haría? ¿Esa decisión sería la consecuente con la ayuda que le prestó durante el viaje?

Atol se paró en un llano limpio de maleza, y dirigiéndose a Ilia, le dijo:

--Ilia, éste es un buen lugar para que descanses. Extenderé las pieles y podrás dormir; yo vigilaré para que nada malo te suceda.

Ilia asintió, aunque no esperaba de Atol una tal frialdad. Ilia hubiese querido que Atol le demostrara que nada le impedía desearla, como ella lo deseaba en aquel instante. Pero quizá fuese mejor así, en aquel momento, y no provocar más los celos de Tor si estaba por allí. Ilia se sintió infeliz de tener a Atol tan cerca y al mismo tiempo tan lejos.

Tor vigilaba inquieto, oculto en la fronda. Era un simio muy inteligente, sin duda. Sabía que poseía más fuerza que un humano, pero atribuía a estos mayor capacidad para las estrategias de lucha. Adulto que era, toda su gran inteligencia era la comparable a la de un niño de mediana edad. Poseía instinto, quizá más desarrollado que el humano. Sus pulsiones sólo las motivaban el instinto de supervivencia y dominio del territorio en el que se consideraba el macho dominante. Pero aquel no era su territorio, y la humana Ilia sólo representaba una

afinidad con un instinto poco desarrollado, aunque suficiente como para que aquella hembra no le fuese indiferente.

Ilia, muy cansada, pronto quedó profundamente dormida. Atol la contemplaba tratando de encontrar en sus bellas facciones algún rasgo que le hiciese pasar de la sospecha a la certeza. Como no lo encontrara, bien al contrario, todo era perfecto en su física apariencia, poco a poco sus paralizantes pensamientos se fueron disipando y otros, más acordes con sus sentimientos, fueron guiando su deseo. Con cuidado de no despertarla se acostó a su lado, a su espalda, y le puso su brazo por encima. Como Ilia no se moviera, Atol, animado, acercó más su cuerpo al de la joven. Aquella fusión sólo era una aproximación al difuso objetivo del sexo al que le guiaba su cuerpo, más que su pensamiento. De pronto, un rugido a su espalda, puso a Atol en otra realidad distinta, también llevado a ella de la mano del instinto. Ilia seguía dormida. Atol se volvió de forma casi instantánea y permaneció sentado

mientras trataba de ordenar las imágenes imprecisas que captaban su ojos. Allí, a pocos pasos, una cosa extraña estaba parada. Pero aquella mole oscura tenía dos ojos pequeños que reflejaban la poca luz de la noche. El siguiente movimiento de Atol fue incorporarse como por resorte. Ya su mente había formado la idea en torno a un animal primero y seguidamente a la de un enorme mono que se mantenía erguido, inmóvil como el muñón de un grueso árbol quemado. Atol recordó al mono del que le había hablado Ilia. Sopesó a ráfagas de pensamiento la actitud que tendría el animal a continuación. Si había sido tan amistoso con Ilia, no tenía por qué no serlo igualmente con él. Pero por si no lo era por ser él sólo humano, pensó en sus posibilidades de imponerse. No estaba muy seguro de vencerlo cuerpo a cuerpo; era demasiado grande. Decidió utilizar una estrategia que le confundiera. Atol había observado que los monos cuando quieren reafirmarse ante sus enemigos se golpean el pecho con los puños, como si fuese un

tambor. Y Atol hizo lo mismo. Fuese porque ese acto intimidara al simio o por la propia confusión del mono ante tan inesperado gesto, el animal dobló su cuerpo, se puso a cuatro patas, giró en redondo y se fue a ocultar en la espesura. Atol pensó que le había vencido y de ello se sintió orgulloso. Mientras regresaba de nuevo al lecho donde yacía Ilia, Atol pensó en lo mucho que le habría gustado que Ilia hubiese observado su superioridad. Tanto ocupo su mente rememorar aquel suceso, que el deseo sexual ya no volvió y el sueño le venció.

Ilia despertó con las primeras luces, vio que Atol estaba plácidamente dormido a su lado y se sintió apenada. ¿Qué tendría que suceder para que Atol la deseara?, se preguntó. Ilia abandonó el lecho y caminó bosque adentro. Quería comprobar si Tor estaba por allí. Y lo vio, aparentemente dormido, sobre la horquilla que formaban dos ramas. Le llamó a media voz: "¡Tor!" El simio abrió los ojos con desgana y la miró, pero siguió inmóvil como estaba. "¡Tor, baja de ahí!", repitió Ilia.

Y Tor siguió allí, indiferente. “¡Baja, te necesito!”, insistió Ilia. Y Tor inició unos perezosos movimientos para bajar. Cuando estuvo en el suelo, frente a Ilia, volvió la cabeza a un lado, en clara muestra de estar molesto con la joven, y así fue interpretado por ésta. “Tor, buen amigo, no puedo ser tuya como pretendes. Antes de conocerte, Atol ya era mi dueño y sólo soñaba con él. Si me estimas, quisiera pedirte algo muy importante: que seas su amigo como lo eres mío y que nos protejas en el viaje de vuelta. ¿Lo harás?” Tor siguió en la misma posición. Ilia, pensado que se le pasaría el enfado, le dijo: “Tor, debo volver con Atol. Sé que cuento contigo”. Cuando Ilia estaba a alguna distancia de donde había dejado a Tor, se volvió para decirle un último adiós. Ilia vio, entonces, que Tor había girado la cabeza para verla partir, pero Ilia sintió gran tristeza.

Atol se despertaba cuando Ilia se acercaba.

--¿De dónde vienes, Ilia? –preguntó Atol cuando la tuvo cerca.

--He estado con mi amigo Tor. Estaba segura que no permanecía lejos de mí.

--Tu mono me atacó anoche, mientras dormías, pero le vencí. Está claro que tiene más que ver contigo que conmigo.

--¿Que te atacó? ¿Y por qué te atacó? Tor sólo me defiende de los peligros, y tú no eras un peligro. Lo he visto y no tenía señales de lucha.

--Me planté delante de él e hice lo que hacen ellos, darme golpes en el pecho. Huyó al verme.

Ilia no pudo menos de reírse mientras le decía:

--Ayer renegabas de que yo tuviera sangre de simio y tú, Atol, trataste de imitarlos Terminarás durmiendo en las ramas de los árboles, como .ellos.

Y la joven Ilia, sin reprimirse, volvió a reírse. Atol, algo confundido, .la miró severo, mientras le decía:

--Ilia, no te burles de mí. No es lo mismo ser que parecer.

--Y tú, Atol, dime: ¿Yo soy o te parezco?

--No estoy seguro que seas pero si estoy seguro que no te pareces.

--Pues te llevo ventaja: yo estoy segura que no eres pero haces por parecerte. ¿Debo rechazarte por ello?

Y Atol, sumisa la expresión, sólo acertó a decir:

--Ilia, perdóname, soy menos leal y más torpe que tu mono.

Ilia le tendió las manos y Atol se las cogió. Ilia pensó que Tor la seguía ayudando.

Los dos jóvenes regresaron. Tenía que recoger las cosas que llevarían en el viaje al campamento de Alceo y Mania. Heli, solícita, se aprestó a sugerir y ayudar en lo que estaba a su alcance. Atol hubiese querido que su madre le explicara el porqué de aquel cambio experimentado en tan poco tiempo, pero cuando intentó hablar a solas con ella, ésta se disculpó con evasivas. También le hubiese gustado hablar con su padre, al que, en definitiva, le culpaba de sus malos pensamientos. No había salido de él el considerarse superior, había sido su padre el que siempre le habló de

esa superioridad, y ahora le costaba deshacerse de esa idea, en su momento complaciente y que ahora le atormentaba.

La despedida no fue alegre ni triste sino contenida en expresiones de ánimo. Para Helí, seguramente, porque ahora pesaba más el sentimiento de pérdida de su hijo predilecto que cualquier otra consideración. Para Booz, puede que por la claudicación ante una oferta de paz que no había surgido de él y que no era tan noble como la intención de Alceo. Para los dos jóvenes, porque había aún un vacío de comprensión entre el ellos.

Y se pusieron en camino, cabizbajos, conscientes de que no era la forma que ellos hubiesen querido para emprender una vida juntos como habían soñado.

Tomaron la vereda que transcurría al lado del río a indicación de Atol, en lugar de la que había escogido Ilia para llegar, a indicación de Tor. Ilia no se opuso, pues la única razón que podía darle era que Tor estaría esperando tierra adentro, en la fronda del bosque. Ilia

presentía que a Atol no le gustaba la sola mención del simio. Pero Ilia sentía perderle, y miraba continuamente en la dirección que suponía estaría. Sólo confiaba que el instinto de su amigo Tor le hubiese hecho vigilar todos los pasos que dieran desde el instante en que abandonaron el campamento y se mantuviera vigilante y cercano.

--¿Qué nos hace diferentes a lo humanos respecto de los animales? –preguntó Ilia, cansada de caminar en silencio.

Atol la miró antes de responder, siguió andando, y cuando Ilia ya no tenía esperanza de que hablara, Atol habló:

--Si son humanos, no son animales, esa es la diferencia; lo mismo que si son humanos o animales no son árboles.

Ilia no dejó de aprovechar la ocasión de profundizar en aquellos pensamientos.

--Lo que tus pensamientos quieren decir es que existe algo entre nosotros, los animales y los árboles que nos

diferencia. Te pregunto: ¿podrían los humanos o los animales tener descendientes con los árboles?

--Claro que no –respondió Atol sin dudar.

--Sí, yo también lo pienso así. ¿Pueden tener los humanos y los animales descendientes si se unen?

--No en todos los casos, pero… quizá sí entre los humanos y los monos –dijo Atol sin mucha convicción en sus palabras.

--Pensemos en esa posibilidad. Pensemos que la abuela Fez tuvo a mi madre de la unión con un mono. Luego mi madre y mi padre me tuvieron a mí. Si hubiese sido así, yo tendría tres partes de humana y una de mono. Pero, según tú, yo no tengo ningún aspecto que te recuerde a los monos, sólo los que yo te he nombrado. Y los que yo te he nombrado son buenos, pues hago cosas que no hacen los humanos; mejor que no pueden hace, como comprender el lenguaje de los monos. ¿Es ésta la diferencia que tú valoras negativamente para rechazarme?

--Yo no te rechazo, Ilia, la aprueba la tienes en que estoy contigo. Pero mi padre me enseñó que somos superiores a los animales, incluidos los monos, y no puedo menos que pensar que mis descendientes ya no serán superiores.

--Tu padre no sólo pensó en ser superior a los animales sino también a mi padre, habiendo descendido, como él, de nuestros abuelos. Y todo por pensar que había sido el elegido del Señor. ¿Piensas, acaso, que el Señor, que hizo a los humanos diferentes a los animales, nos hizo también diferentes entre los humanos?. Espera, no me respondas. ¿Piensas que el Señor no pudo decidir la unión de la abuela Fez y un mono? Y si fue así, ¿cómo pudieron tener descendientes?

--Puede que seamos parecidos pero no iguales.

--Sí, parecidos pero no iguales. Y de esa desigualdad, supuestamente, nací yo. Sin embargo, a ti sólo te preocupa que tus descendientes conmigo ya no sean superiores como tú, como pensó serlo tu padre respecto del mío. Tú siempre me quisiste sin tener eso presente

en tus pensamientos, porque te diste cuenta que esos pensamientos de tu padre no eran suficientes como para despreciarme. ¿Por qué yerras igual que tu padre al creerte superior?

--No lo sé, Ilia. Tus pensamientos diluyen los míos como tierra en el agua, pero el resultado es un pensamiento parecido al agua sucia. No puedo evitarlo.

--Si me dejas, Atol, yo te demostraré que de igual forma que de la tierra y el agua moldeamos utensilios que apreciamos como buenos para mejorar nuestras vidas, de tu unión y de la mía nacerán hijos que serán mejor que agua y tierra por separado, mejor que tú y yo contemplados por separado.

A continuación de las últimas palabras de Ilia, se restableció el silencio entre ambos, pero con una ligera diferencia: Atol cogió la mano de Ilia, y así, en silencio, caminaron. Seguramente los pensamientos prefirieron, por separado, buscar puntos de concordancia.

Y debieron encontrar esa convergencia necesaria para permitir que dos cuerpos se encuentren más allá del deseo estéril, porque aquella primera noche del viaje, Atol poseyó a Ilia con la más limpia de las voluntades.

Tor siguió los acontecimientos a distancia, pero aquel no era su territorio y no intervino para intentar modificarlos, sólo se sintió abatido, también por sus pensamientos.

Capítulo 15

Ilia y Atol continuaron el viaje envueltos en una sensación de plenitud. Atol recogía flores y las prendía en el cabello de Ilia. Ilia, con facilidad que admiraba a Atol, se encaramaba a los árboles para coger la fruta en mejor sazón. Parecían no tener prisa por llegar. Estaban viviendo momentos en los que nadie, excepto ellos, importaba, y si no fuera que, en ocasiones, tenían ráfagas de pensamiento que les apartaba de aquella especie de ensoñación que vivían, puede que todo lo que hubiesen hecho fuese caminar en círculo, única forma de no distanciarse, al menos en sus pensamientos.

Tor, nervioso, se mantenía lo suficientemente alejado para no ser visto. En ocasiones, tomaba una rama y la partía. Sin duda vivía momentos de tensión que

descargaba a su manera, una forma, ciertamente considerada, que no importunara a Ilia.
Probablemente Tor, que veía a Ilia contenta, no haría nada que la entristeciera, aunque esto no fuese suficiente para sentir consuelo él mismo.

Porque no debe haber mayor paradigma de la tristeza que un simio triste. A mitad de camino en una evolución suspendida para él, verá que el humano de hoy intenta, por todos los medios, comprobar que sus ancestros primigenios fueron monos, marginando, así, fábulas como las de Booz y, también, por qué no, de Arat y Fez, quienes sucumbieron a los propios sueños en los que se vieron como elegidos. Y el simio, que piensa todo eso, no tiene la consideración que, como hermano de sangre, el humano le debiera.
El relator de esta historia, se revela contra la norma de no especular sobre lo que no concierne, sólo porque quiere, aquí y ahora, rendir homenaje a sus antepasados.

Y partir de este momento, vuelve a ser el humano que no tiene conciencia de ser un simio evolucionado. Queda tan lejano…

Levaban tres jornadas de viaje, y por el poco trayecto recorrido, dieron por pensar que debían dejar las actividades lúdicas y ponerse en serio a caminar. Atol, que iba adelantado, volviéndose de tiempo en tiempo para dar ánimos a Ilia, no advirtió una gran falla en el terreno y fue a dar con sus huesos en el fondo, una fosa de no menos de dos cuerpos de profundidad. Ilia se acercó presta y comprobó que Atol permanecía tendido, inconsciente; se había golpeado la cabeza con una gran piedra que había en el fondo. Bajó con dificultad para auxiliar a Atol, y temiendo que estuviese muerto al ver que no reaccionaba, lanzó un grito de desesperación sólo comparado al chillido de un gran simio ante un enemigo invencible. Fue instintivo, pero el sonido llegó hasta Tor, que lo interpretó como una llamada de auxilio. Tor no lo dudó, y salvando la distancia que les separaba saltando de rama en rama, en

poco tiempo estaba al borde de la zanja. Ilia, que advirtió su presencia, le dirigió una mirada de infinita amargura, más que de súplica en demanda de ayuda. A Tor pareció no importarle lo que veía, Ilia estaba bien y aquel macho que la poseía estaba muerto, debió penar. Tor permaneció impasible mientras Ilia lloraba arrodillada al lado del inerte cuerpo de Atol. Había que sacarlo, en cualquier caso, de aquel sucio y húmedo hoyo, para lo que Ilia aplico todas sus fuerzas en incorporarlo y cargarlo a su hombro. Su esfuerzo no le dio el resultado que esperaba, pues las paredes estaban en extremo resbaladizas, y una vez que lo intentaba, otra que terminaba en el fondo. Agotada, Ilia miró hacia arriba. Su mirada en esta ocasión era de súplica a su amigo Tor. Tor lanzó un gruñido y desapareció de la vista de Ilia. Ilia, impotente, tuvo que aceptar que Tor no la quería ayudar en aquella ocasión. Ya se disponía a seguir la suerte de Atol y permanecer allí hasta la muerte, cuando volvió a oír ruidos que venían de la superficie. Miró hacia arriba esperanzada y vio cómo un gran tronco se deslizaba hacia el interior de la zanja. “Tor”, llamó con voz cortada

por la emoción, y Tor apareció portando el tronco al otro extremo. Ayudó Ilia a encontrar el apoyo seguro y pronto Tor descendió con facilidad por él. Tor hizo los mismos movimientos que Ilia, y cuando tuvo el cuerpo de Atol en su hombro, comenzó a trepar por el palo y pronto había alcanzado la superficie. Ilia le imitó e, igualmente, sin dificultad, salió de la zanja.

Tor depositó el cuerpo en el suelo y aplicó su hocico a la boca de Atol. La sensibilidad de esa parte de su anatomía era grande y capaz de detectar el mínimo aliento que pudiese expeler Atol. Tor gruño casi imperceptible, pero que Ilia oyó e interpretó como una señal de decepción; Atol debía estar vivo y aquella constatación no debió gustar a Tor. Ilia se arrodilló con la ansiedad de quien quiere atrapar la última brizna de vida que se escapa y puso la maltrecha cabeza de Atol sobre su regazo. Tor, mientras tanto, parecía buscar algo en el suelo, y pronto debió encontrar lo que quería, pues dejó de buscar y se acercó a la pareja. Sólo llevaba en su mano una paja delgada y flexible, según

pudo ver Ilia que le miró cuando lo tuvo delante. Tor volvió a gruñir como lo había hecho antes y se sentó frente a Ilia, quedando la cabeza de Atol entre el ángulo de sus patas traseras. Y Tor comenzó a hacer algo sorprendente para Ilia, seguramente para cualquier humano de hoy: metió con mucho cuidado el extremo de la paja en el interior del oído de Atol mientras la hacía vibrar. Era el mismo efecto que hubiese producido un pequeño insecto vivo que se nos hubiese introducido a nosotros en lugar tan sensible. Enseguida Atol comenzó a dar pequeñas sacudidas a su cabeza, que se fueron intensificando cuanto más insistía Tor con su paja vibrátil. Finalmente, Atol movió uno de sus brazos para acercar la mano a su oreja, como lo hubiese hecho cualquier humano o simio ante un molesto huésped no invitado a entrar en semejante lugar. Ilia comenzó a llorar, pero en esta ocasión de alegría. Tor, con su acción, casi de ciencia humana, debía saber que en aquella grave situación de inconsciencia profunda, era importante que el cuerpo utilice no sólo sus reflejos

vitales, sino todos los reflejos que se ponen en marcha ante una situación de supervivencia..Y para ello debía despertar.

Atol salió de su inconsciencia y se vio aún en la proximidad acogedora del regazo de Ilia. Tor seguía allí expectante, como un médico que espera la reacción de su paciente. Atol le miró, todavía no completamente en posesión de todos sus sentidos, y luego miró a Ilia pidiendo con su gesto una explicación. Ilia le sonrió y le pidió que se sosegara.

--¿Qué hace éste aquí? –preguntó Atol cuando ya su voz pudo atender la petición de su mente.

Ilia, con voz entrecortada por la emoción, respondió:

--Este es Tor, nuestro amigo, y vino en tu ayuda cuando yo lo llamé. Ha sido él el que te ha devuelto a la vida, Atol.

Atol cerró los ojos en gesto de abatimiento. Su pensamiento no le ayudaba a comprender lo que Ilia le contaba. Sin abrir los ojos, Atol preguntó:

--¿Cómo fue, Ilia?

--Caíste en un hoyo. Quedaste allí como un cuerpo sin vida. Intenté sacarte, pero no podía. Llamé a Tor para que me ayudara y vino. Él supo cómo sacarte. Luego comprobó que estabas vivo detectando tu débil aliento. Pero tú no luchabas por vivir y, seguramente, te habrías dejado morir al no tener despierta la voluntad. Y Tor supo cómo hacer que regresaras de tu sueño. A mí no se me ocurrió nada de lo que hizo, y tampoco se le habría ocurrido a ningún humano.

Mientras Ilia hablaba, Tor, sin moverse de dónde se había sentado, gruñía levemente cada vez que la joven hacía una inflexión en su voz, pareciendo, así, que subrayaba cada concepto que Ilia expresaba. Cuando Ilia terminó de hablar, Atol abrió los ojos y volvió su rostro hacia Tor. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Tor volvió a gruñir. Seguramente lo que Tor quería expresar, con esos gruñidos, era que lo había hecho por Ilia y no por Atol, al que, en cualquier caso, le consideraba su enemigo, aunque con una probable particularidad: los simios, a diferencia de los humanos,

nunca se aprovecharían de la debilidad del enemigo para vencerle.

Atol tenía una herida en la cabeza de la que había manado sangre y aún se dolía. Aunque mostrando una notable debilidad, no parecía ser preocupante su estado. Ilia se la vendó con una fina tira de piel curtida, poniendo entre la herida y la venda un emplasto hecho con hojas de una planta de efectos narcóticos que ella conocía muy bien y que, aunque no abundaba, no le resultó difícil encontrarla. Tor todo ese tiempo se mantuvo expectante, aunque evasivo a las miradas de Atol. Pareciera que esperaba alguna indicación, algún reconocimiento, sobre todo de Ilia, que no llegaba, estando, como estaba, plenamente ocupada en atender al joven que le había devuelto las ganas de vivir.

Atol, que no dejaba de observar a Tor, habló.

--Ilia, tu mono no parece que se quiera ir de nuestro lado.

--No es mi mono, Atol. Él es tan libre como lo eres tú.

--Tu amigo el mono, entonces.

--¿Y qué es para ti después de lo que ha hecho?

--Sigue siendo un mono. ¿Cómo agradecérselo?

--¿Me preguntas? Entonces no lo sientes.

--No tengo nada que darle y que le pueda agradar.

--Si no sientes afecto por él, no le puedes ofrecer amistad, la única cosa que valdría tanto como su acción.

--Ya tiene la tuya. Pienso que lo hizo por ti. Puedes ver que cuando le miro vuelve la cabeza.

--¿Y si lo hubiese hecho por mí no es igual que haberlo hecho por ti? Yo así lo siento, porque haciéndolo por mí te ha devuelto a ti la vida, que es lo mismo que haberme permitido vivir a mí.

--Así es, Ilia. El brillo de tus pensamientos ilumina los míos.

Dicho lo anterior, Atol se levantó y se acercó a Tor. Tor esperó impasible, mirando a un lado. Atol, entonces, hizo algo que debió complacer a Tor, pues no lo rechazó: con sus manos comenzó a espulgarlo,

acción que recordaba haber visto entre otros monos. Ilia contempló aquella original iniciativa de Atol con la suma satisfacción que mostraba su sonrisa..

Cuando, después de un buen tiempo, Atol cesó en separar sistemáticamente el pelo de la cabeza de Tor, éste, de forma sorpresiva, cogió delicadamente con sus manos la cabeza de Atol y la atrajo hacia sí, y ya que la tuvo al alcance de su boca, Tor alargó los labios y, se supone, besó al joven. Atol, sonrojado, se zafó del abrazo de Tor y miró a Ilia, que reía con todas sus ganas. Se había, así, sellado un pacto de amistad entre Tor y Atol, pero sólo por una razón que concerniera a Tor: la acción de espulgarle significaba que Atol lo consideraba el macho dominante entre los dos y Tor ya no lo tenía por enemigo. ¿Qué podía significar esto en relación a Ilia?

Aquel accidentado día no caminaron. Atol se sentía débil y decidieron acampar. Ilia preparó un lecho de hojas secas y Tor subió a los árboles para coger fruta. Un problema surgió cuando Atol, a indicación de Ilia, se tumbó en aquel

lecho para estar más cómodo. Tor que lo vio, hizo lo mismo, intentando disponer del mejor espacio para él a base de empujar a Atol hacia la orilla. Atol empujaba a su vez para no dejarse desplazar pero Tor lo consiguió, al fin, y Atol ya no insistió más.

--No está muy amistoso –dijo Atol a Ilia, que miraba esperando el resultado de aquella disputa.

--Pienso, Atol, que por algún tiempo deberás aceptar que Tor se cree superior a ti.

--¿Superior a mí? --preguntó Atol.

--Tú estás herido y débil. Recuerda que le espulgaste, lo cual para ellos significa que aceptaste su superioridad. Tor tiene pensamientos sencillos y sus actitudes son la consecuencia de simples consideraciones.

--¿No pensará también que le perteneces?

--Sí, lo piensa, pero tendría que darle muestras de que deseo me posea, para que él me deseara a mí. Actúan así entre ellos.

--¿Dónde vas a dormir? Será complicado que lo hagas entre los dos.

--No será complicado. Cuando me acueste, verás que Tor se va a la otra orilla del lecho y no hará nada si tú no pretendes nada de mí. Hoy debes descansar.

A medias convencido de las palabras de Ilia, Atol permaneció donde Tor le había colocado, de espaldas a los dos. Tor tardó en dormirse. Había luna llena y Tor no apartaba la vista de ella mientras, de tiempo en tiempo, dejaba escapar un leve gruñido.

Cuando las luces del nuevo día despertaron a los dos jóvenes, comprobaron que Tor ya no estaba en el lecho. Se incorporaron hasta quedar sentados y miraron en todas las direcciones, y Tor tampoco estaba por allí. Ilia pensó que habría ido a recoger frutas. Atol pensó que puesto que no había conseguido a Ilia, se habría internado en el bosque al encuentro de los suyos.

--¿Crees que Tor tiene una hembra como yo te tengo a ti? --preguntó Atol mientras miraba a las copas de los árboles.

--Los monos suelen tener varias, y Tor es un hermoso y poderoso macho.

--¿Tan hermoso como yo y más poderoso que yo? Sí, me aventaja en muchas cosas. ¿por qué me prefieres a mi?

--Mis pensamientos no tienen respuesta, Atol. Te prefiero, eso es lo que siento. Quizá porque me has demostrado ser superior en muchas cosas que yo valoro, pero no podría decirte cuáles.

--Si yo no existiera, ¿llegarías a dejarte poseer por él?

--Esa pregunta no se corresponde con mis sentimientos de ahora. Soy toda tuya, sin ninguna duda. Es como si yo te preguntara: Atol, si no existieran hembras humanas, ¿poseerías a una hembra animal para satisfacer tu deseo?

El pensamiento de Atol le trajo varios recuerdos de su pasado, pero eso, lejos de calmarle, le llevó a considerar que todo podía ser, más allá de .de los mismos pensamientos.

--¿Cómo llamar a esto que siento por ti, Ilia, y que sentía incluso en tu ausencia?

--Mis padres decidieron ponerle nombre a todas las cosas que les rodeaban, encontraban o sentían. Ya conocemos el significado de afecto, pero afecto sentimos por nuestros padres, por nuestros hermanos, y hasta yo siento afecto por Tor. Lo que entre nosotros sentimos debería llamarse de otra forma que lo distinguiera, pues es diferente.

--Así es, muy diferente. ¿Cómo quieres nombrarlo?

-- Amor. Es un nombre sencillo. Se dice con la boca abriéndola y cerrándola una sola vez.

--¿Y qué significa eso?

--Si yo digo amor, es como si abriera una puerta para que entraras en mi y luego la cerrara para que no te fueras.

--Amor, amor… Sí, llamémoslo amor. Me gusta. Amor, amor, amor…

Y a partir de entonces, aquel complejo sentimiento,

diferente al afecto, tuvo su nombre, cuyas imprecisas raíces se hunden en los arcanos más viejos de la humanidad, pero que la interpretación de Ilia es la más poética que ha podido imaginar este autor.

Tor, que respetaba la indisponibilidad de las hembras para el apareamiento, comprobada la no receptividad de Ilia, en efecto, se fue de allí internándose en el bosque y siguiendo, probablemente, la llamada que le venía por el aire.

Los dos jóvenes se pusieron en camino después de satisfacer el hambre con la que despertaron. Atol estaba muy recuperado, creyó tener la fuerza necesaria para caminar y no dudaron que debían seguir su viaje.

--¿Puedo llamarte amor en lugar de Ilia? –-preguntó Atol mientras caminaban.

--Sólo si responde a tu sentimiento en ese instante. Sólo si temes que me aleje de tu interior o quieras recuperarme. Sólo para decirme que quieres poseerme.

No me confundas si sólo quieres llamarme.

--Comprendo, Ilia, los nombres deben ser usados sólo por lo que significan.

--Así es, Atol, porque de no ser así, ya no tienen valor para significar lo que sentimos al pronunciarlos o al escucharlos.

Como querían recuperar el mucho tiempo perdido, se esforzaron aquella jornada para llegar al campamento abandonado de los abuelos. Suponía andar, aproximadamente, la mitad del trayecto que necesitaban cubrir para llegar al campamento de Alceo y Mania. También les motivaba un pensamiento: aquel campamento sería su hogar, donde emprender una vida bajo el significado de “amor”.

Capítulo 16

Ilia y Atol llegaron al atardecer, aún con el sol lejos de poniente, al campamento de Arat y Fez. Todo lo que vieron y cada cosa, fue motivo para ellos de gran contento. Iban a ser las primeras cosas que verdaderamente les pertenecían. Encontraron más de las que esperaban, y pensaron que todo aquello de los abuelos era demasiado para ellos y que no habían hecho ningún mérito para disfrutarlo.

--Por cada cosa que hagamos nuestra, deberíamos hacer algo para merecerla --señaló Ilia.

--¿Y qué piensas que podemos hacer, Ilia?

--Hay muchas cosas que hacer. Las pieles están húmedas, y si no se secan pronto se las comerán los gusanos. Los utensilios para hacer la comida están cubiertos de musgo y así no se pueden utilizar. La cabaña tiene rotos por donde entra el viento y el agua y no podremos dormir o guardarnos del agua y del viento. Los arcos para cazar están flojos y habrá que tensarlos. Todo exigirá de nuestra atención, y esa será nuestra forma de merecerlos.

--Sí, así es, no lo había pensado. Nada viene a nosotros cuando lo necesitamos. Haremos todo eso que dices.

--Y algo más. Recordemos siempre a nuestros abuelos que han muerto para que nosotros tengamos ahora sus cosas.

--¿Se debe sentir que alguien muera? Yo sentí que no volvieran los abuelos por nuestro campamento, pero no pensé en su muerte. Si han ido con el Señor de todas las cosas, no debería ser su muerte lo que sintiéramos.

--He pensado en eso, Atol. Pienso que nuestros padres ven en nuestra separación de ellos algo parecido a nuestra muerte, y han de sentirlo, por más que para nosotros sea mejor.

Y con la misma convicción de sus pensamientos, guardaron silencio, única forma de que estos no distrajeran el sentimiento por unos seres queridos que habían muerto, aunque ellos ahora estuviesen mejor gracias a su muerte.

Con extrañeza no exenta de repulsión, Atol probó leche de oveja, o de cabra, que Ilia le trajo de un pequeño rebaño que pastaba en los verdes prados colindantes, animales domesticados por Alceo y por Arat. Recordemos que Booz, padre de Atol, nunca quiso a esos animales para proveerse de leche y que había sustituido ésta por la extracción de jugos de algunas plantas y sus frutos, más por comodidad que por las razones que él diera. Atol prometió a Ilia que pondría todo su empeño en acostumbrase a todo lo que le iba mostrando como nuevo.

Pero ese lugar no era el final de su viaje, al menos por ahora. Como ya era tarde y allí tenían cobijo, decidieron quedarse esa noche y continuar hasta el campamento de los padres de Ilia a la mañana siguiente.

--Atol, amor --dijo susurrando Ilia cuando los dos yacían en el lecho dispuestos dormir.

--¿Me llamas o me deseas?

--¿Tú qué piensas?

--No lo sé. ¿Con qué nombre debo pensar?

--Atol es para dirigirme a ti; amor es para decirte lo que deseo.

Atol se acercó a Ilia, la cubrió con la piel para abrigarla… Y así, muy juntos, se durmieron.

Por la mañana, despertó Atol y no sintió a Ilia a su lado. Se levantó sobresaltado y salió de la choza. Llamó en todas las direcciones: "¡Ilia, Ilia!", pero Ilia no respondió. Y llamó de nuevo, esta vez: "Amor, Amor!. Pero tampoco tuvo respuesta. Desesperado, se puso a correr en todas las direcciones y luego

adentrándose en un bosquecillo cercano: “¡Ilia, amor!” Al fin, encontró a Ilia, inconsciente, sobre un lecho de hojas. Se acordó de lo que Tor había hecho con él, y tomando una paja fina, se la introdujo por un oído mientras la hacía vibrar. Pronto Ilia fue recuperando la conciencia. Cuando pudo hablar, preguntó:

--Por qué estoy aquí?

--No lo sé, Ilia. Me desperté y no estabas a mi lado. ¿No recuerdas nada?

--Sólo que entré en profundo sueño. Que me tomabas en tus brazos y me sacabas de la choza.

--¿Y qué más, Ilia?

--No podía despertarme y todo transcurría en el sueño. Me rodeó una gran luz y ya no puedo decir qué pasó luego. Hasta ahora que he despertado.

Atol se quedó pensativo. Recordó el sueño que su padre, Booz había contado cuando él aún era pequeño. Siempre contaba aquel sueño, aunque la madre les había dicho que eran cosas de su imaginación, pero que no habían sucedido. Sin embargo, Atol no encontraba

explicación a lo sucedió con Ilia. Ilia por sí misma no habría salido de la choza para internarse en el bosque. ¿Podía ser cosa del Señor? ¿Y para qué?. Atol ayudó a levantarse a Ilia y regresaron a la choza.

Cuando Ilia se sintió recuperada, reemprendieron el viaje. Un viaje en el que el silencio acompaño a los dos. Sus respectivos pensamientos no salían de sus bocas. Era como si un muro se hubiese interpuesto entre los dos.

Cuando anocheció, Atol se dispuso a buscar un lugar donde descansar. Ilia buscó qué comer, y cuando comían, ajenos a la presencia del otro, oyeron un ruido que venía de la maleza. Atol se levantó y miró hacía el lugar de donde procedía. Como no viera nada anormal, con cautela se fue acercando. De pronto, una masa negra se incorporó y pudo comprobar que era Tor. "Tor", dijo sorprendido. Tor le miró como nunca lo había hecho. Sus ojos eran como dos brasas de fuego. Antes de que Atol se recuperara de aquella visión, Tor saltó sobre él y le rodeó con sus potentes brazos.

Apenas pudo exhalar un grito. Tor había estrangulado al joven. Lo dejó caer como un fardo y se alejó de allí.

Ilia al ver que tardaba Atol en regresar, caminó en la dirección en que le había visto partir. Cuando le vio inerte yaciendo en el suelo, gritó: "¡Atol". Se agachó para comprobar su estado y acercó su nariz a la boca abierta. Como no percibiera el menor aliento, con desesperación miró a un lado y otro en busca de una paja. Cuando la encontró, repitió la operación conocida, y comprobando que Atol no reaccionaba, dándole por muerto, cubrió su cara con la suya y su larga cabellera, y lloró hasta quedar exhausta. Luego, se quedó a su lado, acostada en el suelo, mirando hacia el cielo, mientras de su boca, apenas salía un susurro: "Amor, amor, amor…"

Pero Ilia, que hubiese querido permanecer allí hasta su muerte, dio por pensar en la única ocasión que Atol la había poseído. "Si llevo a su descendiente en mi cuerpo, no habrá muerto". Y con ese débil pensamiento, se incorporó abrazando la vida, la suya y

la del pequeño Atol. Porque no podía matarlo de nuevo.

Después de tapar a Atol con tierra utilizando sus manos, regresó al campamento, recogió lo imprescindible para emprender el viaje, y acompañada esta vez de su desolación y un germen de esperanza, Ilia se dirigió al calor de su familia.

Anduvo dos días y una noche, aprovechando la tenue luz de la luna llena, y llego al campamento cuando ya oscurecía el segundo. Algunos de sus hermanos la reconocieron aunque estaba muy maltrecha, y gritaron: "¡Ilia!". Mania salió corriendo de la choza. Alceo dejó su ganado y corrió al oír la mágica palabra. Todos rodearon incrédulos a Ilia, que apenas podía sostenerse en pie. Fue la madre la que se adelantó para sostenerla, luego el padre y hermanos para formar todos un haz de brazos en torno a ella. Y así la condujeron hasta la choza, pero antes de traspasar la puerta, Ilia pidió sentarse en su banco favorito, hecho por Alceo vaciando un gran tronco de árbol.

Le dieron de beber leche recién ordeñada y todos esperaron en silencio frente a ella a que las fuerzas le volvieran y pudiera hablar.

--Atol, hijo de Booz y Helí, ha muerto --dijo entrecortadamente con la mirada ausente.

Su familia se miró extrañada ante aquellas incomprensibles palabras. ¿Era eso todo lo que tenía que contar de su viaje?, se preguntaron los padres. Como no seguía hablando, fue Mania la que preguntó:

--Ilia, ¿puedes seguir hablando? Si quieres, tendremos paciencia para esperar.

Ilia fijó sus cansados ojos en su madre, y haciendo un esfuerzo, continuó.

--Atol venía para ofreceros la paz de Booz y Heli. Atol venía para tenerme por su mujer y yo para tenerlo como mi hombre. Atol ha muerto en el campamento de los abuelos, sin que pueda saber cómo o por qué murió. Yo quise morir con él, pero pensé que podía vivir en mí, y eso me dio fuerza para seguir viviendo.

--¿Qué señales de muerte le viste? –preguntó el padre.

--Ninguna, padre, que yo pudiera apreciar. Oímos un ruido tras unos matorrales y se llegó a ese lugar para ver de dónde procedían. Como tardaba en regresar, fui a ver qué sucedía y fue entonces que le vi en el suelo, muerto.

Maia la volvió a abrazar y las dos rompieron en sollozos. Alceo, también afectado por lo que acababa de oír de su hija, entró en la choza para que no le vieran llorar. Los hermanos, mayores y pequeños, alargaron sus manos hasta tocar a Ilia para que ésta sintiera su proximidad. Pasado un tiempo en ese fluir silencioso de sentimientos, Mania condujo a su hija al interior de la choza.

Capítulo 16

Ilia y Atol llegaron al atardecer, aún con el sol lejos de poniente, al campamento de Arat y Fez. Todo lo que vieron y cada cosa fue motivo para ellos de gran contento. Iban a ser las primeras cosas que verdaderamente les pertenecían. Encontraron más de las que esperaban, y pensaron que todo aquello de los abuelos era demasiado para ellos y que no habían hecho nada para disfrutarlo.

--Por cada cosa que hagamos nuestra, deberíamos hacer algo para merecerla --señaló Ilia.

--¿Y qué piensas que podemos hacer, Ilia?

--Hay muchas cosas que hacer. Las pieles están húmedas, y si no se secan pronto se las comerán los gusanos. Los utensilios para hacer la comida están cubiertos de musgo y así no se pueden utilizar. La cabaña tiene rotos por donde entra el viento y el agua y no podremos dormir o guardarnos del agua y del viento. Los arcos para cazar están flojos y habrá que tensarlos. Todo exigirá de nuestra atención, y esa será nuestra forma de merecerlos.

--Sí, así es, no lo había pensado. Nada viene a nosotros cuando lo necesitamos. Haremos todo eso que dices.

--Y algo más. Recordemos siempre a nuestros abuelos que han muerto para que nosotros tengamos ahora sus cosas.

--¿Se debe sentir que alguien muera? Yo sentí que no volvieran los abuelos por nuestro campamento, pero no pensé en su muerte. Si han ido con el Señor de todas las cosas, no debería ser su muerte lo que sintiéramos.

--He pensado en eso, Atol. Pienso que nuestros padres ven en nuestra separación de ellos algo parecido a nuestra muerte, y han de sentirlo, por más que para nosotros sea mejor.

Y con la misma convicción de sus pensamientos, guardaron silencio, única forma de que estos no distrajeran el sentimiento por unos seres queridos que habían muerto, aunque ellos ahora estuviesen mejor.

Con extrañeza no exenta de repulsión, Atol probó leche de oveja, o de cabra, que Ilia le trajo de un pequeño rebaño que pastaba en los verdes prados colindantes, animales domesticados por Alceo y por Arat. Recordemos que Booz, padre de Atol, nunca quiso a esos animales para proveerse de leche y que había sustituido esta de la extracción de jugos de algunas plantas y sus frutos, más por comodidad que por las razones que él diera. Atol prometió a Ilia que pondría todo su empeño en acostumbrase a todo lo que le iba mostrando como nuevo.

Pero ese lugar no era el final de su viaje, al menos por ahora. Como ya era tarde y allí tenían cobijo, decidieron quedarse esa noche y continuar hasta el campamento de los padres de Ilia a la mañana siguiente.

--Atol, amor --dijo susurrando Ilia cuando los dos yacían en el lecho dispuestos dormir.

--¿Me llamas o me deseas?

--¿Tú qué piensas?

--No lo sé. ¿Con que nombre debo pensar?

--Atol es para dirigirme a ti; amor es para decirte lo que deseo.

Atol se acercó a Ilia, la cubrió con la piel para abrigarla… Y así, muy juntos, se durmieron.

Por la mañana, despertó Atol y no sintió a Ilia a su lado. Se levantó sobresaltado y salió de la choza. Llamó en todas las direcciones: "¡Ilia, Ilia!", pero Ilia no respondió. Y llamó de nuevo, esta vez: "Amor, Amor!. Pero tampoco tuvo respuesta. Desesperado, se puso a correr en todas las direcciones y luego

adentrándose en un bosquecillo cercano: “¡Ilia, amor!” Al fin, encontró a Ilia, inconsciente, sobre un lecho de hojas. Se acordó de lo que Tor había hecho con él, y tomando una paja fina, se la introdujo por un oído mientras la hacía vibrar. Pronto Ilia fue recuperando la conciencia. Cuando pudo hablar, preguntó:

--Por qué estoy aquí?

--No lo sé, Ilia. Me desperté y no estabas a mi lado. ¿No recuerdas nada?

--Sólo que entré en profundo sueño. Que me tomabas en tus brazos y me sacabas de la choza.

--¿Y qué más, Ilia?

--No podía despertarme y todo transcurría en el sueño. Me rodeó una gran luz y ya no puedo decir qué pasó luego. Hasta ahora que he despertado.

Atol se quedó pensativo. Recordó el sueño que su padre, Booz había contado cuando él aún era pequeño. Siempre contaba aquel sueño, aunque la madre les había dicho que eran cosas de su imaginación, pero que no habían sucedido. Sin embargo, Atol no encontraba

explicación a lo sucedió con Ilia. Ilia por si misma no habría salido de la choza para internarse en el bosque. ¿Podía ser cosa del Señor? ¿Y para qué?. Atol ayudó a levantarse a Ilia y regresaron a la choza.

Cuando Ilia se sintió recuperada, reemprendieron el viaje. Un viaje en el que el silencio acompaño a los dos. Sus respectivos pensamientos no salían de sus bocas. Era como si un muro se hubiese interpuesto entre los dos.

Cuando anocheció, Atol se dispuso a buscar un lugar donde descansar. Ilia buscó qué comer, y cuando comían, ajenos a la presencia del otro, oyeron un ruido que venía de la maleza. Atol se levantó y miró hacía el lugar de donde procedía. Como no viera nada anormal, con cautela se fue acercando. De pronto, una masa negra se incorporó y pudo comprobar que era Tor. "Tor", dijo sorprendido. Tor le miró como nunca lo había hecho. Sus ojos eran como dos brasas de fuego. Antes de que Atol se recuperara de aquella visión, Tor saltó sobre él y le rodeó con sus potentes brazos.

Apenas pudo exhalar un grito. Tor había estrangulado al joven. Lo dejó caer como un fardo y se alejó de allí.

Ilia al ver que tardaba Atol en regresar, caminó en la dirección en que le había visto partir. Cuando le vio inerte yaciendo en el suelo, gritó: “¡Atol”. Se agachó para comprobar su estado y acercó su nariz a la boca abierta. Como no percibiera el menor aliento, con desesperación miró a un lado y otro en busca de una paja. Cuando la encontró, repitió la operación conocida, y comprobando que Atol no reaccionaba, dándole por muerto, cubrió su cara con la suya y su larga cabellera, y lloró hasta quedar exhausta. Luego, se quedó a su lado, acostada en el suelo, mirando hacia el cielo, mientras de su boca, apenas salía un susurro: “Amor, amor, amor…”

Pero Ilia, que hubiese querido permanecer allí hasta su muerte, dio por pensar en la única ocasión que Atol la había poseído. “Si llevo a su descendiente en mi cuerpo, no habrá muerto”. Y con ese débil pensamiento, se incorporó abrazando la vida, la suya y

la del pequeño Atol. Porque no podía matarlo de nuevo.

Después de tapar a Atol con tierra utilizando sus manos, regresó al campamento, recogió lo imprescindible para emprender el viaje, y acompañada esta vez de su desolación y un germen de esperanza, Ilia se dirigió al calor de su familia.

Anduvo dos días y una noche, aprovechando la tenue luz de la luna llena, y llego al campamento cuando ya oscurecía el segundo. Algunos de sus hermanos la reconocieron aunque estaba muy maltrecha, y gritaron: "¡Ilia!". Mania salió corriendo de la choza. Alceo dejó su ganado y corrió al oír la mágica palabra. Todos rodearon incrédulos a Ilia, que apenas podía sostenerse en pie. Fue la madre la que se adelantó para sostenerla, luego el padre y hermanos para formar todos un haz de brazos en torno a ella. Y así la condujeron hasta la choza, pero antes de traspasar la puerta, Ilia pidió sentarse en su banco favorito, hecho por Alceo vaciando un gran tronco de árbol.

Le dieron de beber leche recién ordeñada y todos esperaron en silencio frente a ella a que las fuerzas le volvieran y pudiera hablar.

--Atol, hijo de Booz y Helí, ha muerto --dijo entrecortadamente con la mirada ausente.

Su familia se miró extrañada ante aquellas incomprensibles palabras. ¿Era eso todo lo que tenía que contar de su viaje?, se preguntaron los padres. Como no seguía hablando, fue Mania la que preguntó:

--Ilia, ¿puedes seguir hablando? Si quieres, tendremos paciencia para esperar.

Ilia fijó sus cansados ojos en su madre, y haciendo un esfuerzo, continuó.

--Atol venía para ofreceros la paz de Booz y Heli. Atol venía para tenerme por su mujer y yo para tenerlo como mi hombre. Atol ha muerto en el campamento de los abuelos, sin que pueda saber cómo o por qué murió. Yo quise morir con él, pero pensé que podía vivir en mí, y eso me dio fuerza para seguir viviendo.

--¿Qué señales de muerte le viste? –preguntó el padre.

--Ninguna, padre, que yo pudiera apreciar. Oímos un ruido tras unos matorrales y se llegó a ese lugar para ver de dónde procedían. Como tardaba en regresar, fui a ver qué sucedía y fue entonces que le vi en el suelo, muerto.

Maia la volvió a abrazar y las dos rompieron en sollozos. Alceo, también afectado por lo que acababa de oír de su hija, entró en la choza para que no le vieran llorar. Los hermanos, mayores y pequeños, alargaron sus manos hasta tocar a Ilia para que ésta sintiera su proximidad. Pasado un tiempo en ese fluir silencioso de sentimientos, Mania condujo a su hija al interior de la choza.

--Deseo hablar con Ilia –dijo Mania a Alceo, que permanecía aún dentro de la choza.

Alceo entendió que quería hablar a solas y salió.

--Ilía, cuéntame. Decías que Atol podía vivir en ti. ¿Quieres decir que Atol te poseyó?

--Sí, madre, una vez. Y a partir de entonces a nuestro sentimiento le pusimos el nombre de amor.

--A… mor. Es un bello nombre. Y dime, ¿sucedió algo extraño durante el viaje?

--Muchas cosas, madre. Tor me ayudó en ocasiones. Me acompañó todo el viaje de ida. Luego, de regreso, se mantuvo alejado. Atol cayó en un foso y él lo saco atendiendo a mi llamada. Como Atol se golpeó la cabeza y quedó dormido, Tor con una paja lo despertó. Luego se fue otra vez al bosque. Yo tuve un sueño extraño. Soñé que Atol me llevaba en sus brazos al interior del bosque. Vi una gran luz…. Atol me encontró dormida sobre un lecho de hojas, me despertó y regresamos a la choza.

--¿Quiere decir que de ese sueño fue real el que aparecieras en el bosque?

--Así es, madre. Y no lo comprendo… Pensé si habría sido cosa del Señor, pero me pregunto por qué.

--No tendrás respuesta por ahora, Ilia, pero puede que tengas alguna más adelante.

--Ya tengo una: el Señor ha sido malo conmigo.

--No digas eso. No sabemos por qué el Señor hace las cosas.

--Tiene infinitos medios para hacer lo que desee sin hacer mal a nadie. Atol no debió morir tan joven; yo no debí quedarme tan pronto sin Atol.

--Piensas así y yo pienso así, pero si ha sido el Señor, será porque no piensa como nosotros. Esperemos una señal.

--.Nunca, nunca respetaré sus decisiones, madre. Le maldeciré siempre por lo que me ha hecho.

--Espera. No sabemos si fue mejor así.

En ese momento, uno de sus hermanos menores entró en la choza. Era el penúltimo habido de Mania y Alceo. Tendría dos años y aún caminaba con los pies y las manos apoyados en el suelo. Su aspecto peludo en grandes sectores de su cuerpo le daban un aspecto extraño. Ilia que lo vio entrar se le quedó mirando. Su pensamiento, inmediatamente, asoció al niño a un simio. Nunca antes lo había hecho, pero en esta ocasión recordó el primer desencuentro con Atol. Si Atol

hubiese vivido para verlo, su pensamiento se habría turbado de nuevo. Aquel ser habido de Mania era un ejemplo de lo que más temía. Ilia comenzó a darle la razón a su madre: “No sabemos si fue mejor así”. A Ilia se le habría roto el corazón que Atol hubiese pensado lo que podía esperar de sus descendientes.

--Madre, quiero hacerte una pregunta que nuca se me ocurrió. ¿Somos tú, yo y mis hermanos enteramente humanos?

--¿Por qué lo preguntas, Ilia?

--La familia de Booz y de Helí piensan que no lo somos, que tú desciendes de la abuela Fez y de un mono. Cuando Atol lo oyó se le nubló el pensamiento de pensar que sus descendientes no serían del todo humanos si los había de mí.

--Tu abuela Fez nunca me dijo tal cosa, pero debo decirte que siempre lo pensé. Yo también fui parecida a tu hermano. Andaba como él y tardé doble de tiempo en hablar como un humano. Tu padre por mucho tiempo me rechazó por eso, pero cambié luego, y ahora

poco me distingue de los humanos habidos de padre y madre humanos. Hoy a tu padre, si lo piensa, ya no le importa, y quiere a este hermano tuyo lo mismo que a todos los demás. Muerta mi madre con su secreto, si lo tuvo, sólo podemos pensarlo sin saber si estamos en lo cierto. Pero entiendo tu sentimiento, y si de tu encuentro con Atol naciera un descendiente con estos signos, Atol ya no lo puede pensar ni sentir ni rechazar. Tú deberás tenerlo por tu hijo y ser con él una madre.

Ilia se quedó pensando. La muerte de Atol comenzaba a parecerle buena. Atol, con los pensamientos del hombre soberbio que había heredado de su padre Booz, nunca lo habría aceptado como lo había aceptado su padre. Nunca más la habría llamado amor. Nunca más la habría poseído. Pero con todo esto que era de razón pensar, Ilia también pensaba: “Si el Señor había hecho bien en esta ocasión, no lo había hecho bien la primera vez que lo permitió y sembró el odio, el rechazo, la tristeza entre ellos, según a quien correspondiera cada uno de esos sentimientos.

Capítulo 17

Como Alceo se le viera apesadumbrado, Ilia quiso saber si la muerte de Atol era la causa. Se había. Alceo, alejado para terminar de guardar el ganado y su hija salió en pos de él. No se sorprendió el padre al verla llegar, pero siguió con su trabajo como si no la hubiese visto.

--Padre, ¿puedo hablarte? –dijo Ilia al llegar cerca de él.

El padre no contestó.

--Padre, ¿Estás triste por mí o por la muerte de Atol?

El padre dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia su hija.

--Estoy triste por los dos – dijo al fin.

--Mis pensamientos me dicen que guardas algún secreto y quisiera que lo compartieras conmigo.

Alceo la miró en silencio, luego, dijo:

--Ilia, Antes que Booz yo poseí a Fez. Luego, tu abuelo Arat se la entregó a mi hermano. Siempre pensé que Atol era mi hijo.

Ilia, sorprendida, no supo que decir ante esa revelación. Su padre continuó.

--Nada me hubiese complacido más que recuperarlo.

--¿Lo sabe madre?

--Sabe lo que yo sé, pero ella no siente lo mismo que yo.

--Atol puede estar en mi si después de poseerme llevo su semilla. No habrá muerto, padre.

A Alceo se le iluminó su sombrío rostro y abrazó a su hija. Luego, separándola para ver su cara, le dijo:

--Si es como piensas, aunque no celebremos su muerte, sí debemos celebrar la vida que depositó en ti.

Ilia quería saber lo que su padre pensaba de su madre y si era igual que lo que pensaban Booz y Helí, y así preguntó:

--Padre, tus hermanos piensan que Madre no es hija del abuelo Arat, ¿de quién crees tú que es?

El padre se separó por completo de su hija, como si le hubiese hecho la pregunta más inesperada.

--¿Eso te lo dijo Atol? – preguntó molesto.

--Son los pensamientos de Booz y de Heli, padre, que transmitieron a Atol. Atol lo pensaba también, aunque no parecía importarle después de escucharme.

--¿Te importa a ti?

--Conocí a Tor, fue muy bueno conmigo y con Atol, al que salvó de morir una vez y a mí con él. Lo que yo

puedo hacer, que no podía hacer Atol, me hace pensar que mi abuelo no fue Arat sino alguien como Tor. Tenía miedo que Atol me rechazara por eso, pero ahora que no vive, llevaré ese pensamiento sin dolor.

--Vivimos y no somos peores que mis hermanos y sus descendientes. Yo prefería a Fez cuando tu madre era muy pequeña y fea. Ahora prefiero a tu madre porque es ella la que me ha dado a mis descendientes y no los cambiaría por los de Booz y Helí. Sólo por eso.

Ilia sonrió y acompañó a su padre de regreso al campamento. Si todos estaban conformes con sus pensamientos, Ilia no podía ser menos.

Ilia y su familia siguieron con alegría su preñez confirmada. Alceo hizo una pequeña cabaña contigua a la existente para que Ilia se sintiese más cómoda y pudiese acomodarla a su gusto. Poco a poco Ilia se fue conformando con su suerte y a sólo vivía pensando en un hermoso niño que habría de parecerse a su amor.

Un día, poco antes de parir Ilia, se presentó en el campamento Khal, segundo hijo de Booz. Su padre le había enviado para visitar a Ilia y a Atol, que según suponía debía vivir en el campamento de los abuelos Fez y Arat. El joven, cuando hubo llegado al campamento, no viendo señales de que allí estuviesen viviendo, pensó que habrían decidido vivir junto a la familia de Alceo. Y como el mismo camino tenía que hacer para regresar sin noticias que acercarse al otro campamento, decidió ponerse en camino. Tenía, también, curiosidad por las hijas de Alceo, de las que sólo sabía lo que sus abuelos habían contado. Según sus pensamientos, al menos una era cercana a su edad, y ya estaba necesitando de una hembra adulta, pues sus hermanas eran muy pequeñas. Khal después de ver a la hermosa Ilia, no abrigó dudas de que sus padres debían estar en un error al pensar en la posible descendencia de una animal como el mono.

Khal se parecía mucho a su padre cuando tenía su edad; era muy inteligente, algo afeminado, y al que le

gustaba, sobre todo, cazar con arco, habiendo alcanzado una gran pericia con el.

Gran revuelo causó su llegada al campamento, y tuvo que ser Ilia la que pidiera calma. Presentó Ilia al recién llegado como hijo segundo de Booz y todos le dieron la bienvenida.

--No veo a Atol --dijo cuando pudo hablar.

Ilia se acercó y le dijo:

--Khal, tu hermano murió cuando veníamos.

--¿Por qué murió?

--No lo sé. Se alejó de mí internándose en el bosque y cuando lo encontré estaba muerto.

--Fue algún animal. ¿Mi hermano tenía señales de lucha?

--No que yo pudiese ver, Khal.

--Fue un mono grande; son los únicos animales que matan sin dejar marcas.

Todos se miraron sorprendidos al oír esas palabras. Nadie antes había hecho una suposición así. Ilia fue la que se sintió desfallecer, porque todo ahora tenía

sentido. Recordó que Atol se había internado en el bosque al oír ruidos de ramas y que siempre supuso que Tor no andaba lejos. También que Tor estaba celoso, aunque en su presencia nunca manifestó hostilidad a Atol como para prever que pudiese hacer algo así.

--Así es –dijo Alceo y siguió—Un mono como Tor puede matar a un hombre con sus brazos y no dejar marca.

--Padre, Tor no pudo ser; él salvó una vez de morir.

--No pienso que fuese Tor, pero sí otro mono de su tamaño.

--Mataré a todos los monos que me encuentre –dijo el joven Khal.

Mania asistía a aquella conversación con el convencimiento de que aquel joven acababa de revivir un sentimiento que ella ya daba por olvidado. Trató en vano de ocultar tras ella a su hijo menor para que Khal no le viera. El pequeño se zafó de su madre y de un

salto, impropio de su edad, se encaramó a la cintura de Khal. Khal lo apartó de un tirón mientras decía:

--Nunca vi a un mono así; parece medio humano.

Manía lo tomó en sus brazos y dijo:

--Khal, no es un mono, es mi hijo y de Alceo, hermano de Ilia y de los demás.

--Pues hace cosas de mono y se parece a un mono en algunos rasgos más. Puede que los pensamientos de mis padres fuesen ciertos.

Nadie allí pregunto a Khal cuáles eran esos pensamientos, todos sabían a qué se refería.

Alceo intervino.

--Khal, eres bienvenido entre nosotros, pero si tus pensamientos te impulsan a ser hostil, mejor sería que regresaras a tu campamento.

--Preferiría saber entre quién me encuentro, y nada tenía contra los monos hasta pensar que uno pudo ser el que mató a mi hermano. Pero, aún así, retiro lo que he dicho de matar a todos los monos que me encuentre y

sólo buscaré a ese que Ilia llama Tor, y lo mataré cuando le tenga delante de mí.

--Y cuando le mates, serás como él, Khal --dijo Mania.

--Diente por diente, Mania, vida por vida --respondió Khal.

--Si Tor lo hizo, no fue por lo mismo que quieres hacerlo tú.

--No me importa por qué lo hizo, lo hizo y debe pagar con su vida, ¿por qué le defiendes?

--Nosotros hemos escuchado tus razones para matarlo, pero no sabes cuáles fueron las suyas para matar a Atol, si lo hizo.

--Yo no hablo con los monos, ¿puedes hacerlo tú?

--Sí, puedo. Quiero que me prometas que no harás nada a Tor hasta que yo hable con él.

--¿Serás veraz?

--Lo seré. Si ha sido Tor, podrás hacer lo que dices. Ahora, puedes quedarte el tiempo que desees entre nosotros. Mañana ya sabrás qué hacer.

Y aquel grupo se disgregó en direcciones diferente, aunque Ilia se quedó con Khal para que no se sintiera solo y desorientado.

--Habrás advertido que voy a tener un descendiente, y es de Atol –dijo Ilia

--Sí, Ilia, veo tu vientre. Dices que es de Atol, ¿cómo lo sabes?

--Sólo Atol me poseyó, no puede ser de nadie más.

--Sí, así es. Tuvo tiempo antes de morir de dejar algo suyo. Yo quiero también una hembra, aunque soy muy joven para tener una familia propia.

--¿Te has fijado en mi hermana, la que me sigue en edad?

--Sí, es hermosa, ¿cómo se llama?

--Asar, se llama Asar.

--Asar. ¿Podré tenerla?

--No te callas tus pensamientos. Tendrás que preguntarle si ella quiere. ¿No te importa que pudiera ser descendiente de un mono?

--No si se comporta como un humano.

--¿Los humanos se comportan de forma diferente?

Khal se quedó un momento pensativo. Su mente era rápida para procesar supuestos normales que se responden con razonamientos lógicos, pero la pregunta de Ilia no podía responderse con estos instrumentos. Khal no rehusó responder, pero lo hizo vagamente, como no asumiendo él mismo su respuesta.

--No somos muy diferentes, pero ellos, todos, son animales y nosotros, sólo nosotros, somos humanos.

Ilia, ante la presunción fundada de que su ascendencia era simia y humana, había ya procesado en su cerebro las mil y una combinaciones que le proponía su pensamiento, y estaba en condiciones de salir al paso de cualquier divagación en torno a este tema.

--Así es, Khal, pero entre ellos, los animales, que no posen nuestra creencia de ser diferentes, no se aparean entre diferentes especies. Nosotros no lo haríamos con los monos, y en eso nos parecemos, pero por qué lo hizo, entonces, nuestra abuela Fez y por qué lo hizo aquel mono.

--Quería tener una hija para tu padre, y tuvo a Mania. El abuelo Arat no lo consiguió.

--Puede ser así. Pero responde a la segunda pregunta, ¿por qué lo hizo el mono?

--Los monos nos ven iguales, sólo debe ser por eso.

--Yo también lo pienso, Khal. ¿Y sabes lo que no comprendo? Por qué nosotros nos consideramos diferentes.

--¿No te parece suficiente nuestra apariencia?

--Sí, la apariencia es muy diferente, pero para los monos no es obstáculo. ¿Esa diferente apariencia es el obstáculo para nosotros?

--Mi pensamiento me dice que hay más, pero no puedo nombrarlos.

--Lo que no puede nombrarse es que no existe, Khal.

--Piensas muy bien, para ser medio mono --y Khal, por primera vez, esbozó una franca sonrisa.

--No soy medio mono, Khal; en todo caso soy la mitad de la mitad. Cuando pase mucho tiempo, los descendientes de los descendientes de mis

descendientes ya no podrán saber qué parte de mono les corresponde, y ya no tendrán pensamientos que no pueden nombrar.

Khal asintió con su cabeza, necesitaba tiempo para procesar aquella línea de pensamiento que Ilia había introducido en su mente..

Pidió quedarse aquella noche, a la espera de lo que Mania tuviese que decir después de entrevistarse con Tor.

Mania salió al anochecer y se internó en el boque próximo. A su llamada, como siempre, Tor acudió. Mania estuvo con él un buen tiempo, regresó al campamento y viendo que todos dormían, se acostó y se durmió.

Todos esperaban a la mañana siguiente que Mania se despertara y que les dijera lo que, seguramente, tenía que decirles. Cuando despertó y vio que estaban pendientes de ella, después de unos segundos, les habló.

--Sí, hablé con Tor. Él no dio muerte a Atol, fue otro mono que seguía a Ilia para tenerla como hembra. Cuando Tor lo descubrió, lucharon como lo hacen los machos que se disputan un territorio y sus hembras. Tor lo auyentó, pero no se fue lejos. Tor, dormido, oyó ruidos, y cuando acudió al lugar de donde venían, vio a ese mono abrazado a Atol, pero cuando quiso intervenir, ese mono dejó caer a Atol ya muerto y salió huyendo de Tor. Tor le siguió y le dio muerte.

Todos, especialmente Ilia, se sintieron reconfortados por aquellas declaraciones. Incluso a Khal se le apagaron aquellos deseos de vengar a su hermano generalizando su odio a toda la especie. A Tor le debía la vida, y también le satisfizo saber que no había sido él. Khal pidió quedarse allí por algún tiempo y todos estuvieron conformes.

Khal se encontraba a gusto en aquella comunidad y no tenía proyectada su partida. Demostraba su buen tino con el arco y cobraba buenas piezas que servían de alimento a toda la familia. Hasta aceptaba de buen

grado las travesuras del pequeño, que con frecuencia se colgaba de sus piernas en demanda de que le subiera a sus hombros. Asar poco a poco iba teniendo más confianza con él y comenzaba a interesarse, con admiración, no sólo por lo buen cazador que era sino por la lucidez de su pensamiento. Khal la miraba con deseo pero esperaba una señal.

Y sucedió días después que Ilia parió, pero no fue motivo de contento. Ilia quedó horrorizada al ver a su hijo. Aquel ser no era la mitad de la mitad de una tercera mitad de un mono, sino que se repetía la apariencia de Mania cuando nació. Atol no lo hubiese reconocido por su hijo y junto con él habría rechazado a la madre. Alceo se fue de allí enseguida que lo vio sin decir una palabra. Mania, que había asistido a su hija en el parto, callaba su preocupación. Asar estaba desolada y miraba a Khal queriendo leer su pensamiento. Khal miraba con escepticismo aquella escena, seguramente buscando una salida de aquel laberinto para él. Todos se fueron retirando y sólo

quedó Mania con su hija y aquel descendiente extraño que, lejos de traer alegría a la familia, había traído una realidad actualizada que nadie estaba en disposición de controlar y menos encauzar hacia la normalidad.

--No esperaba esto, madre --dijo Ilia cuando se quedó a solas con su madre.

--Yo tampoco; es más de lo que tu hermano pequeño porta en su sangre.

--¿Qué quieres decir? ¿Acaso piensas que este niño no es de Atol?

--No digo eso, Ilia. Según me han contado, yo era parecida a este niño cuando nací, aunque luego cambié.

--Entonces volvemos al lugar de partida de la abuela Fez, y yo he tenido que ser poseída por un mono. ¿Cómo pudo ser, si mi memoria no dice que fuera así?

--Me hablaste de un extraño sueño…

--Sí, aquel sueño que no pude comprender. ¿Pudo ser Tor quien me llevó dormida y me poseyó en el bosque mientras yo soñaba que era Atol?

--No hay otra forma de pensar, Ilia. Tor me lo podría confirmar.

--No, madre, no quiero esa certeza. Nadie puede odiarme por ello si no podemos poner nombre a este suceso. Atol ha muerto y no tendré que ver sus ojos llenos de ira. Será mi hijo y lo cuidaré como la abuela Fez te cuidó a ti, y sólo espero que nuestra sangre humana se imponga a la del mono que me poseyó, aunque fuese Tor.

--Así será. Mantengamos ambas que es un extraño suceso que no podemos nombrar.

Los siguientes días fueron tristes. Ilia no salía de su choza. Su madre le llevaba comida y la ayudaba. El hermano pequeño de Ilia se empeñaba en entrar pero no le dejaban. Alceo se levantaba, se iba con su ganado y no regresaba hasta el anochecer. Los demás hermanos intentaban hacer su vida de juegos, ajenos a todo lo que estaba sucediendo. Asar hacía con desgana lo que su madre le ordenaba y no había vuelto a tener

cerca de Khal. Khal dudaba entre marcharse de allí o esperar a que sus pensamientos se serenaran; no era hombre de impulsos motivados por sus sentimientos y siempre dejaba que sus pensamientos le indicaran lo mejor que debía hacer. Mientras decidía, se levantaba y se iba al bosque a cazar. Prefería estar solo y así pensar sin influencia de nadie: Ilia podía confundirle con sus buenos pensamientos, Asar obviar lo que le había sucedido a su hermana y, siguiendo los deseos de su cuerpo, seducirlo. Pero irse de allí, de nuevo con su familia, no le apetecía. Decidió esperar.

Capítulo 18

Booz y Helí estaban preocupados por la tardanza de Khal en regresar. Helí le pidió a Booz que se acercara al campamento de los padres y comprobara que no le había sucedido nada malo. Booz tenía a Khal por su hijo preferido, pues siempre dudo de que Atol fuese su primogénito, quiza fue por eso que no tuvo gran inconveniente en dárselo a Ilia. Pero en esa ocasión no lo dudó un instante y a la mañana siguiente de pedírselo Heli, se puso en camino. Se quedó sorprendido cuando comprobó que allí no estaba. Pensó si habría ido al campamento de Alceo, pero dudó si ir allí o regresar. Si no regresaba con él, Helí tendría pronto doble preocupación. Regresó.

Propuso a Helí que no habiendo otra forma de saber si le había sucedido algo, tendría que ir hasta el campamento de su hermano. Helí, estando conforme, le advirtió:

--Booz, cuídate de tu hermano, nos puede estar tendiendo una trampa.

--Nada puede hacer contra mí, salvo retenerme como yo hice con él. Sólo he oído sus palabras de paz por boca de su hija Ilia, pero confío en que Ilia dijo verdad, pues perdería a Atol si nos hubiese mentido.

--Traeme a Khal, en cualquier caso, porque sería nuestro segundo hijo que nos quitaran.

--Así lo haré no porque tú me lo pides, sino porque yo también lo quiero.

--Mejor harías querer también traer la segunda hija de Alceo y Mania, para que estando aquí haga los trabajos duros que yo vengo haciendo desde que me llevaste contigo.

--¿Te quejas?

--Motivos tengo. Hago mis trabajos y los de un hombre.

--¿Cómo harías tú para convencer a Alceo de que nos entregara a su hija?

--Si Atol ha decidido quedarse con ellos, es justo que nos den uno de sus hijos a cambio.

--Lo habría decidido Atol, no pienso que lo tenga retenido.

--Haz que su hija decida venir con nosotros.

--¿Pero cómo?

--Dile a Khal que la traiga con él, luego ya haré yo.

--Bien, Helí, lo intentaré si todos están en paz.

Con aquella perversa embajada, Booz se puso en camino a la mañana siguiente.

Cuando Booz llegó al campamento de sus padres, observo todas las señales que podían hablar de sus hijos. Y así fue que encontró evidencias recientes de haber pasado por allí. Eso le tranquilizó y ya estuvo seguro que habían continuado el viaje hasta el campamento de Alceo. Pero encontrarse con Alceo era algo que le inquietaba. Fuese porque recordaba las palabras de Helí o por su propio convencimiento, Booz suponía que no iba a ser tan sencillo como una bienvenida, no ya calurosa, sino normal. Para juzgar la

posible actitud de su hermano, se puso en su lugar, y a la conclusión que llegó fue que si bien su hermano no intentaría hacerle pagar lo que hizo después de su oferta de paz, la memoria no se podía borrar y por cualquier motivo se encendería la llama del rencor. Por eso Booz se propuso no dar ocasión a que esto ocurriera, y con este pensamiento continuó el viaje.

Cuando Booz llegó a las inmediaciones del campamento de Alceo, no estaba éste, como era costumbre en él, pues nada le retenía allí y siempre tenía algo que hacer con el ganado. Khal tampoco estaba, ya que prefería salir de caza o, simplemente, estar lo menos posible con aquella familia. Aunque fuera mucho el deseo de poseer a Asar, la posibilidad de que con ella tuviese un descendiente como el que acababa de tener Ilia era suficiente para inhibir su líbido.

Booz observó detrás de unas matas antes de hacer acto de presencia. Se extrañó de no ver ni rastro de sus

hijos. Reconoció a Mania, que estaba fuera de su choza. Se fijó en la choza adyacente y su pensamiento le dijo que aquella debería ser la que ocupaban Ilia y Atol. Los más pequeños no atrajeron su atención. Asar, sin embargo, si lo hizo. Era una joven robusta, no muy bella, y calculó que habría de ser buena para los trabajos que Helí pensaba encomendarle si conseguía llevársela con él. Después de mucho tiempo de espera, vio al fin salir a Ilia. Portaba en su regazo a su hijo. Estaba lejos y Booz no pudo distinguir sus rasgos. Enseguida pensó que aquel niño era su descendiente, habido de Atol, pero no le duró mucho la grata sensación, pues el sentimiento de que Atol podía no ser su hijo, disipó de inmediato las ganas de verlo de cerca y tomarlo en sus brazos. Se preguntaba dónde estarían sus hijos y Alceo, y concluyó que estarían recolectando fruta uno y cazando el otro. Alceo, no le cabía duda, estaría como siempre con su ganado. Mientras observaba, el primero en regresar fue su hijo Khal. Traía alguna pieza cobrada que depositó a la entrada de

la choza principal, para luego sentarse, aparentemente a descansar. Vio a los niños acercarse a él y fue cuando observó la rara morfología del más pequeño de los hijos de Alceo. Recordaba a Mania cuando era pequeña y estableció similitudes. Aquella circunstancia le preocupó y ya se mostró impaciente por conocer de cerca al hijo de Ilia. También le sorprendió que Khal se mostraba ausente ante los niños y que ni siquiera había mirado a Asar desde que llegó, aunque la joven no estaba lejos y no dejaba de observar a Khal mientras simulaba estar ocupada en frotar una piel con una piedra para eliminar las partes blandas. "Algo extraño sucede", pensó Booz.

Más tarde, ya poniéndose el sol, llegó Alceo. Directamente entró en la choza con dos odres repletos de leche. No saludó a Khal, si bien observó por un instante las piezas de caza; tampoco Khal hizo ningún gesto cuando Alceo pasó delante de él. Todo esto no hacía sino confirmar a Booz que la situación no era precisamente amistosa.

Pero para Booz ya no había retorno y debía afrontar las consecuencias de su presencia en el campamento de Alceo. Armándose del poco valor que solía tener en las circunstancias peligrosas, salió de su escondrijo y se dirigió al centro del campamento. Su presencia volvió a alborotar a los pequeños y a alertar a Khal y a Asar, los únicos que permanecían fuera de las cabañas. Khal, seguido de los niños y manteniéndose Asar estática mirando, salió al encuentro de su padre. Se abrazaron los dos y enseguida Booz pregunto:

--¿Estáis bien, todo está bien por aquí?

--No, padre, más bien está mal. Atol ha muerto.

--¿Cómo ha sido? –preguntó el padre, mientras miraba a a la cabaña grande.

--Murió cuando venía con Ilia. Un mono grande lo estranguló.

--¡Malditos monos! – sólo acertó a decir Booz.

--Vi a Ilia con un niño en brazos, debe ser hijo de Atol

--No, padre, no lo creo. Cuando lo veas rechazarás que sea tu descendiente.

--¿Cómo dices? –preguntó Booz más pendiente de las cabañas que de la noticia.

En esos momentos salió de la cabaña Mania, que había oído algo fuera que le extrañó. Enseguida vio a Booz y se quedó mirando intentando aclarar sus pensamientos. Booz había cambiado bastante y fue quizá por eso que permaneció un instante indecisa. Pero no tuvo duda y se puso en camino para acercarse.

--Te saludo, Booz. Has cambiado algo, pero no tanto como para no reconocerte.

--Te saludo, Mania. También tú has cambiado, pero en tu caso para mejor.

--No me extraña tu presencia. Habrás echado en falta a tus dos hijos y por eso has venido.

--Así es, Mania. Y ya Khal me ha dado la noticia de Atol

--No pareces muy entristecido por ello –dijo Mania

--Aún no he tenido tiempo de aceptar que haya muerto. Quizá lo mató su imprudencia enfrentándose a un maldito mono. Yo le vengaré.

--Y yo estaré contenta si lo haces. Entiendo la muerte de nuestros padres, pero no esa.

--Si tú no la entiendes, menos la entiendo yo.

--Comprendo lo que significan tus palabras, pero no las tendré en cuenta. Tú hermano está dentro de la cabaña, ¿quieres que le llame?

--Espero que su oferta de paz siga en pie.

--Más que nunca. Has perdido un hijo que era tu mensajero. Alceo sabe valorar tu intención. Deja que le llame.

Y Mania llamó a Alceo, quien salió al instante. Al contrario que Mania, Alceo no tuvo duda; no hacía tanto tiempo que le había visto. Con cara sería se acercó a Booz.

--Hermano, sé bien venido. Me uno a tu tristeza por la pérdida de tu hijo Atol. Por él debemos volver a ser hermanos. ¿Te quedarás algún tiempo con nosotros?

Booz dudó qué responder. No esperaba que fuese tan fácil volverse a encontrar con su hermano sin que este le recordara lo que había hecho con él. Debía

disculparse antes que nada, eso fue lo que su pensamiento le dijo que hiciera.

--Hermano Alceo. He pasado muchos días y noches arrepintiéndome de lo que hice. Espero me hayas perdonado.

--Ya has pagado suficiente con la muerte de tu hijo por esa causa, quizá más de lo que merecías. Te tiendo mi mano en señal de paz entre nosotros.

Booz, algo confundido por las palabras de Alceo, tendió su mano para que Alceo se la cogiera. A continuación, habló.

--¿Puedo hablar a solas contigo un momento? Mania, lo que quiero hablar con Alceo es algo entre los dos únicamente.

Mania no dudó un instante; tampoco Khal. Ambos se retiraron tomando caminos distintos. Manía recogió a sus pequeños y se los llevó lejos. Cuando Booz y alceo se quedaron solos, fue el primero en tomar de nuevo la palabra.

--Alceo, debo decirte que he tenido siempre la duda de que Atol fuese mi hijo. Tú fuiste primero en poseer a Helí, y bien pudiera ser hijo tuyo.

--También yo lo he pensado. Pero también he pensado que tú lo criaste, así que es más tuyo que mío. Yo no hice nada por disputártelo, por lo que perdí todo derecho sobre él. Si alguien debe llorarlo ese eres tú.

.—Mucho han madurado tus pensamientos, Alceo. Los míos se han quedado presos de mi rencor. Quisiera hacer algo que me dignificara ante ti.

--Repito, Booz, que nada me debes. Sólo lamento que por unas razones o por otras, Atol no sea llorado por ninguno de los dos.

--Espero que Ilia lo haya hecho por nosotros.

--Así es. Su desconsuelo es grande y nunca dejará de sentirlo.

--Cuando me acercaba vi a Ilia llevando una cría en sus brazos.

--¿Dices que la viste? ¿Nada te sorprendió?

--¿Qué me habría de sorprender? ¿No es normal que tuviese un descendiente, un descendiente de Atol?

--Así es. Sería normal, pues los dos se deseaban. Pero ese descendiente se parece a Mania cuando nació, y recordarás las dudas que tuvimos sobre los verdaderos padres.

--¿Quieres decir que tiene rasgos de mono?

--Sí, así podrían nombrarse. Pero eso no es lo importante, lo importante es si tú lo admitirás como tu descendiente. Yo no tengo dudas de que lo es mío, pero comprendería que tú no lo sintieras igual.

--Agradezco tus buenos pensamientos, Alceo. Ilia es sin duda tú hija y ese niño lleva tu sangre. En cambio yo, que dudo que Atol fue descendiente mío, no tengo nada en qué sustentarme para quererlo. Puedes considerarlo tuyo. Pero para que no veas desprecio en mi comportamiento, te propongo que unamos a nuestras familias más allá de estas consideraciones de sangre. Mi hijo Khal y tu segunda hija podrían unirse y crear una familia descendiente de nosotros dos…

…No seré yo el que me oponga, si ese es el deseo de ellos, aunque deberán estar informados previamente de lo que para nosotros, más bien para ti, fue antes motivo de repulsa. ¿Crees que Khal aceptará a Asar sabiendo que sus descendientes puede llevar sangre de mono?

--No conozco los pensamientos que puede tener Khal ante este hecho. En cualquier caso, nuestros hijos deberían ser el reflejo de sus padres. Si mis pensamientos han cambiado y así se lo expongo a Khal, no espero de él pensamientos diferentes.

--Quédate con nosotros el tiempo que desees y háblale a Khal como dices. Yo le hablaré a mi hija Asar.

Y con aquel acuerdo, caminaron hacia las cabañas. Alceo quería su hermano Booz viera cuanto antes a Ilia y a su descendiente, por si le daba por cambiar de opinión.

Cuando ambos entraron en la cabaña de Ilia, ésta se encontraba dando de mamar a su hijo. Ilia intentó ocultar al niño al ver entrar a Booz.

--No te preocupes, Ilia --le dijo Booz y siguió—Si ocultas a tu hijo es que te avergüenzas de él. No sabemos lo el Señor ha dispuesto, no pienso que nos lo vaya a decir. Yo llegué a pensar que me había elegido entre todos y sólo me sirvió para ser tan arbitrario como él en sus decisiones. Acepto, aceptemos las cosas como vienen aunque no las comprendamos.

Ante estas palabras, Ilia ,con lo ojos bañados en lágrimas, miró a los ojos de Booz y le enseño su hijo. Booz hizo esfuerzos para no parecer horrorizado ante la visón del niño. Para ocultar el sentimiento que le produjo, se acercó y le cogió una de sus manitas, mientras sonreía a la desconsolada madre. Sin más hablar, salió de la cabaña seguido de Alceo.

--Quisiera estar a solas con Khal --dijo Booz dirigiéndose a Alceo.

--Eres libre de hacer lo que desees. Llévatelo fuera del campamento y volved si ambos traéis buenas noticias, pero no lo hagáis si es para decirnos lo que no queremos oír.

Khal estaba sentado, sólo, cabizbajo, lo más alejado en la explanada del campamento. Allí se dirigió Booz, mientras Alceo recogía a los pequeños e indicaba a Asar que viniese también hacia la cabaña principal.

Booz invitó a su hijo Khal a que le siguiera y ambos desaparecieron pronto detrás de los matorrales que previamente había utilizado Booz para ocultarse. Y así habló Booz a su hijo.

--Khal, hijo mío. Quiero que me escuches bien lo que voy a decirte, y que luego de oírme hagas lo que yo deseo.

--Dime lo que deseas que haga y no me digas más, padre, que lo haré.

--Preferiría que tú pensaras como yo, pero si esa es tu buena disposición, te pido que le ofrezcas a Asar el unirte a ella y que venga con nosotros. Te pido, también, que no tomes posesión de ella por más que tu deseo te impulse a ello. ¿Lo harás?

Khal miró sorprendido a su padre. Lo que le pedía era extraño. “¿Para qué quiero a Asar si no he de poseerla?”, se preguntó. Booz ante la perplejidad reflejada en la cara de su hijo, continuó diciendo.

--Toda la familia de Alceo está mezclada con sangre de mono y tú no debes tener descendientes con Asar, salvo que aceptes que sean como el que ha tenido Ilia.

--¿Y para qué queremos a Asar con nosotros? –Preguntó sin dudar Khal.

--Tú madre está cansada, tienes hermanos pequeños y necesitamos a Asar con nosotros para que ayude a tu madre.

--Ahora comprendo, y no debí pedirte que me dijeras sólo lo que deseabas. Haré lo que me pides, pero no te aseguro que mis pensamientos no sean diferentes a los tuyos. Ya sabías todo esto y diste Atol a Ilia.

--Tú no sabes algo que hace diferentes las dos uniones. Atol no era mi hijo. Tu madre fue poseída primero por Alceo. Tú si eres mi hijo.

--¿Nunca dejaré de serlo? ¿Nunca seré yo?.

--La respuesta no es fácil. Serás tú cuando quieras serlo, pero tu sangre, que es la mía, te impulsará a ser como yo.

--No creo que sea en la sangre donde están nuestros pensamientos; si así fuese, nunca estos habrían sido diferentes a los tuyos, y lo han sido en muchas ocasiones.

--Sí, así es. Pero hay algo en lo que los dos deberíamos estar de acuerdo: somos humanos, no medio animales medio humanos.

--¿Y qué hay de malo en ser medio animales?

--Los animales nos sirven, no servimos a los animales.

--Pues madre, que es humana te ha servido a ti.

--Y yo a ella. Lo hicimos de mutuo acuerdo. A los animales les podemos exigir que nos sirvan sin que ellos esperen nada de nosotros.

--¿Ni siquiera siendo medio humanos medio animales como Asar? No sigas intentando convencerme. Nos llevaremos a Asar si ella acepta, y ella será entre nosotros lo que acepte ser su condición medio humana.

Y yo seré con ella lo que mis pensamientos impongan a mi deseo.

--Está bien, Khal. Hagámoslo así.

Y regresaron al campamento.

Capítulo 19

Y Alceo, en presencia de Mania, habló con Asar.

--Asar, quiero hablar contigo después de preguntarte. ¿Deseas a Khal?

--Khal está ahora en mis pensamientos.

--Eso significa que lo deseas. Si él te acepta para ser su hembra, ¿estarías dispuesta a crear una nueva familia con él?

--Mis pensamientos dicen que sí.

--En estos momentos, Booz está hablando con Khal, como yo lo hago contigo. Pero yo quiero decirte algo diferente. Hay algo en nuestra familia que no existe en la familia de Booz. Alguno de tus hermanos, y también el hijo de tu hermana Ilia no parecen enteramente humanos. Así fue con tu madre al nacer. Luego cambian y pierden esos rasgos extraños. No sabemos con seguridad a qué se debe, aunque tanto tu madre como yo pensamos que tu abuela Fez debió ser poseída por un mono. Y así, después de tu madre que fue la primera descendiente, aparecen esos rasgos en alguno. Esto lo piensa también Booz y Helí. Pero al contrario que ellos, nosotros no renegamos de esa posible sangre que lleváis. Quiero decir con esto que si tuvieses descendientes con Khal, podrían aparecer esos rasgos en alguno de ellos. Si Khal es como yo, aceptará a su hijo, pero no será así por Booz y Helí, que os rechazarán a ti y a tu hijo. Antes de que esto pueda suceder, deberás pedirle a Khal el alejaros del campamento de Booz, y todo será más fáil. ¿Piensas que digo bien?

--Sí, padre, dices bien, y pediré a Khal el compromiso de llevarme lejos de sus padres si quiere que le acompañe.
--Sea así. Ahora esperemos la decisión de Khal.

Cuando Alceo advirtió que había llegado su hermano a las proximidades de la cabaña, salió seguido de su hija Asar, quien humillaba su cabeza, no se sabe si por rubor o por mansedumbre.

--Hemos hablado, Alceo. Khal desea a tu hija y si está desea igualmente a Khal, ambos regresarán conmigo para unirse a nuestra familia.
--Creo que es justo después de haber perdido un hijo; así quedaremos iguales. Pero pienso, hermano, que algo se tendrán ellos que decir, antes de tomar esa decisión. Que hablen a solas y nosotros escucharemos lo que hayan acordado.
Y dirigiéndose a los jóvenes, les dijo:
--Khal, Asar, retiraros para que podáis hablar a solas y acordar lo que vuestros pensamientos os digan.

Y Khal y Asar se retiraron en dirección a los matorrales que antes habían ocultado a Booz. Cuando Khal se vio fuera de la vista de su padre y Alceo, se volvió hacia Asar que le había seguido a dos pasos de distancia.

--Asar, ¿tú aceptas ser mía?

--Sí, si tú quieres que sea tuya –responde Asar.

--Sí, lo quiero.

--¿Y aceptas venir conmigo al campamento de mis padres?

--No, Khal, eso no lo acepto. Los hijos de Alceo y Mania, y también sus descendientes, tus padres no serán amistosos con ellos. Si me voy contigo, me has de prometer que me llevarás lejos, a otro lugar, donde podamos tener descendientes sin ser despreciados ellos y yo.

--Comprendo lo que dices. Pero para que mi padre esté conforme con nuestra unión, deberemos fingir que vamos a su campamento. Te prometo que antes de entrar en él, tomaremos otro camino que nos aleje de allí.

--Digamos, pues, a nuestros padres que hemos decidido unirnos.

Y sin plantearse ningún otro raciocinio humano sobre el significado de aquella posible atracción entre ellos, ambos regresaron al campamento.

No quiso Booz esperar al día siguiente y salir de viaje después de descansar, pretestando que Fez estaría inquieta después de tanto tiempo de espera sin tener noticias de sus hijos. Alceo regaló a la pareja un par de ovejas y un carnero. Khal los aceptó pensando que podrían serles útiles por su carne y sus pieles, sin tener en su mente la intención de Alceo de que les sirvieran para crear su propia cabaña. La familia al completo se despidió de Asar sin otras muestras de sentimiento que las caras cariacontecidas de todos. Es posible que consideraran como normal esta clase de desgajamientos de sus miembros.

Asar ya pudo comprobar cómo iba a ser tratada bajo los dominios de Booz, pues al pasar de nuevo por el campamento de Arat y Fez, Booz, ante la pasividad de Khal, cargó a Asar con todo aquello que consideró útil, mientras que padre e hijo iban aligerados de equipaje. Asar, ante las miradas de complicidad de Khal, aceptó el gran esfuerzo que se le exigía y convencida de que Khal cumpliría con su palabra.

Por fortuna para Asar, no tuvo que esperar mucho tiempo, y Booz contribuyó indirectamente a ello. Se cuidó éste de no perder de vista a los dos jóvenes, lo que acentuó el deseo de Khal por poseer a Asar, especialmente cuando llegaba la noche y se acostaban. Ser suya, tenerla tan cerca e interponerse el padre a satisfacer su deseo, hizo que Khal acelerara su promesa de llevársela lejos y vivir conforme a sus pensamientos, pues del comportamiento de su padre, Khal intuyó que de alguna forma tampoco con él iba a ser concesivo cuando sus pensamientos fuesen diferentes a los suyos.

Y se alejaron de Booz mientras éste dormía. Khal, con una larga caña que había guardado a su lado, despertó a Asar que dormía al otro lado de su padre. Le hizo señas de sigilo y de que le siguiera, cosa que entendió enseguida Asar. Cuando Booz despertó y apreció la ausencia de los jóvenes, no tuvo duda de que los había perdido, quizá para siempre. “El Señor lo ha debido querer así”, pensó Booz, y se puso en camino hacia su camamento.

Y como el deseo va por delante del pensamiento, Khal poseyó a Asar aquella misma noche que permanecieron en solitario. Cuando despertaron, Khal se mostró muy solícito con su compañera, a le que le dijo:

--Asar. Te cuidaré y cuidaré a los descendientes que me concedas.

Y Asar le respondió:

--Te cuidaré y cuidaré de nuestros descendientes.

Y Asar, que era de pocas palabras, se calló y ya no dijo más.

Y Khal, que ya no tenía más que decir, se puso en camino seguido de Asar hasta encontrar un lugar que le pareció apropiado para comenzar a levantar su campamento.

Booz, cuando hubo llegado a casa y hablado de todo lo acontecido, tuvo que soportar no sólo la desesperación de Elí por la pérdida de dos de sus hijos, sino también las malévolas e insidiosas palabras de ésta, culpándolo de su desgracia, pues para Elí no cabía duda de que todo lo sucedido se debía al castigo que el Señor le había impuesto por lo que había hecho a su hermano. Booz, por mucho tiempo, volvió a tener pesadillas y a vivir desasosegado pensando cuántos castigos más habría de padecer hasta que el Señor aplacara su ira.

Pero si para algo les servía la eternidad era para que el tiempo fuese diluyendo temores al comprobar que no todo lo que le sucedía a él y a su familia eran sucesos malos. Al contrario, su hijos y más que tuvo se fueron emparejando felizmente y le dieron numerosos descendientes de los que tanto Elí como él se sintieron

orgullosos, pues para ellos aquella tribu de humanos puros habría de dominar todos los confines de aquella tierra. Y para no mezclarse con los descendientes impuros de Alceo, estos se fueron instalando río arriba hasta más allá de de su nacimiento.
Sucedió igual con los descendientes de Alceo y Mania. Algunos de estos fabricaron balsas y cruzaron el río. Otros se dejaron llevar de la corriente hasta que el río desembocaba en el mar y se asentaron cerca de las playas.

Y de esta forma, la Humanidad creció igual y diferente, aunque las diferencias fueron más las que establecieron entre ellos que las de la apariencia. Todo lo demás es ya conocido. El Señor sigue siendo una referencia para muchos, pero, a decir verdad, por lo que fuese, el Señor no volvió a ocuparse ni de los unos ni de los otros, y si lo hizo, no lo dijo. Quizá por eso, muchos humanos comenzaron a buscar sus raíces por las evidencias que fueron encontrando, todas ellas desvanecidas en la inmensidad del tiempo transcurrido.

Nadie, hasta ahora, ha encontrado a tres seres que, supuestamente, eran eternos, aunque, quién sabe si estos vigilan y protegen que la humanidad en sí misma sea eterna. Donde se encuentren, esa es otra especulación más a la que nadie puede dar certezas, por lo que deberemos estar preparados para cualquier cosa... salvo que el Señor se digne a hablar.